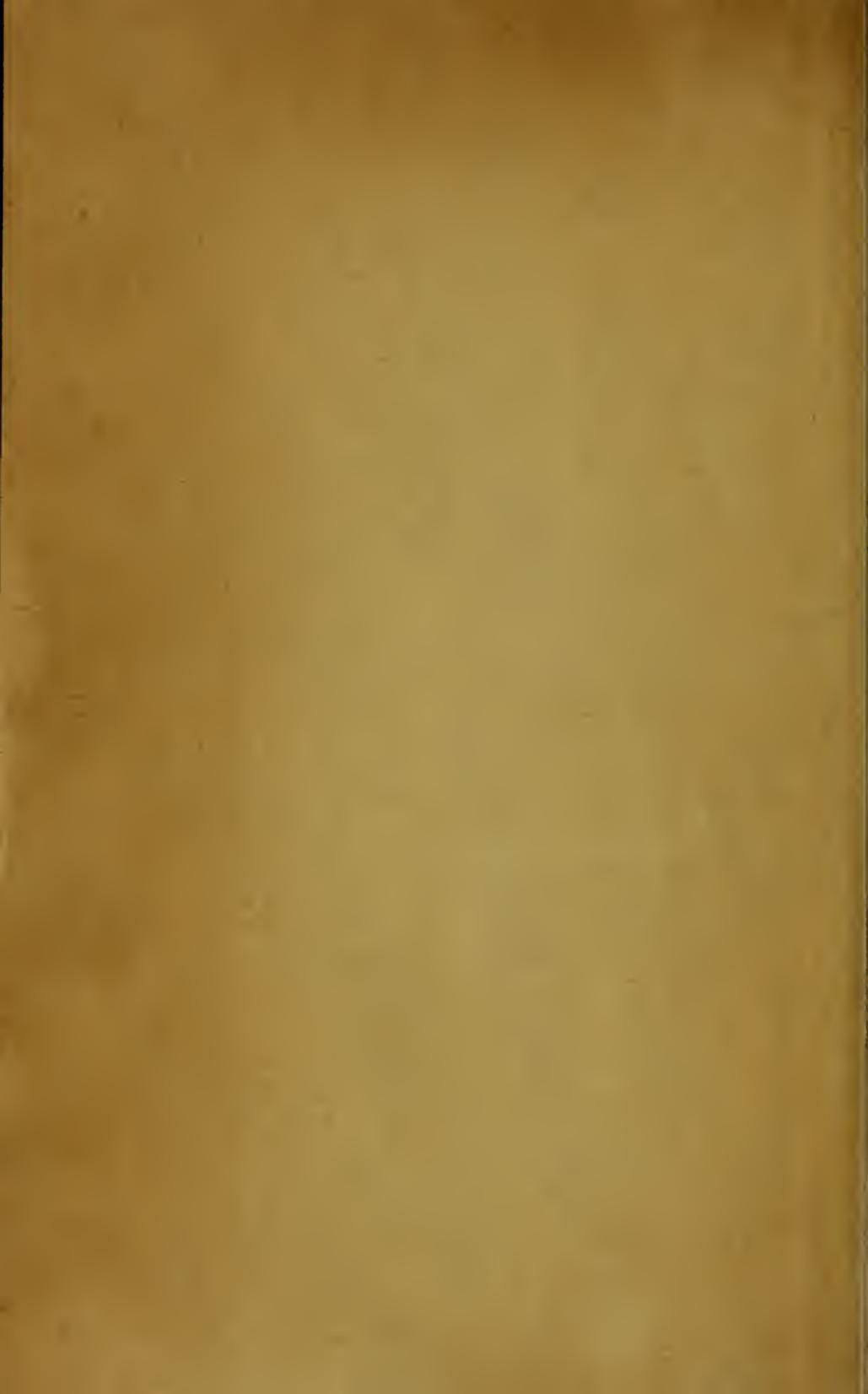
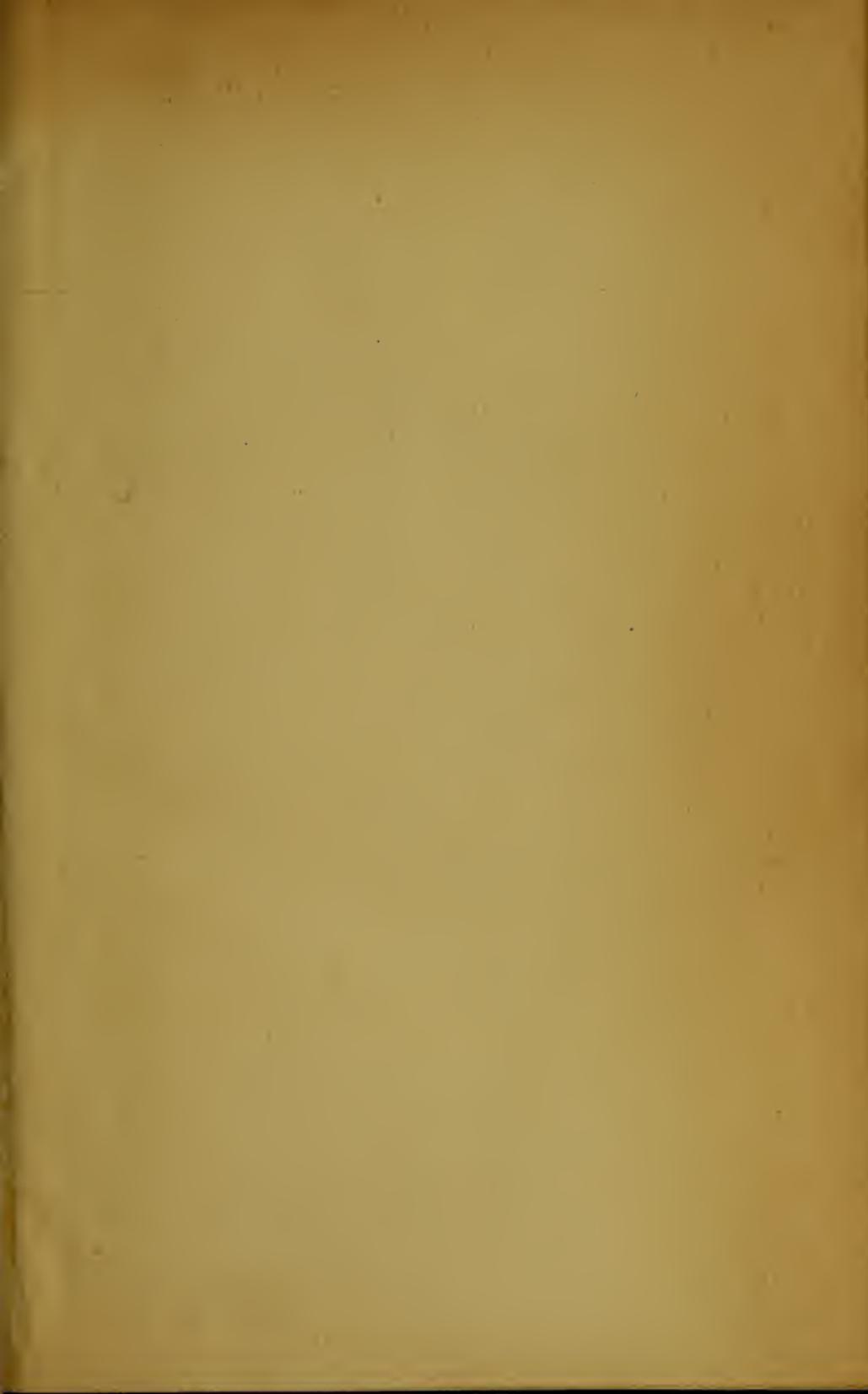


WITH **INFORMATION** Libraries









Propósitos

Con la inquietud de una superior manifestación de cultura, nace en Montevideo, con universal destino, la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", la que dará cabida, exclusivamente, en sus ediciones, a lo más escogido de las letras nacionales.

Abre sus rumbos hacia una finalidad de elevadas directivas, colocando por encima de toda solicitud utilitaria, un serio propósito espiritual y un noble afán de divulgación seleccionada, de los más calificados valores de la literatura uruguaya.

En todos los grandes centros intelectuales del mundo, donde el pensamiento realiza su alta función social; en todos los países, donde las letras, en sus distintas manifestaciones, fundamentan un valor civilizador y dan carácter de personalidad a la nación misma, existen organismos editoriales, — y algunos con carácter de institución pública, — dedicados exclusivamente a la difusión de libros de los escritores nativos más caracterizados y de mayor influencia en la cultura ambiente.

Y estas empresas de propagación bibliográfica, no sólo realizan una siempre benéfica misión educadora, quizá la más alta que comprende el concepto humano; no sólo vincula con facilidad de nexo al pueblo con sus pensadores, sabios, novelistas, dramaturgos y poetas, sino que, además, desprende fuera de fronteras, poderosas corrientes que contribuyen a dar perfil de prestigio a la fisonomía moral del país de origen.

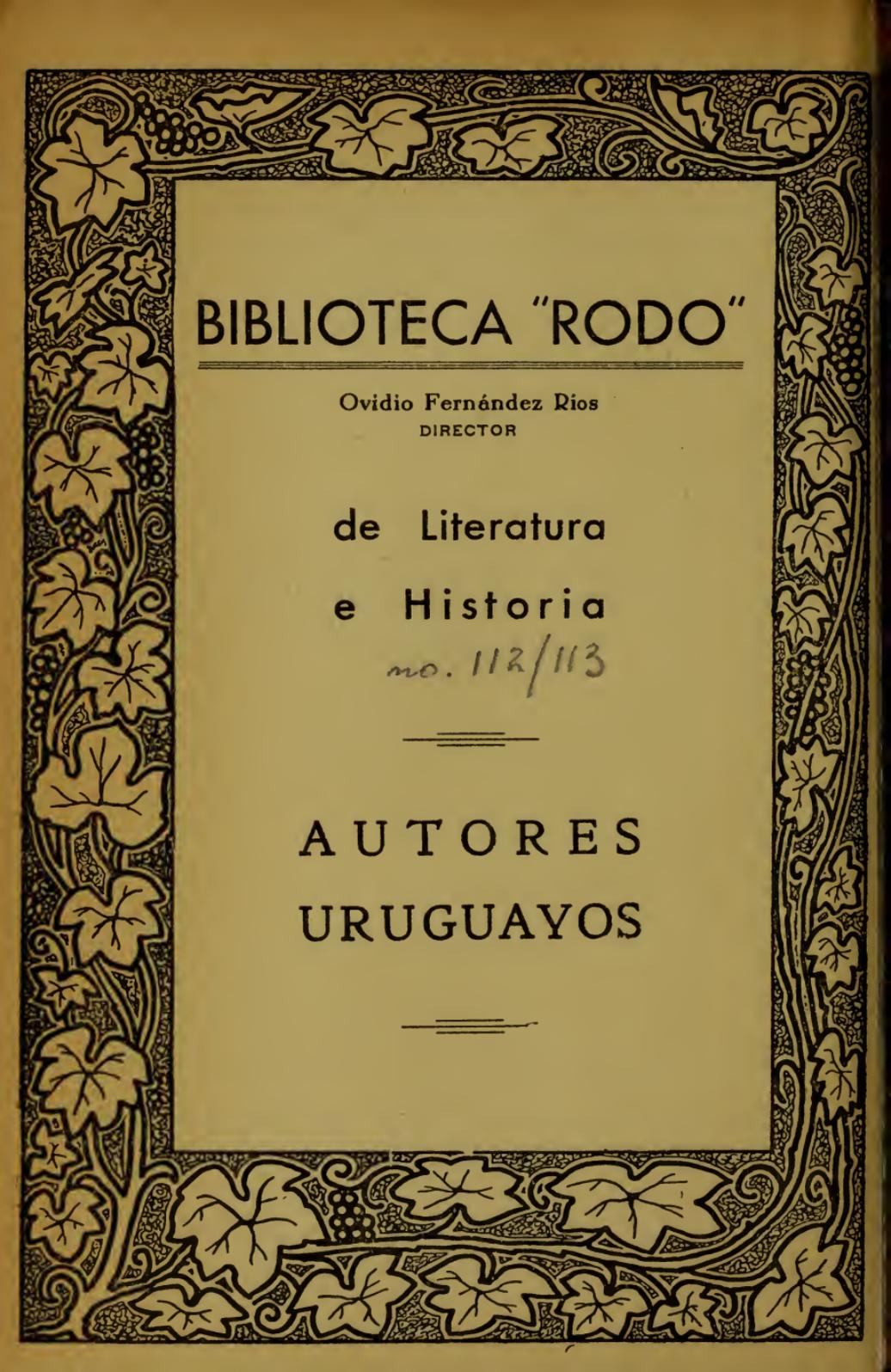
Y nuestra república, que por glorioso destino es cuna de grandes hombres de letras — tanto, que sus obras han contribuido profunda y brillantemente a dar carácter al pensamiento americano, — requiere necesariamente y en forma organizada y de efectiva permanencia, una Biblioteca de escritores nacionales, los más notables y calificados.

Varias han sido las iniciativas de carácter editorial que han habido en nuestro país; pero indudablemente, fuerza es destacarlo, el más extraordinario esfuerzo en tal sentido es el realizado por CLAUDIO GARCIA y Cía., La Editorial LA BOLSA DE LOS LIBROS, que lleva ya impresos más de medio millón de volúmenes, correspondientes a ediciones de centenares de libros de distinto carácter y de autores de nacionalidad varia. Y el mismo espíritu animador de toda esa cuantiosa obra editorial, es el que mueve esta patriótica iniciativa dando vida a

la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", en cuyas ediciones, que serán mensuales, cabrán todas aquellas obras, ya publicadas o inéditas, cualquiera sea su tendencia, su carácter, su orientación literaria, filológica, histórica, política, etc., y cualquiera su época, siempre que se ajusten a una máxima condición sustancial: que sean obras de selección, gratas al espíritu y al entendimiento, altas en concepto y en belleza, y, fundamentalmente, dignas del espíritu civilizador de la República.

LA DIRECCION.

CRONICAS DE LA REVOLUCION
DEL QUEBRACHO



BIBLIOTECA "RODO"

Ovidio Fernández Ríos
DIRECTOR

de Literatura
e Historia

no. 112/113

AUTORES
URUGUAYOS

JAVIER DE VIANA

**CRONICAS DE LA REVOLUCION
DEL QUEBRACHO**



959.5061

V654c

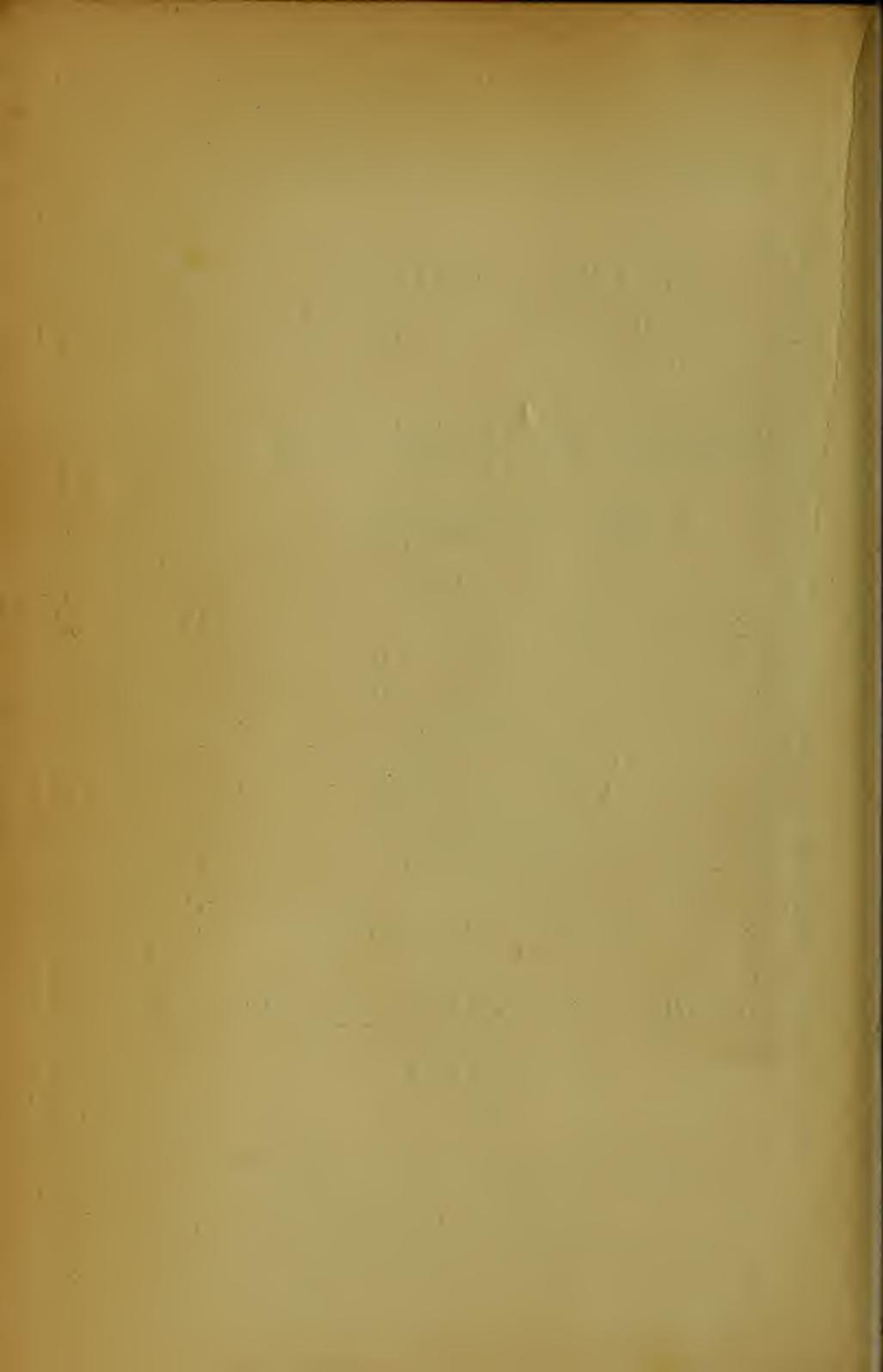
1943

CLAUDIO GARCIA & CIA. — EDITORES

SARANDI 441 — MISIONES 1359

MONTEVIDEO

1943





Javier de Viana en la época en que escribió "Campo"

10045011



PROLOGO

Cuando en 1896 Javier de Viana publicó "Campo" la crítica señaló el hecho de que esa obra consagraba a un gran escritor, que aparecía ya formado y que no se arrepentiría de su primer libro. "No ha tenido Javier de Viana, escribió entonces Manuel Bernárdez, no lo sabemos por lo menos, el sarampión poético, — esa erupción menudita y fatal que a la mayor parte se nos resume dando lugar a otra enfermedad no menos incómoda: el tomo de versos. Él ha empezado en prosa, en succulenta y rica prosa, pintando crudamente escenas intensas de nuestra vida, desarrolladas en el acre ambiente de nuestra campaña, bajo la bóveda indiferente de nuestro cielo." (1)

Javier de Viana llegó a esa madurez literaria que ya acusaba en su primer libro publicado en plena juventud, luego de salvar una etapa previa de formación durante la cual superó las aptitudes de escritor de raza evidenciadas desde la niñez.

Reviste siempre interés el conocimiento de la formación inicial de todo gran escritor, estudio que aporta elementos de juicio invaluable para apreciar la obra de conjunto, o para determinar la filiación de las ideas

(1) "La Cruzada", Montevideo. Octubre 2 de 1896, N^o 16, pág. 254.

o las influencias trasuntadas en el estilo o en la técnica. Del período de formación de Javier de Viana, tan poco conocido, nos han quedado testimonios muy sugestivos y valiosos olvidados sin embargo hasta por el propio Viana, tan despreocupado de sus cosas, quien jamás hizo mención de ellos ni en los breves apuntes autobiográficos que nos dejó, ni en los recuerdos de juventud evocados en más de una oportunidad a requerimientos periodísticos.

Viana debió considerar esas primeras producciones suyas desprovistas de todo valor literario y aun de interés documental para el estudio de su personalidad. "Mis pecados literarios son múltiples, dijo, aunque con la atenuante — a mi parecer considerable — de no haber escrito nunca versos".

Con esta afirmación irónica Viana quiso condenar al olvido los versos escritos en sus mocedades, publicados contemporáneamente en las páginas de la revista que redactaba con un núcleo de jóvenes de su generación. "Primeros rasgos — Periódico de ciencias y letras" se denominaba la publicación cuyos redactores eran Francisco Pisano, Javier de Viana Pérez, Bernardo Etchepare, Manuel F. Silva, F. S. Acosta y Serafín F. de Ledesma, a cuyos nombres corresponde agregar el de Víctor Arreguine por haber colaborado también en sus páginas.

Se trataba de una revista redactada por jóvenes que cursaban entonces estudios universitarios, al tiempo que hacían sus primeras incursiones en la política en actitud opositora al gobierno de Máximo Santos. El primer número apareció el 1º de Agosto de 1885, cuando se gestaba ya la revolución del Quebracho.

“Levantamos nuestra voz — decían los jóvenes iniciadores — para ofrecer a la sociedad el homenaje de nuestros primeros pasos literarios, notas discordantes, tal vez, pero sinceras.”

Javier de Viana, que contaba entonces diez y siete años, había hecho estudios primarios en el Colegio Elbio Fernández y cursaba el último año de bachillerato en la Universidad de la República, fué el colaborador más asiduo de la revista. En su primer número inició la publicación de una composición poética que tituló “Leyenda Americana”, en la que exaltaba la tradición aborígen, junto con otro pequeño poema de estilo becqueriano, “Tu última palabra”, y un relato que tituló “Rew Loul”, escrito bajo la visible influencia que ejercieron en su mentalidad joven los novelistas rusos reconocidos por el propio Viana como sus maestros.

Los personajes de su historia se llaman Nicolás Derdoff, el padre; Guff y Rew Loul, los hijos y la acción transcurre en 1860 ya en una choza miserable de la ciudad de Tchernigew o en la taberna de M. Pitewfferk, de “techos deprimidos” y “atmósfera helada”, donde “las mesas inmundas, los vasos de lata, los bebedores, el dependiente, el dueño, todo lleva estampado el sello de la miseria rusa”. (1)

En el tercer número publicó Javier de Viana y Pérez, como firmaba entonces, un soneto y en el cuarto — posiblemente el último, aparecido el 1º de setiembre de 1885, — junto con las “Memorias de un

(1) “Primeros Rasgos”, página 13.

suicida, *Diario de un desgraciado*”, la composición poética “*Stella Morta*”, fechada en julio de 1884 que, como los versos de Arreguine “*A un tirano*”, tenían marcada intención política.

Viana traduce su congoja por las desgracias que entonces sufría el país, cuando escribe:

“Oh patria de mis sueños, patria amada!
 Roja estrella apagada,
 Que en un cielo sin luz de tiranía
 Tu atlética cabeza sumergida,
 También vagas perdida,
 Muerta también, oh santa patria mía!” (1)

De estos trabajos literarios correspondientes a los días de estudiante, nos queda, como expresión más notable de las aptitudes de Viana, junto a los tímidos ensayos poéticos en los que no habría de insistir, la historia de “*Rex-Loul*” en la que se adivinan ya los rasgos del vigoroso narrador naturalista de nuestra realidad social.

Javier de Viana había nacido en Canelones; sus primeros siete años los vivió en el campo, en la estancia de la familia Ponce de León, departamento de Florida. Se radicó luego en Montevideo, a donde vino a cursar estudios y donde bajo la influencia de Tourgueneff manifestó su inquietud de hombre de letras, revelándola en narraciones en las que los personajes y el ambiente no eran tomados de nuestra realidad, pero en los cuales asomaba el escritor capaz de enfocarla. Sólo faltaba que el joven estudiante, pertrechado

(1) “*Primeros Rasgos*”, página 50.

do de la cultura literaria adquirida en la ciudad, saliera a ponerse en contacto con el ambiente de nuestra campaña, descubriendo sus tipos y su fisonomía para incorporarlos a la literatura nacional.

Como casi toda la juventud universitaria de su época, Javier de Viana se alistó entre los más decididos voluntarios que en 1886 escribieron en los campos del Quebracho una hermosa página de civismo. Hombre sencillo y modesto, nunca atribuyó mayor mérito a ese episodio de su vida, no obstante haber actuado en él impulsado por arraigadas convicciones y elevado idealismo.

Una carta íntima escrita a su madre el 14 de febrero de 1886, revela el estado de ánimo del joven revolucionario decidido a jugar la vida, carta en la que junto con los rasgos de ternura del adolescente, aparecen señalados los imperativos del deber que se exigen los hombres.

“Buenos Aires Febrero 14/86

Mi querida mamá:

Esta es la segunda carta que te escribo sin haber tenido contestación alguna, con arto pesar por cierto.

Permíteme, queridísima mamá, que te pida disculpa humildemente por no haberte dicho de una vez cual era mi resolución pues mi corazón de hijo, y el inmenso cariño que te tengo me hacia doloroso el participarte el triste al par que sagrado deber que me arrastra á seguir las huellas de mi padre cuya idolatrada memoria no he olvidado jamás y Carlota es testigo que la escribo con las lagrimas en los ojos, mar-

charía gustoso á morir por mi patria si el presentimiento de no volverte á ver lo que Dios no permita jamas no me destrosara horriblemente el corazon.

Tu sabes, queridísima mamá, todo lo mucho que te quiero, como mi buena Deolinda y mi querido Nicacio, y tu comprendes tambien cuanto debo sufrir al encontrarme lejos de ti y los seres a quien amo, pero comprenderás tambien lo sagrado del deber que cumplo, como hombre y como ciudadano y no me echarás en cara el paso que he dado, pues yo espero que pronto podré volver á abrazarte con la satisfacion de no haber desmentido el claro nombre de mi padre y el honor de haber sido un hombre honrado y pundonoroso como tantas veces me lo has recomendado.

Muy en breve debo partir, no creo que á correr muchos peligros, aun cuando no considero exenpta de peligros la determinación que he tomado y el corazon me dice que nos volveremos á ver para ser felices no separándome jamas de ti.

Adjunto te envio un retrato que me hecho sacar espresamente para Vdes.

Vuelvo nuevamente a pedirte perdon por no haberte dicho de una vez cual era mi designio.

Esta carta la escribo en lo de Carlota á quien no sabré como agradecer el favor que me ha hecho dándome noticias tuyas, y prestandose generosamente á llevarte esta carta.

Cuando me escribas, haslo á lo de Ramirez, calle de Maipu 239 quien me hallarán modo de enviármelas á donde me encuentre.

Adios queridísima mama, dale un abrazo y un be-

so a Deolinda, un abrazo a Nicacio y tu recibe el corazon de tu hijo que te quiere con el alma.

Javier". (1)

El movimiento revolucionario de 1886, de tan grande repercusión política, a pesar del fracaso militar que lo malogró en su origen, impresionó hondamente la mentalidad del país.

Pocos estremecimientos populares han tenido como el del Quebracho tantos y tan variados cronistas entre quienes fueron sus actores.

Después de la batalla, a pocos días de su regreso a Buenos Aires, rodeado de los camaradas del Club Progreso, en abril de 1886, escribió Eugenio Garzón la carta dirigida a Daniel Muñoz publicada entonces en "El Nacional", primera crónica del episodio reimpressa en varias oportunidades, que a solicitud de su autor reprodujimos en ocasión de cumplirse el cincuentenario del Quebracho. (2)

Por las prensas de Montevideo y Buenos Aires se publicaron en 1886 otras obras sobre el mismo tema entonces candente.

Juan Anfora de Licignano publicó bajo el pseudónimo de "Juan Chabrier" con el título de "La Revolución Oriental de 1886" un minucioso diario de campaña que iniciado el 16 de febrero finaliza el 1º de abril, después de librada la batalla.

"Cartera de un recluta. El General Arredondo

(1) "Cartas escritas por Javier de Viana" (1886-1924). Museo Histórico Nacional, Montevideo, Sección Manuscritos.

(2) "La Mañana", Montevideo, 31 de Marzo de 1936.

y la revolución oriental. Episodios y comentarios”, se titula el volumen de 180 páginas publicado en Buenos Aires en 1886, en cuyo capítulo VII se inserta un diario llevado por Saturnino Alvarez Cortés desde el 15 de febrero hasta el 24 de marzo en que hallándose enfermo debió abandonar el ejército y marchar a Concordia. Los detalles relativos a la invasión y al combate fueron consignados en el diario interrumpido por un compañero que recogió el manuscrito.

Un camarada de Javier de Viana en la redacción de los “Primeros Rasgos”, — me refiero a Víctor Arreguine, — publicó en Montevideo, también en 1886, un folleto con el título de “Revolución Oriental. Combate del Quebracho”, en el que se limita a narrar fragmentariamente los sucesos del 30 y 31 de marzo. El señor J. M. Fernández Saldaña ha dado noticia en una de sus crónicas, de un manuscrito inédito titulado “Datos históricos de la Revolución Oriental”, cuyo autor es Juan A. Estomba. Otro de los actores de aquella campaña, D. Ettore Vollo, recogió sus impresiones en un folleto editado en Buenos Aires en 1886 con el título de “Un mese di rivoluzione. Ricordi di un volontario nel tentativo insurrezionale Uruguayo del marzo 1886”, así como también el “Paisano Pedro Paz”, “soldado del escuadrón del comandante Mena”, nos transmitió las suyas en un folleto del que se hicieron en 1886 cuatro ediciones con el título de “Quebracho y Puntas de Soto. Rilación en verso de los combates de la revolución oriental”, demostrativa esta publicación, como las anteriores, del enorme interés que suscitaron en la opinión pública del Río de la Plata los pormenores del movimiento de 1886, que

habiendo atraído hacia su seno a todas las clases sociales, sin distinción de nacionalidades, trasparenteaba en su bibliografía la calidad abigarrada del núcleo humano que la había realizado.

Javier de Viana, partícipe del movimiento revolucionario en todas sus etapas, inquieto y observador, recogió también sus impresiones en una crónica a que no dió publicidad inmediata, acaso dominado por los estudios que reanudó después de la revolución y en mérito a los cuales, el 12 de octubre de 1887, le fué expedido por la Universidad el título de bachiller en ciencias y letras.

El 11 de octubre de 1891 comenzó a publicarse en "La Época" un folletín, con el título de "Recuerdos de una campaña", la crónica de Javier de Viana que, no obstante lo difuso de algunos de sus pasajes, constituye la primera obra orgánica de este escritor, en la que ya está perfilado el narrador intenso y crudo de nuestro ambiente campesino y en cuyas páginas asoma más de una nota de color lograda con un brochazo feliz.

Los recuerdos sobre la revolución de 1886 — que en la opinión de Alberto Palomeque constituían el estudio más completo que se hubiera publicado acerca de aquel episodio — quedaron olvidados en las columnas de "La Época", caso común a tanta obra de mérito que es necesario exhumar.

Viana nunca los recogió en las páginas más permanentes del libro, ni hizo jamás referencias a esta obra, testimonio no sólo de su feliz iniciación literaria, sino también de su arrojo y altivez ciudadana.

Viana completó la etapa de su formación mientras

escribía en las columnas de la prensa periódica de campaña, donde volvió a radicarse, después de interrumpir definitivamente sus estudios de Medicina. En Treinta y Tres redactó un diario de prédica apasionada que, según la expresión de Manuel Bernárdez, "cargaba hasta la boca como un tabuco naranjero".

Regresó luego a Montevideo. "En "El Heraldo" — agrega Bernárdez — lo vimos aparecer y desaparecer dejando detrás un lindo artículo que pasó desapercibido. Siempre llevaba el mismo gacho (o sería otro, pero del mismo andar), siempre de negro, alto, delgado, pero de buena caja — un fuerte organismo de luchador, sin desperdicios — huesos y músculos. La manera de hablar despaciosa, medio dedejona, sin brillos, una conversación de esas que a usted le dan pereza por que parece que le están hablando sin ganas. El temperamento en la mirada, serena y fuerte animando un tipo lindo y genuino de criollo, huesudo y lampiño. En todo el individuo una indolencia característica de la raza, que parece inducido á buscar instintivamente orcones donde recostarse para pitar a gusto." (1)

En setiembre de 1896 Viana hizo su aparición formal en la escena literaria con "Campo", su primer libro de cuentos que la crítica celebró como un acontecimiento.

La crónica escrita años antes y hasta entonces olvidada, revive en las páginas densas del relato "31 de

(1) "La Cruzada", Montevideo, Octubre 2 de 1896, N^o 16, pág. 254.

Marzo" inserto en "Campo", dedicado a la batalla del Quebracho, animada en esas páginas por la pluma madura del escritor — que dominaba ya nuestro escenario campesino y sus personajes — y por la fuerte emoción del recuerdo personal que las dictó.

"Hojas arrancadas de mi cartera de apuntes", llamó Viana a sus recuerdos de la campaña de 1886, "recuerdos religiosamente grabados en mi memoria", notas "sin trama ni encadenamiento lógico", "desnudas de galas toscas e incorrectas", agregó todavía el escritor, juez severo de su obra inicial.

Aun así ellas merecen ser reimpresas: no solamente porque denuncian la formación estética del escritor y hacen conocer una faceta de la vida del hombre que a los diez y siete años sentía imperiosamente las exigencias del deber cívico, sino porque contribuyen a vivificar con la intensa vibración de la crónica, un episodio memorable de la historia nacional.

JUAN E. PIVEL DEVOTO.



CRONICAS DE LA REVOLUCION DEL QUEBRACHO

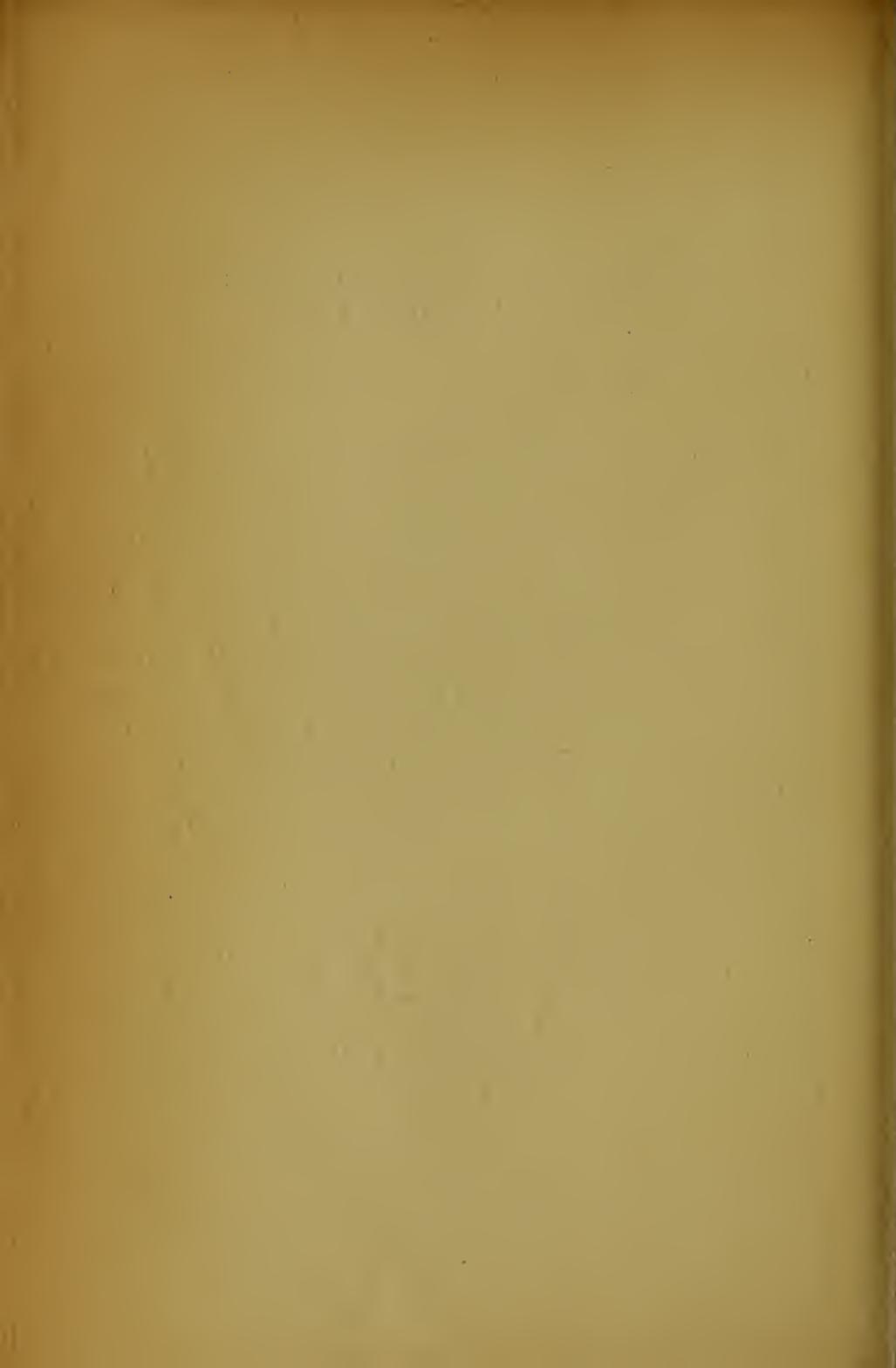
1 8 8 6

A fines del año 1885, el malestar de la nación exigió un cambio de gobierno, y como este cambio sólo podía operarse a mano armada, se decretó la lucha. La atmósfera se encontraba demasiado ardiente para que ese grito no repercutiera en todas las clases sociales. La juventud siempre entusiasta, fué la primera en responder al llamado y marchó llena de fe, desinteresada y noble, en busca del fusil y del peligro. El que esto escribe marchó con ella y aún están vivas en su memoria las peripecias de aquel drama, aún renacen en su espíritu las impresiones sentidas durante la campaña: ellas, nada más que ellas, son el objeto de este libro.

Para escribir impresiones, debí escribirlas tal cual las experimenté con la irreflexión de mis diez y seis años y el acaloramiento propio de las circunstancias. Así lo he hecho por el amor a la verdad, y como mi criterio de entonces no puede ser igual a mi criterio de hoy, sirva esta advertencia para disculpar algunas de las opiniones vertidas en este libro.

JAVIER DE VIANA

Montevideo, Octubre de 1890.



I

LA TORMENTA

Frecuentemente es la misma ruina la que da el aspecto monumental.

Victor Hugo.

La respiración de la patria comenzaba a ser estertorosa. El despotismo, semejante a un hongo parásito, había insinuado en el cuerpo enfermo de la nación los múltiples filamentos de su micelium. ¡Estaba bien firme allí! — Llenas de oro las arcas, llenas de soberbia las cabezas, el monstruo que nació humilde e indefenso en el polvo de los cuarteles, se sentía fuerte, invencible y gozaba con el ruido de hierro y oro que producía al moverse. La verdad es que él estaba descansando en el pueblo y que éste podía echarlo por tierra al primer movimiento; pero el pueblo no se movería. La grandeza impone siempre, aunque esa grandeza fuera el crimen. El pueblo uruguayo cuya historia es una leyenda de heroísmos, una larga noche de lucha donde se agitan las figuras luminosas de sus héroes pisoteando tronos y tiranos, hacía ya mucho tiempo que llevaba doblada la cerviz, agonizando bajo la bota del déspota. Muchas noches habían pasado sobre la patria; muchas hordas habían vivaqueado en el templo,

profanando los altares, destrozando las reliquias de la gloria y los paladines sagrados. Las bayonetas eran la única ley y el sable el único árbitro. El mar había sido vencido por la resaca, y ésta flotaba orgullosa sobre el enemigo impotente. Roma estaba en manos de los esclavos; los siervos convertidos en amos; los amos en siervos, y como aquellos hijos del lodo, sólo lodo tenían, lo arrojaban con profusión tratando de ensuciar a los demás para que se notara menos su propia inmundicia. De cuando en cuando, uno de sus jefes se desplomaba, como sanguijuela que repleta ya, se desprende y cae. Pero la situación no se modificaba, ni observábase ningún trastorno en su seno; otro ocupaba su puesto y el funcionamiento regular continuaba, reglado por la masa que hacía alarde de una fidelidad de bandoleros unidos por el crimen.

Poco a poco el árbol malo fué extendiendo sus raíces, matando toda vegetación inmediata.

Existía un grupo de hombres libres que vagaban en la sombra, rindiendo culto a la virtud, odiando el despotismo, y esperando siempre que llegara el momento de tronchar aquel árbol maléfico. Los que habían visto la libertad envejecían ya y toda una generación, nacida en la tiniebla, soñaba con la aurora sin darse cuenta exacta de su valor. De tiempo en tiempo, un hombre se desprendía de este núcleo e iba a cobijarse bajo la sombra del árbol que cual otro manzanillo no tardaba en destruirlo. A veces, un patriota intrépido asfixiándose en la atmósfera de tiranía lanzaba un grito de guerra y recorría la campaña en busca de adeptos; pero bien pronto el gobierno abría su mano y el aventurero quedaba preso entre sus dedos

PRIMEROS RASGOS

PERIÓDICO DE CIENCIAS Y LITERATURA

REDACTADO POR

FRANCISCO PISANO — JAVIER DE VIANA PEREZ

BERNARDO ETCHEPARE — MANUEL F. SILVA

F. S. ACOSTA — SERAFIN F. DE LEDESMA.

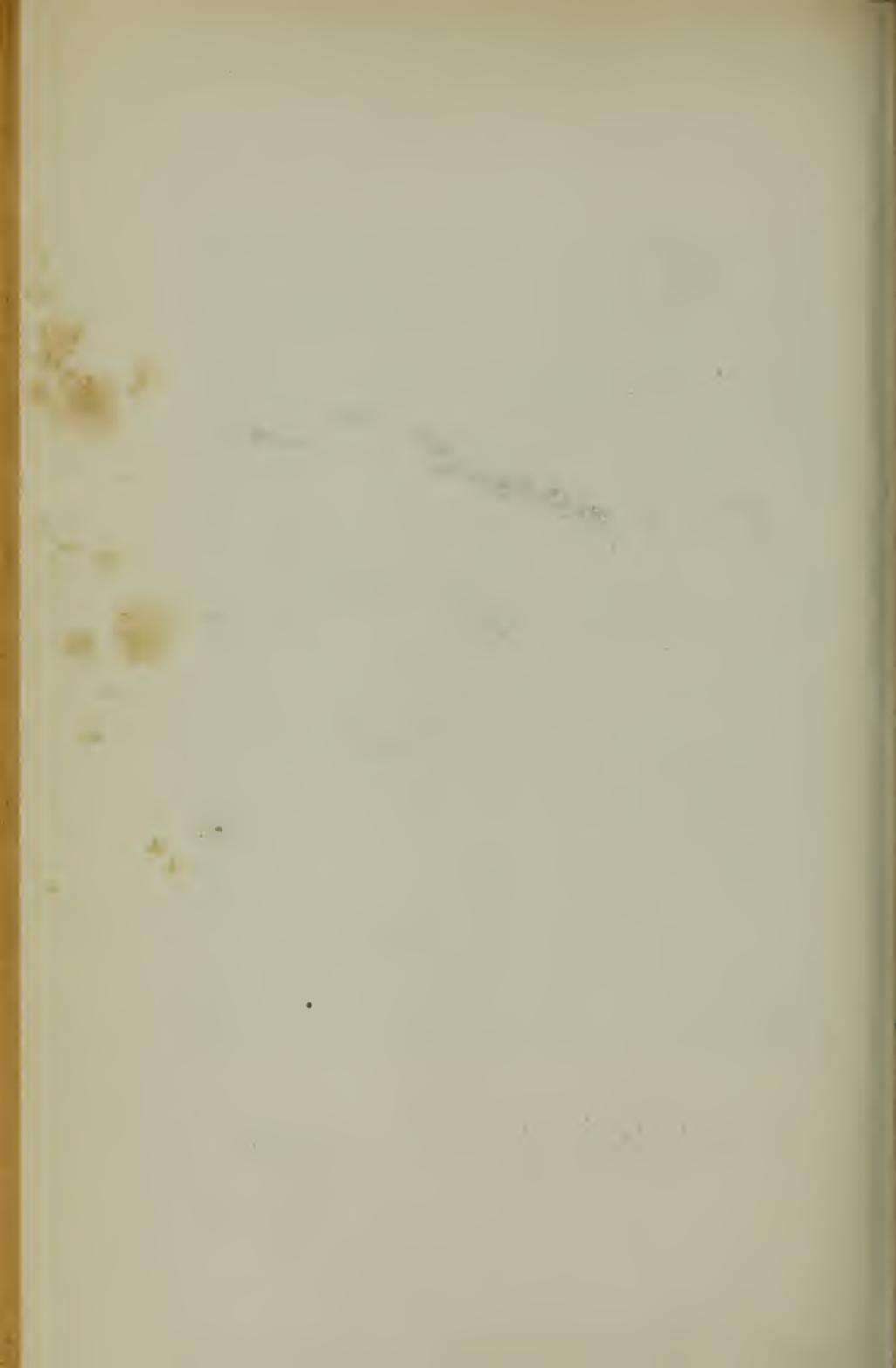
TOMO I

MONTEVIDEO

TIPOGRAFIA « JOSÉ PEDRO VARELA »

1885

Portada de la revista "Primeros rasgos"



de hierro. Ahogóse el pueblo en el mar de la duda, buscó la vida en el silencio y miró con resignación la marea que subía siempre y sobre cuyas aguas oscuras flotaba el cadáver de una nación.

Por eso al expirar el año 1885, casi todos creyeron que moría también, de una vez para siempre la libertad uruguaya. No existían ya claustros donde los viejos patriotas enseñaran a la juventud el camino del deber, repudiando el crimen y proclamando el sacrificio. Ya no había quien subiera a la cátedra y con palabra ardiente, narrara los heroísmos de nuestra historia y nos dijera: —“Proseguid en el bien. La libertad es la vida. Luchad, morid: la libertad necesita sangre como la tierra riego!” — No. La tribuna del Ateneo del Uruguay hacía mucho tiempo que estaba muda y desiertas estaban las aulas de la Universidad; muda la Sociedad Universitaria. La prensa independiente hablaba aún; pero su voz era débil y su amenaza se asemejaba a un gemido: los periodistas sabían bien que a la vuelta de cada esquina los asechaba un esbirro, puñal o garrote en mano.

A veces, alguno pensó en el último derecho; alguien creyó como Indarte “que era acción santa matar al tirano”; más de uno recordó el aforismo de De Maistre: “Cuando hay un desbordamiento de crímenes, hay un desbordamiento de sangre”. No faltó quien tuviese tentaciones de exclamar con el poeta griego: “es bello amar a sus hijos; pero la patria tiene derecho a nuestros primeros amores”; muchos, casi todos opinaban con el divino Horacio, “que es dulce y glorioso morir por la patria”. . . Pero mirando el enorme aparato del despotismo, sus numerosos soldados,

su profusión de cañones, su bosque de bayonetas, viendo los caudillos presos en la red del tirano, la campaña muerta, la ciudad agonizante, el que pensó, guardó su pensamiento; el que creyó, mató su creencia; el que recordó, trató de olvidar; y el que tuvo tentaciones de gritar, selló sus labios. En medio de la inmensa sombra de la tiranía, el cuartel del 5º de Cazadores se elevaba como siniestro vestigio, de cuyo seno brotaban ayes de agonía y rugidos de fieras.

Entró el año 86.

¿Sería igual al precedente? ¿Sería peor?...

Cuando en 1868 don Lorenzo Batlle subió a la presidencia de la República, proclamando que gobernaría "con su partido y para su partido", medio país huyó de la patria para volver a él en son de guerra, firmemente decidido a reconquistar sus derechos o a morir por ellos. Hoy que toda la nación es azotada por el látigo del autócrata, ¿no tendrá valor para decidirse a morir libre antes que vivir esclava? ¿Hallábase corrompido aquel pueblo joven, y una juventud afeeminada había sustituido a los héroes de ayer?.. Alguien recordó que aquellos griegos que arrastraban sus largas túnicas por las calles atenienses, entregándose al placer, eran los mismos que sabían recitar la Iliada, los mismos que habían detenido al Asia en los llanos de Maratón y en las aguas de Salamina. Los luchadores de antaño, los atletas de Ituzaingó habían muerto sin legar a sus hijos algo de su fibra heroica? La nación que tuvo por cuna la amplia llanura de Sarandí,

¿estaría destinada a dormir el sueño eterno en la estrecha tumba de un cuartel?

No. No hay noches sin estrellas; a veces una sombra las oculta pero la sombra pasa y las estrellas lucen de nuevo su fulgor eterno. Una tiranía es un eclipse, y los eclipses pueden durar más o menos, pero son siempre transitorios.

La palabra se fué ahogando poco a poco convencida de su impotencia y se empezó a meditar en otros medios. La idea de la lucha armada comenzó a hacerse carne.

¿Quién fué el primero que lanzó la palabra *guerra*? ¡Misterio!... Tanto valdría querer averiguar cuál fué la primera gota que dió origen al torrente!...

En pocos días y sin que a nadie causara extrañeza, el rumor de guerra cundió por toda la ciudad. Primero fué un susurro confuso, incierto, en medio del marasmo empezaron a observarse unas agitaciones amenazadoras, y si bien nada había de definido, de arreglado, ello es que todos los ciudadanos llevaban en su mente el embrión de la lucha. ¿Con qué recursos se contaba? ¿qué medios se arbitrarían? Nadie pensaba en ello: con esa enérgica resignación de los pueblos desesperados, el Uruguay no tenía más que una idea: romper sus cadenas o morir. ¿Cómo? ¿Qué importaba el cómo! ¿Se lo habían preguntado acaso, Viera y Benavides cuando lanzaron su reto al coloso europeo? ¿Se lo preguntaron Lavalleja y sus valientes cuando en las arenas de la Agraciada juraron morir o vivir libres? No; y entonces era el momento de demostrar al tirano que aún vivía el recuerdo de los *sublimes locos* en los pechos uruguayos.

A fines de Enero la revolución estaba hecha ya. El tirano, —careciendo del ojo experto del marino— no creyó ver en aquella proyectada campaña más que una nube de verano que se rompería al primer disparo de sus cañones, como se rompió la de Máximo Pérez, la de Layera y otras. El país emigraba en masa, languidecía el comercio, la ciudad empezaba a tomar aspecto de cementerio. Y bien ¿qué? Cuando el grotesco señor, recamado de oro, cruzaba a escape las calles montevidéanas, seguido de su brillante escolta de negros gigantes leíase la confianza en su cínico rostro y acaso pensaba, acaso se decía —parodiando a Atila— “donde mi caballo pone el pie no vuelve a nacer yerba”.

Pero, cuando más confiado vivía, algo lo hizo estremecer. Se hablaba de un cuerpo, un cuerpo inerme de batallones revolucionarios. El cuerpo acababa de encontrar su cabeza: en medio de un murmullo de simpatía y de entusiasmo, el nombre del general Arredondo vino a prestigiar y popularizar más de lo que estaba ya la arriesgada empresa. Fué entonces que por uno de esos extraños giros de las cosas humanas, la revolución que había comenzado su incubación acurrucada en la sombra, se mostró de pronto de cuerpo entero y en plena luz.

De día en las redacciones de los diarios independientes; de noche en casa de ciudadanos distinguidos, se reunían los revolucionarios combinando planes. La Sociedad Universitaria, el Ateneo del Uruguay o la casa de algún estudiante cabecilla, eran los puntos de cita para la juventud montevidéana. Allí solía verse de noche un grupo de diez o doce individuos que pa-

recían hablar con la mayor indiferencia y al día siguiente, a la misma hora, ya no se les veía en Montevideo; habían desaparecido. Cuando un tertuliano de la Universitaria asistía a ella, siempre encontraba, noche a noche, unos cuantos compañeros menos y sin preguntarlo a nadie todos sabían donde estaban, y esas desapariciones iban haciendo hender poco a poco el cerebro de los que aún titubeaban.

Periodistas, catedráticos, estudiantes, huían a Buenos Aires y los jóvenes que restaban sentían un mal-estar incomprensible al notar el aislamiento en que quedaban. Buenos Aires los atraía como el abismo.

Pero una dificultad se presentaba: los estudiantes son pobres, en general y se necesitaba dinero para el viaje, dinero que no podía esperarse de la familia. ¿Qué hacer?... Se recurría a otros amigos y algunos iniciados indicaban las personas que daban para el pasaje, y entre las cuales, cuatro eran bien conocidas de los estudiantes: un coronel, un agrimensor, un periodista y un clérigo. Los dos últimos han muerto ya. El clérigo, —todo un patriota,— murió a poco de la derrota del Quebracho a consecuencia del disgusto que le causó la noticia del desastre.

Yo tuve ocasión —no diré cómo— de observar una de las escenas de entrega de dinero.

Era en los primeros días de Febrero y tres jóvenes paseaban por la costa sur de la ciudad, fumando sus cigarros y callados como personas que se aburren. Así llegaron hasta un corralón de ladrillo, sito no lejos del Cementerio Central. Allí se encararon con un gran mulato que estaba recostado al portón y preguntaron por el coronel B***.

El mulato los hizo entrar en un patio donde tres hombres de aspecto paisano, se hallaban sentados en banquitos de madera. Al acercarse los jóvenes, uno de aquellos hombres se puso de pie: era el viejo caudillo, el coronel B***. No necesitó mucho para conocer el objeto de la visita pero preguntó con amabilidad:

—¿Qué desean ustedes?

—¿El coronel B***?...

—Soy yo.

—¡Ah! veníamos...

El caudillo sabía demasiado a qué venían, así es que ahorrándoles trabajo, les dijo:

—Ustedes quieren irse a Buenos Aires, ¿no?

—Sí, señor — contestaron resueltamente — y como no tenemos medios y sabemos que Vd. los proporciona...

El viejo callaba y al rato empezó:

—Vdes. saben lo que van a hacer?... ¿Lo han pensado bien?...

—Sí señor.

—Es que no crean que es juguete; van a pasar trabajos, necesidades. Piénsenlo bien, no son flores las que se recogen en una campaña.

—Cuando hemos venido aquí, es porque estamos decididos a irnos y si Vd. no nos da para el pasaje iremos a pedirlo a otra parte.

—Bueno, bueno, — murmuró el caudillo admirado de aquel lenguaje — yo no lo digo porque no vayan; pero no quiero cargar con responsabilidades. Vds. son muy jóvenes, no están acostumbrados a las pellejías de una revolución, y mi deber es no engañarlos

y hacerles ver las cosas como son, conque ¿están decididos a irse, muchachos?

—Sí, señor.

—¿Completamente decididos?

—Completamente.

—Bueno. La culpa no será mía. Esperen un momento.

Y el caudillo entró en la habitación para salir a poco y entregar a cada joven un billete de diez pesos.

Después, antes de despedirlos, empezó a darles consejos referentes a la vida de campaña y agregando a cada uno esta frase dicha de una manera chocante:

—Nuestros paisanos saben todo eso.

—Saben andar a caballo? — les preguntó de repente.

—Un poco; pero de todos modos, nosotros vamos a la infantería.

—¿Saben enlazar?

—No señor.

—¿Y bolear?...

—Tampoco.

El caudillo movió la cabeza con desdén y luego:

—En fin, buena suerte, — dijo, y tendió la mano a los jóvenes, quienes dándole las gracias se alejaron contentos. Al llegar al portón volvieron la cabeza para hacer un último saludo y vieron al caudillo que de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho los miraba atentamente, dejando bajar una sonrisa enigmática por sus gruesos labios amoratados. ¿Era compasión por aquellos niños que marchaban al sacrificio, llenos de alegrías y de esperanzas? ¿Era que él, el hombre rudo de los campos, el caudillo gaucho de aza-

rosa existencia, no tenía fe en los batallones de juventud montevideana? ¿Su sonrisa significaba lástima o desprecio?

Las dos cosas quizás.

Entre tanto la tormenta seguía formándose lentamente. Montevideo se despoblaba con increíble rapidez. Solos estaban los teatros, solos los baños, solos los paseos. Las tiendas estaban desiertas, las calles solitarias y a las nueve de la noche toda la ciudad dormía temblando con el temor de despertar en medio del estruendo de los cañones. Ya nadie hablaba, los diarios menos que nadie, pero todos sabían que la *cosa marchaba* y que la mina no tardaría en reventar.

¿Con éxito?

¿Sin él?

Sólo ruines mercaderes dudaban del triunfo de la buena causa y apostaban sombreros a favor del gobierno, basándose en esta reflexión egoísta: "Si los revolucionarios *pierden*, gano un sombrero; si *ganan*, la situación cambiará y poco habré perdido". Los buenos patriotas creían a fe ciega. ¿Y cómo no creer? No estaban en la revolución los más importantes hombres del país sin distinción de opiniones políticas? ¿No se reunía el pueblo entero, expoliado, saqueado y vejado por el déspota? Esos mismos batallones compuestos de infelices arrancados a viva fuerza de sus hogares y sometidos al más rudo tratamiento ¿no se levantarían también en el momento oportuno? ¿no se *pasarían*?

Para acrecentar la fe, supose que el coronel Jo-

sé María Pampillon en la Florida, el coronel José Saura en Canelones, el coronel Agustín Urtubey en Treinta y Tres, el coronel Muñoz en Cerro Largo y otros muchos jefes, en diversos departamentos, estaban prontos para levantarse en favor de los revolucionarios. El solo nombre de estos caudillos, ya célebres por su valor, por su audacia y por su prestigio borró todo asomo de duda sobre el triunfo de la buena causa, e hizo que la nación esperara confiada en el porvenir.

Mientras esto sucedía, y mientras todos los elementos honrados del país se aunaban para trabajar con fe en pro del bien común, los diarios del déspota —semejantes a los cobardes que prorrumpen en gritos y amenazas para ahuyentar el miedo,— se desataban en insultos soeces y en sátiras mordaces contra los jefes y fuerzas revolucionarias. Ellos no los temían, ellos reían de sus amenazas y fiaban en el *valor y fidelidad del Ejército Nacional*, QUE SEMBRARIA DE CRUCES LAS CUCHILLAS, para castigo de malvados y escarmiento de pretensiosos. Santos, imitando a las yerbas parásitas de los grandes árboles, tendió la vista, y al notarse a tanta altura, no vió que si su cabeza tocaba el cielo, sus pies no tocaban la tierra.

II

LA LLEGADA

“Los magnates de Montevideo saben doctoriar; pero no tomar el olor a la pólvora”, decían los gauchos cuando iban a inmolarse en las cuchillas, arrastrados por el prestigio de algún caudillo de aspiraciones más o menos laudables.

¡Sólo saben doctoriar!

La experiencia mostró a los señores de lanza y divisa cuán engañados vivían. Ella les hizo ver que si en aquellos jóvenes cerebros nutridos y fortalecidos por la ciencia, no podía germinar la idea de las revoluciones sin dogma y de la guerra por la guerra podía en cambio desarrollarse la idea del sacrificio toda vez que la patria necesitare sus esfuerzos. Es que en sus jóvenes cerebros la razón sabía separar lo sublime de lo siniestro, lo augusto de lo risible. Es que sus almas, como paladar educado, apreciaban en toda su pureza el amor a la patria, ese sentimiento que las hordas gauchas sólo saben apreciar de una manera, —sublime a veces,— pero salvaje siempre, como el medio en que se agitan. Sólo la libertad, —su diosa inmaculada,— es la que mueve al gaucho, la que le impele a tomar la lanza y afrontar el peligro. Ningun-

na ambición lo guía, ninguna recompensa espera; mas, ¿no se equivoca al obrar así?

¿No es arrastrado la mayor parte de las veces por la ambición de unos cuantos? ¡Oh! no seré yo quien insulte a mis amados gauchos, a esos seres nobles, grandes, cuyas proezas admiran, cuyo desinterés entusiasma. Pero muchas veces el gaucho sirve para cubrir al bandolero. Donde hay fuego hay tizones, y el fuego en el campo es grande.

El habitante de la campaña pedía sangre; el hijo de la ciudad ofrecía ideas. El uno pudo ser la cabeza, el otro el brazo: no se entendieron y al verlos abandonados, irguióse el sable como árbitro supremo.

Entonces, cuando los dos tenían doblada la cerviz bajo el yugo ignominioso ¿quién sería el primero en sacudir la cabeza? ¿Quién primero, iría a pedir el agua y la tierra a los espartacos triunfantes?

Por eso cuando en 1886 la onda cenagosa se desbordó rugiente, cuando en medio de escenas libidinosas, el Calígula uruguayo amenazó conculcar los últimos bastiones de las libertades patrias, esa *juventud afeminada*, que la víspera se entregaba a la *inofensiva* tarea del estudio, o paseaba ufana y despreocupada oliendo a trébol y gastando galas; esa juventud, decimos, se dió cita al otro lado del río corriendo en busca del fusil vengador.

¡Y allá fueron!

Yo he visto a los dandys montevideanos, a los magnates boquirrubios errar por las calles bonaerenses, rota la elegante vestimenta, enflaquecidos y pálidos, sin dormir tal vez, sin cenar quizá, pero ostentando siempre alta la frente, desdeñoso el labio.

¿El gaucho? No. El tirano había tenido ardides para arrancar a los caudillos, a muchos sino a todos, del seno de sus prados, y les había hecho gustar la miel de las concupiscencias que doblagan el cuerpo y envilecen el espíritu.

Fueron los magnates los que conservaron encendido el fuego del templo; fueron ellos los que permanecieron fieles a la fe jurada, guardando en sus almas jóvenes el culto de su Dios, vivo aunque proscrito.

En la madrugada de todos los días, ya fuesen buenos, ya lloviese, ya tronase, veíanse transitar por las calles de Buenos Aires diversos grupos de jóvenes que concurrían todos hacia un mismo punto, el muelle. Allí se saludaban, se hablaban, pues todos se conocían y se paseaban, con impaciencia, esperando la llegada de los vapores de Montevideo. Era lo más selecto de la juventud uruguaya; pero ay! difícilmente se reconocería en ellos a la *high liff* de la calle Sarandí. Sus trajes extraños en sí mismos, formaban en el conjunto el más abigarrado aspecto que pueda imaginarse, uno llevaba la elegante levita negra sobre mugrienta camisa, cuando no sobre *carne limpia*, otros habían conservado intacto el traje que llevaran, mas no así los botines sustituidos a la sazón por unos enormes zapatos viejudos; el de acá con los pantalones rotos en las nalgas y el chaleco sujeto con un solo botón, dejando lucir la camiseta de lienzo blanco a rayas rojas; el de allá con bombacha de brin, hundido en bota de gaucho pobre y un sombrero gacho que suplía con *compadradas*, lo que le faltaba de calidad. Agréguese que todos iban sucios, negras las manos, enflaquecidos los rostros, largo el cabello y la barba

(esto último en los que la tenían, que eran pocos) y se tendría una idea exacta de aquella comparsa que aparecía diariamente, y bien temprano, sobre los maderos del muelle de pasajeros del puerto de Buenos Aires.

—¿Qué hora es? — pregunta uno y todos lo miran con aire de lástima.

¿Qué hora era? Y aquel desgraciado creía sin duda que hubiera allí quien tuviera reloj?

—¿Nadie tiene reloj? — preguntó de nuevo.

—Yo — le respondió otro — no tengo reloj, pero tengo la papeleta que me dieron en las *Tres Bolas* cuando dejé el mío. Si crees que con ella se pueda saber...

—Lo que yo sé es que es muy temprano — añadió un tercero. —Yo que no he dormido más que dos horas.

—Pues yo he dormido toda la noche.

—¿En la comisaría?

—No, en mi casa.

—¡Hola! con qué tú tienes casa?

—Sí, y me había olvidado ofrecértela: Paseo de Julio, banco núm. 6. Si quieres alquilar, en frente hay una casa desocupada.

—Gracias. Prefiero el cuartel.

—*Comme tu voudrán*. Lo que es yo quiero estar libre antes que todo. Y lo que es al cuartel y a las comisarías, no quiero ir.

—Se está muy bien en la comisaría, sin embargo, — contestó con voz dulce, un jovencito rubio que llevaba lentes.

De este modo seguía la conversación, siempre ani-

mada, de aquellos alegres harapientos. A veces no tenían nada en el estómago, pero nunca les faltaba una sátira en los labios.

Cuando al fin los vapores aparecían y las chalanas se acercaban al muelle cargadas de pasajeros, todos se aglomeraban, empujándose, a riesgo de caer al agua, pues cada uno deseaba tener el honor de ser el primero en dar la bienvenida al nuevo compañero... y a su bolsa más que al compañero.

Apenas un compatriota pisaba el suelo argentino, caía en manos de la turba que lo arrastraba, mareándolo a preguntas, exigiendo nuevas de la patria, del estado político, de lo que se decía, del aspecto de Montevideo, de la familia, de los amigos y encontrando siempre medio de injertar una maldición y una amenaza para Santos. Y el pobre joven, rojos aún los ojos de llorar en los brazos de la madre: fatigado por el viaje, confundido por sus mismas ideas de guerra, se dejaba llevar como una masa inerte, no hallando respuestas para la avalancha de preguntones que hablaban todos a un tiempo y a gritos, sin preocuparse de la asombrada curiosidad de los demás viajeros.

Rápidamente y a empujones, sacaban del muelle al recién llegado, sacándole al propio tiempo, cuanto cigarro llevaba encima, pues esta era siempre la primera *pechada*.

Del muelle... al *cuartel*, con una pequeña estación en algún café, a fin de que el neófito pagara la *convidada* de ordenanza. Y allá iba la comitiva, de dos en dos, cogidos del brazo, hablando recio, pisando fuerte y con paso militar. Llegados a unas de las elegantes confiterías de la calle Maipú, entraban con gran desorden y gritería, sin causar por esto admira-

ción a los mozos que ya los conocían. Era espectáculo curioso ver, —en el rico salón— aquella mesa ocupada por una banda de harapientos, en medio de los cuales se encontraba como avergonzado de su traje nuevo y limpio, el recién llegado. A su alrededor, una colmena de dandys porteños los envolvían con sus miradas curiosas y simpáticas.

Mientras bebían los *veteranos*, continuaban interrogando al nuevo compañero y luego comenzaban a ponerlo al corriente del *estado de cosas* en Buenos Aires, explicándole la *organización de las fuerzas*, el modo de vida, los deberes y las obligaciones que le correspondían. De estos deberes y obligaciones los principales eran, gastar todo cuanto trajera en compañía de los demás, y hacer cuanto estuviera a su alcance por conseguir más dinero, así que estuviese *fundido*. Instruído ya en estos pequeños detalles, venían los trabajos antagónicos, pues cada uno quería llevarle a su batallón el nuevo revolucionario. Esto daba lugar a acaloradas discusiones, a verdaderas reyertas en las cuales cada bando ensalzaba de tal modo a sus respectivos jefes y cuarteles, que los jefes aparecían como santos y los cuarteles como paraísos, con gran consternación del novel voluntario que no sabía, la parte de las veces, por quien decidirse. Al fin alguien triunfaba y la comitiva se ponía en marcha. El recién llegado era puesto al frente de la columna, como en sitio de honor; uno de sus íntimos le daba el brazo, y se alejaban, riendo, charlando y gritando, felices con su miseria, contentos con sus harapos y mirando con complacencia a los transeúntes que se detenían para verlos pasar.

Una vez en el cuartel, se repetía la escena del muelle, pero en mucho mayor escala, y alguno de los acompañantes volvían al puerto para *echar un vistazo*. Recuerdo yo a uno muy mi amigo, —muerto el 31 de marzo,— que diariamente, bien abotonada la levita, para que no se advirtiera la ausencia de la camisa; echado sobre la vista el mitrista de grandes alas; hundidas las manos en los bolsillos del pantalón y los pies en unos de aquellos maldecidos zapatos viejudos que nos daban en el cuartel, iba a estacionarse en el muelle de pasajeros, antes, mucho antes de empezar el desembarque. Así como un conocido pisaba el muelle, corría a su encuentro, le echaba los brazos al cuello y con voz temblorosa preguntaba invariablemente:

—¿Murió Santos?

—No, — respondía el otro asombrado.

—Me alegro, — exclamaba él entonces, con el acento de un hombre que sale de un gran sobresalto, y sin preguntar más se marchaba muy tranquilo y muy contento.

III

EL CUARTEL PARAGUAY

Fiado en el instinto que me empuja
Desprecio los peligros que señalas:
El ave canta aunque la rama cruja
Como que sabe lo que son sus alas.

S. Díaz Mirón.

De los recuerdos de mis primeros años, uno de los que guardo más profundamente grabados en mi memoria es el de aquel desmantelado edificio que llamábamos pomposamente, CUARTEL PARAGUAY. Cuando guiado por la comitiva que me recibió en el muelle, llegué a aquella casa de frente estrecho, sucio y viejo, ornado de cornisas en parte arrancadas, por debajo de las cuales lucían sus rejas de calabozo dos ventanas colocadas a un metro y medio del pavimento de la calle; cuando me detuve junto a la puerta pintada de verde y herméticamente cerrada, no pude dominar mi emoción y más, cuando tras los dos golpes de ordenanza, se abrió la dicha puerta y el imaginaria, —fingiendo no conocerme,— me mandó hacer alto.

¿Por qué hacer alto?

—¡Cabo cuarto! — gritó luego el imaginaria, con

una voz que él intentaba hacer marcial contra la enérgica resistencia en la laringe de quince años.

Llegado el *cabo cuarto*, y enterado de lo que ocurría nos permitió la entrada empleando siempre el mismo aparato militar y la misma sequedad, que emplearon al saludarme varios otros amigos que estaban en el zaguán. Hasta los mismos bulliciosos camaradas que momentos antes me mareaban con sus chistes y sus gritos, habíanse modificado por completo. Comenzaba ya a causarme disgusto el aire militar, fríamente cortés, y la tal disciplina; pero por suerte mía, no duró mucho tiempo. Al abandonar el zaguán entramos en un patio no muy holgado y volviendo a la derecha, mis compañeros me hicieron penetrar en un cuartito donde se hallaban alojados una infinidad de mis mejores amigos. Era el tal cuarto, más que pequeño y sus moradores más que numerosos, con lo que excusado es decir como se hallarían en él. Tres catres vi, colocados, uno contra el muro del frente, otro contra el de la derecha y el último contra el de la izquierda, y en los intervalos que dejaban libres, hallábanse baúles y valijas, viejas y nuevas, chicas y grandes: muebles que en su tiempo sirvieron para guardar ropa, pero que al presente, sólo servían de sillas, cuando no de camas.

Sobre uno de los catres, tendido boca arriba, se hallaba uno de mis más queridos amigos, un joven alto, algo moreno, de larga cabellera negra y grandes ojos expresivos, un joven a quien nunca veo sin que llegue a mi memoria el recuerdo del Marius Montmercy de Víctor Hugo. Desde aquella tribuna lanzaba algo semejante a una arenga a sus compañeros que

no lo escuchaban; y no lo escuchaban por razones muy poderosas: 1º, porque la casi totalidad roncaba sobre catres y baúles, y porque de los que no dormían, — que eran tres, — uno leía con gran empeño, acurrucado en un ángulo, un viejo *Manual de Cabos y Sargentos*; otro, — una gran inteligencia, entonces estudiante, hoy médico y catedrático de nuestra Universidad, — sudaba gota sobre gota practicando al *hombro y sobre el hombro* con un viejo fusil, hermosa reliquia que llevaba en la caja esta inscripción: REVOLUCION POPULAR, 1875; y por último, el tercero, infatigable constructor de versos amorosos, hallábase sentado en el suelo, escribiendo con imperturbable calma. Las pifias y los almohadazos de sus compañeros, habían hecho que buscara refugio debajo de un catre.

A mi llegada los despiertos suspendieron sus tareas para abrazarme y pedirme noticias de *allá*. Poco a poco fueron despertando los otros, a causa de la conversación, — decían ellos, — aunque yo tengo para mí que fué a causa del olorcito del mate con que se me obsequió galantemente. Que el mate era amargo y que la yerba la mandé comprar yo, por demás está decirlo.

—Pensábamos que ya no venías, — me dijeron.

—Y Santos? — me preguntó uno.

—Siempre en sus trece — respondí.

—¿Con sus trece millones?

—Quiero decir, — respondí riendo, — que está siempre en sus trece, y que no piensa en aflojar la presidencia.

—Pronto se le aflojarán los calzones. Pero no hablemos de eso. ¿Te quedas con nosotros?

—Sin duda, — dije; pues a más de que iba con

esa idea, bien sabía que el que pisaba en el *Cuartel Paraguay*, no salía sin inscribirse en el libro de mayoría, so pena de cargar con el resentimiento de toda aquella amable sociedad. Y como tenían gran apuro en que uno se anotara en el tal libro, me arrastraron allá enseguida, con gran contento mío, pues empezaba a asfixiarme en aquel pequeño cuarto que olía detestablemente a tabaco y a sudor, a humedad y a trapos sucios.

La mayoría se alojaba en una pieza espaciosa que cuadraba el patio, dejando, frente al zaguán, un angosto pasadizo que hacía comunicar el primer patio con el segundo. Era la habitación que generalmente sirve de comedor en las casas de nuestra ciudad. En el interior se veía: al fondo una enorme pila de zapatos; én medio una mesa de pino convertida en pupitre; después por los rincones, o arrimados a las paredes, diversas armas, fusiles viejos cubiertos de herrumbre, sables y espadas, viejos también y de las más variadas y caprichosas formas. En medio de este depósito bélico, noté un descomunal baúl, que supuse contendría municiones de guerra.

El mayor no estaba allí, y en su defecto el oficial de mayoría, fué el encargado de inscribirme, y lo hizo fría, gravemente, observando en todo las reglas de la más correcta disciplina.

—¿Su nombre? — preguntó.

—Fulano de tal.

—¿Nacionalidad?

—Uruguayo.

—¿Edad?

—Diez y seis años.

—¿Estado?

Yo creí que el oficial no me había mirado a la cara, cuando hacía tal pregunta y permanecí en silencio.

—¿Estado? — volvió a repetir él levantando la cabeza y mirándome rudamente.

—Soltero — contesté.

—Era preciso decirlo antes.

Finalizada la inscripción iba a retirarme cuando el ayudante me indicó con un movimiento de cabeza, que faltaba algo aún.

—¿Más datos todavía? — pregunté.

—No, —dijo, y cogiendo un par de zapatos, de la enorme pila del fondo, lo puso sobre la mesa; luego se acercó al cofre misterioso, apartó las armas que había encima, y con calma que aumentó mi curiosidad, lo abrió y sacó de él... una maleta de lienzo blanco.

—Aquí tiene, — me dijo entregándome la maleta y los zapatos.

—¿Y para qué quiero esto? — murmuré asombrado. — La maleta podría servirme; pero los zapatos...

—Dentro de poco, — me contestó el oficial con aire socarrón, — la maleta quizá no le sirva y los zapatos le hagan falta.

Aunque abrigando mis dudas al respecto, salí con maletas y zapatos, bien embarazado y no sabiendo qué hacer de ellos. Por fortuna uno de mis amigos se encargó de guardármelos en el cuarto .

—Y ahora, ¿quieres ver el cuartel? — me preguntaron.

—Bueno; debe ser bonito, y cómodo, — respondí sonriendo:

—Más que bonito, soberbio; y en cuanto a comodidad, phis! no hay que hablar: hasta las ratas están aquí con holgura.

—¿Y las pulgas? — pregunté.

—En cuanto a eso, no! — me contestaron con indignación. — No hay una pulga!

—Porque las chinches se las comen, — susurró uno del grupo.

Atravesamos el estrecho corredor y penetramos en el segundo patio que era bastante espacioso, y tenía un pavimento de baldosas viejas y coloreadas de verde oscuro por los musgos que la humedad había hecho brotar. En el centro de este patio se alzaba el ruinoso brocal de un aljibe; sentados sobre él, un poeta y un futuro médico sostenían una encarnizada partida de *truco*, echando codiciosas miradas a los dos cigarrillos de tabaco negro que constituían la *parada*. Más lejos, sentados en el suelo, varios soldados formaban rueda y uno de ellos — un jovencito muy blanco, muy blondo, gastando lentes y llevando por vestimenta un pantalón de brin rasgoneado, una camiseta adornada con idénticos rasgones, y unas alpargatas, toras también, manejaba la caldera con sus manos pequeñas y blancas como las de una niña. A su lado, otro rubio imberbe, de aspecto delicado y voz armoniosa, desarrollaba con acalorada elocuencia, una tesis sosteniendo los méritos de la China y su gran papel histórico.

—Sostengo, — decía, — que la China es una

gran nación, y no hay que olvidar que los hunos salieron de allí. Es la patria de Atila.

—Y la patria del drama y de la comedia — dijo otro.

—Y la patria de las mujeres feas — agregó un tercero. — No me gusta la China.

—La China duerme; — continuó el primer orador, — la China duerme sobre el laurel de su gloria pasada, pero la evolución social poniendo en juego factores que no conocemos ni suponemos, la arrancará del marasmo para indicarla un puesto honroso en la tarea del progreso, esa labor fecunda, eterna como el mundo infinito. La humanidad, obedeciendo a las inmutables leyes naturales que rigen su destino...

El orador se interrumpió para gritar con indignación:

—A mí me toca! — al ver que el cebador de mate lo salteaba en la rueda.

Seguimos adelante. Más allá del aljibe se elevaban dos cuartitos, a los cuales seguía la cocina, más baja que los cuartitos, y como éstos a su vez lo eran menos que la azotea inmediata formaban una especie de escalera: por allí huyó un compañero a quien su padre quiso llevarlo a Montevideo. Haciendo terribles esfuerzos gimnásticos trepó aquella escalera a fuerza de puño, corrió de azotea en azotea y al llegar la noche, retornó al cuartel con las manos desgarradas y el cuerpo blanco en cal.

Hacia el fondo se extendía la *cuadra*, un gran galpón con techo de zinc y viejas vigas, tendidas de pared a pared; estas vigas hallábanse adornadas ca-

prichosamente con mantas de dormir, ponchos de paño que pendían a la manera de cenefas, trapos y pares de zapatos acollarados por las orejas.

Los muros recientemente blanqueados por cuestión de higiene, hacían recordar los tatuajes que presenta Lombroso en su atlas de *L'uomo criminale*; grotescos dibujos, alegres los que no obscenos, insultantes los que no alegres; cuartetas y décimas mal rimadas casi siempre, jocosas casi todas. Entre otras recuerdo un ovillejo, — parodia de aquel que se hizo célebre en Montevideo durante la dominación brasilera — que decía así:

“¿Quién nos causa males tantos?

Santos.

¿Quién aumenta nuestro mal?

Vidal.

¿Quién a la teta se aferra?

Terra.

¡Fanta vejación me aterra,

Me aterra tanta osadía!

¿No caerá la tiranía

De Santos, Vidal y Terra?”

Al lado de estos versos plagados de defectos encontré estos otros rebosantes de ternura:

“La patria lo ha querido, madre mía!

Ella es mi madre como lo eres tú,

Ella contigo llora mi ausencia.

Y ella contigo...”

No se podía leer más: el dibujo de un órgano nada casto, había borrado el final del último verso.

En otra parte, se leía lo siguiente, escrito en gruesos caracteres hechos con lápiz rojo:

“¿Cuál es el animal que más se acerca al hombre?”

“El mono.

“No, señor. Las pulgas, que siempre están sobre la piel.”

No lejos, un enamorado trazó estos renglones:

“¡Si supieras, ¡oh, ¡encantadora María! con qué frenesí te amo”!

Y otro escribió en seguida:

“...y qué hambre tengo!”

Después de reír largo rato con los dibujos escritos en los muros, salí con mis compañeros y al llegar al primer patio encontré a un sargento primero riñendo con un cabo de cuarto.

—Vd. es un *cabo de cuarto* que no sirve ni para *cabo de cocina* — decía el sargento.

Y Vd. un *sargento primero*, que no sirve ni para *sargento último* — contestó el cabo.

Cuando a la noche regresé al cuartel para visitar a mis amigos, — según lo había prometido, — encontré la pieza tanto o más llena que antes. Una débil claridad iluminaba vagamente los rostros risueños y las paredes mugrientas, sin que pudiera verse de dónde brotaba la luz. Existía un silencio relativo, y en medio del *aposeno*, — perdónesenos la palabra, — un estudiante crónico, ferviente adorador de Venus y de las Musas, hacía equilibrios sobre un silla desvencijada, única que había, mientras tañendo la guitarra y con una voz apagada por una faringitis incurable, cantaba lo siguiente:

*Formo parte del primero
Batallón de infantería,
Y voy a la patria mía
Para morir o vencer!...*

—Bravo por el bardo sin camisa! — interrumpió uno.

Y el bardo, que efectivamente no tenía camisa, con aire de perdonavidas:

*Los peligros no me arredran
Y en el campo de batalla
Combatiendo a la canalla
Como bravo he de caer!...*

Después de esta bravata el cantor quedó en silencio, continuando en la guitarra su enérgico compás,

dando motivo para que el joven parecido a Marius, le dirigiera esta pulla:

*Dejá de cantar, jilguero,
Tu coraje me da risa!
Andá a vender la vihuela
Pa comprarte una camisa.*

Ni la pulla, ni las risas que la festejaron, lograron desconcertar al payador que respondió prontamente:

*La cuestión de peñaroles
Es cuestión de muchas colas;
Recuerdos te manda el tacho
Que dejaste en las Tres Bolas.*

Y entonces, cuando sonreía con aire de triunfo, una voz ceceosa le contestó:

*Nació el ñandú pa correr,
La calandria pa cantar,
El gaucho pa padecer
Y pos para macanear.*

En medio de la hilaridad que causó esta chanza, todos miramos hacia el sitio de donde salía la voz, y vimos al perseguido poeta, debajo del catre, con una bujía y un rollo de papeles por delante.

El bravo que había dejado la guitarra la tomó de nuevo y cantó con voz vibrante y por vía de desquite:

*Desde el Cuareim hasta el Plata
Causando a la plebe espantos,
Vaga una sombra diciendo:
¡Reviente el tirano Santos!...*

Una salva de aplausos, esta vez unánime, saludó al cantor y durante largo rato, los mueras al tirano y los vivas a la patria retumbaron en las viejas paredes del CUARTEL DEL PARAGUAY.

IV

EN BUENOS AIRES

Tous coupables, mais innocents.

Th. Gautier.

I

Cogidos del brazo marchaban los dos a paso acelerado, medio ocultos en la sombra que proyectan los viejos edificios de la estrecha calle General Viamont. Uno de ellos vestía el modesto *saco* del estudiante montevideano, un pantalón sin manchas ni rasgones, un sombrero sin dobladuras y unos botines que le pertenecían. Su cabello era recién cortado, su rostro, totalmente desprovisto de barba, era fresco, lleno, sonrosado; sus ojos grandes y puros se movían con libertad dentro de sus órbitas. . . El otro era joven también; usaba también un *saco*, un elegante saco que fué de pintas negras en fondo claro: al presente el fondo claro ha casi desaparecido y los puntos se han conjugado para formar grandes zoogreas, como se dice en botánica. Debajo del *saco*, en el sitio ocupado ordinariamente por la camisa, llevaba una especie de blusa de lienzo blanco a rayas rojas a la cual iban anejados un cuello y un par de puños de goma. Los pan-

talones negros, de correcto corte, caían en forma de fleco sobre unos zapatos que tenían gran similitud con los tamangos de los chacareros canarios; sobre una cabellera negra empañada y larga, lucía el gacho de alas deformadas y la copa con artísticas abolladuras que trataban de ocultar rasgones. En cuanto al individuo en sí propio, había perdido la frescura juvenil; las mejillas descarnadas y de un blanco amarillento, tenían manchones pizarrosos en los párpados superiores y en las comisuras labiales; los ojos parecían más grandes, la nariz más afilada, la frente más extensa, y con la demacración general, aquella faz de Adonis había tomado la expresión de un Mario.

¿Será necesario decir quienes eran aquellos jóvenes?

Un emigrado *viejo* y un novel emigrado. Las personas y sus trajes marcaban claramente la diferencia, diferencia efectuada por la estadía en Buenos Aires.

El emigrado viejo, que hacía rato permanecía callado preguntó a su compañero, con aire distraído y sin mirarlo siquiera:

—¿Tienes cigarros?...

¿No había de tener? Sacó dos cigarrillos, dió uno al compañero y puso a liar el otro. Era de suponerse que el *viejo* carecía de fósforos también, pues estuvo largo rato esperando a que su colega encendiera el cigarro para decirle con el mismo aire de despreocupado.

—No tires.

Después, exhalando con satisfacción una bocanada de humo:

—Esto es tabaco — dijo. —En Buenos Aires no se puede fumar.

Y no se podía, en efecto; sobre todo cuando no se tenía con que comprarlo. Quizá por eso el viejo voluntario se hallaba tan taciturno; su melancolía se fué con las primeras humadas, y volvió a ser el muchacho alegre, empezando por decir a su compañero:

—Me parece que debíamos entrar al café para tomar algo allí, casualmente, está la *Confitería San Martín*.

—Vamos — contestó el otro, y los dos penetraron en el establecimiento; el recién llegado, con el modesto recogimiento del intruso, y el viejo con la altiva arrogancia del parroquiano.

Cuando hubieron subido, el joven *trucha* pidió otro cigarro, aspiró una humarada con delicia, clavó los codos en la mesa y con la cara entre las manos miró fijamente a su amigo, dirigiéndole esta pregunta:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Iré al Hotel.

—¿A qué Hotel?

—Me han recomendado el de *Londres*. — El veterano perdió toda su serenidad al ver esta respuesta.

—¿El de *Londres*? — exclamó. —Estás loco? ¿no sabes que cuesta una barbaridad?

—Sí; pero como es por poco tiempo más vale pasarlo bien, ya que no podemos saber lo que nos sucederá después.

—Ta, ta... No tienes juicio.

—¿Y tú lo tienes? — contestó el otro riendo.

—Juicio no, pero tengo...

Pero tengo *hambre* iba a decir: más demostrando que tenía las dos cosas:

—Pero tengo *experiencia*, — dijo.

—Luego has estado en el hotel de Londres.

—En el Hotel precisamente, no; pero conozco mucho a sus dueños, los ingleses. Son mala gente, te lo garanto, muy mala gente. He estado muchas veces en otro hotel inglés, el de las *Tres Bolas*.

—¿Las *Tres Bolas*? Vaya un nombre atrayente!

—Demasiado, querido, demasiado. Atrae todo cuanto se le acerca, relojes, anillos, ropas. . .

—Ya, ya. . . Haces mal en hablar así de una gente que te permiten ir viviendo.

—Sí; viviendo hasta que un mal día despertamos rodeados de una atmósfera sombría, viendo escrito en todas partes la terrible cuan expresiva palabra romana: *Nihil*. Pero esto no es del caso ¿dónde vamos?

—Resuelve tú, puesto que no quieres el inglés.

—Vamos al cuartel, entonces.

—Dios me libre.

—Estarás perfectamente. . .

—Mal? Déjame de cuartel; para dormir en el suelo y comer *tumba* ya sobraré tiempo.

—Qué sabes tú. . . Allí tenemos buenos catres y. . .

—No voy.

—Pues te llevaré a otro hotel muy bueno y muy barato. Al París y Ginebra.

—¿Cómo?

—París y Ginebra.

—No me gusta. Ese nombre me recuerda el de un buen amigo de Montevideo, y presumo que ese so-

lo recuerdo me hará encontrar espinas en la cama y acíbar en la comida.

—Pues entonces al cuartel.

—Eso nunca. ¿Qué tal se está en el hotel Moreno?

—¿Cómo quieres que se esté? Como moreno.

—Pues vamos al Ginebra, ya que te empeñas.

—Vamos; pero no vuelvas a pronunciar la palabra *empeño*, que me trae tristes reminiscencias.

Ya en el dintel del restaurant, el joven se detuvo, y, en actitud de despedirse:

—Aquí es, — dijo.

—Y qué, ¿te vas?

—Sí.

—Bah! quédate conmigo.

—No, no...

—¿Por qué motivo?

—Vas a gastar mucho... no... no...

—No seas tonto.

—Pero...

—Que pero, ni pera; ven.

—En fin... por acompañarte...

—¡A comer! Y luego a pasear por la calle Florida a ver las lindas porteñas.

—¡A comer! — gritó alegre y decididor, el taciturno de momentos antes. Buen susto se había llevado cuando el otro le dijo que iba al hotel de Londres, — ¡una estupidez! — Dónde le comerían todos los cobres! — Ahora ya era suyo, y por unos días... se viviría. Desaparecieron las tristezas, las miserias, el malestar y sólo quedó la juventud, planta siempre verde que no recuerda el ayer ni piensa en el mañana.

II

Resplandeciente con las luces de las confiterías y bazares, —la calle Florida,— que es nuestra Sarandí, más extensa, más suntuosa, más animada, se hallaba en su plenitud de movimiento, repleta de carruajes la vía, inundadas de paseantes las aceras. La calle Florida difiere de su congénere montevideana, no solamente en su mayor lujo, sino también en su carácter uniformemente aristocrático. Por la noche se ven allí muy pocos sacos, rarísimas blusas y casi ningún gacho: la levita negra y el sombrero de felpa son los que priman. Es allí que se pasean las notabilidades científicas, políticas, literarias, los banqueros, el alto comercio y los jóvenes *high-liffe*, ostentando todos el lujo más refinado, hasta el punto de que esos elegantes se asemejan a una niña en el gasto de perfumes, pomadas, innumerables alhajas, profusión de brillantes y refinada corrección de los trajes.

Pues bien, entre esa crema bonaerense, abriéndose paso con insolencia, marchando con altanería, veíanse, noche a noche diversos grupos de futuros revolucionarios, llevando cada uno de ellos alguna rara curiosidad, a la manera de divisa o distintivo. Pasando por alto sus trajes que pregonaban la más caracterizada bohemia, merecían especial atención esas insignias que reunían a seis o siete individuos en un grupo ampulosamente llamado *sociedad*.

La *Sociedad de los Ancianos*, fundada por Murtfer y Ermo, —muertos los dos el 31 de Marzo,— se componía de siete miembros, los cuales llevaban como distintivo, rapada la cabeza simulando una gran cal-

vicie. Viejos eran ellos, sino en años, sí en rara audacia e ingeniosas tretas que les permitían vivir con cierto *confort*, no teniendo un centésimo en el bolsillo.

Cierto día que se daba un baile de disfraz en el Politeama, un miembro de la sociedad se acercó al portero, lo tocó en el hombro y, con el tono más cortés del mundo.

—¿No es don Luis Rodríguez? — le preguntó.

—No, señor.

—Cómo! Vd. es...

—Juan Ríos, servidor de Vd.

—¡Ah! Vd. dispense, lo había confundido. Y saludando de nuevo con la misma amabilidad se alejó lentamente.

Dos horas más tarde, otro joven tocaba al portero de idéntica manera y con idéntica cortesía le preguntaba:

—¿Es Vd. D. Juan Ríos?

—Servidor de Vd., sí señor.

—Tengo esta carta para Vd. — y le entregó una cuyo sobre leyó el portero:

“Señor don Juan Ríos”. — Se retiró un poco, la abrió y leyó lo que sigue.

“Como amigo suyo que soy, me hago un deber en velar por sus intereses, aconsejándole que otra vez no cometa la tontería de caer de este modo en el garlito, permitiendo que siete individuos se metan en el teatro de *arriba*”.

Cuando el portero furioso levantó la cabeza, el conductor de la carta había desaparecido.

Otro día entraron varios miembros de esta sociedad en un bodegón de la calle Paraguay, pidieron cer-

veza, y luego vinos de todas clases. Cuando hubieron bebido hasta el cansancio, uno de los socios llamó al patrón, —un viejo gallego de largas patillas,— lo llevó aparte y con aire de condolencia.

—Mi amigo, —le dijo— yo siento mucho pero no tengo más remedio que obrar así.

—Pero, ¿qué hay? — preguntó el otro asustado.

—Hay, mi amigo, que su cerveza contiene ácido pícrico y sus vinos claramente se nota que son enyesados, y yo, como inspector del laboratorio municipal, me veo en la obligación de denunciar a usted.

—Pero señor, —contestó el gallego azorado,— yo no soy...

—¿Usted no es culpable?... Lo supongo, pero tendrá que responder.

—Señor, yo le daré... yo...

—Mi deber, amargo deber...

—Pero vea usted, nos podemos arreglar.

—No, eso no; pero en fin, en atención a que es usted...

Y los muy bribones, tras de beber de arriba, le sacaron unos pesos al gallego.

Otra sociedad célebre también, era la del *Pito*. Perteneía al batallón de Amilivia, y estaba formada casi exclusivamente por jóvenes unioneros; usaban la bota ajustada, la bombacha y el gacho de ordenanza y, como distintivo, una pipa de yeso cruzada en la cinta de aquél. Ponían especial empeño en *arreglarse bien*, peinarse con esmero y ostentar siempre la apa-

riencia de un compadrito *decente*. El día lo pasaban en el cuartel; la noche en la calle Florida, los bailes orilleros o los bodegones; y, en la madrugada se les encontraba casi infaliblemente en las comisarías, como consecuencia de alguna modesta *farra*.

Buenos muchachos, y sobre todo, buenos camaradas, los miembros de estas sociedades, como las de otras muchas de igual índole, solían tener sus rivalidades, pero volvían a unirse y protegerse cuando cualquiera de ellos se hallaba en peligro. Cada una tenía una divisa especial; pero un lema más amplio las cobijaba a todas: este lema era VIVIR, y ellos vivían, mal unas veces, bien otras, alegres siempre.

III

Hojas arrancadas de mi cartera de apuntes; recuerdos religiosamente guardados en mi memoria, estas notas no tienen ni trama, ni encadenamiento lógico. Yo las escribo a medida que renacen en mi espíritu, desnudas de galas, toscas e incorrectas.

Así pues, tan pronto se hallará una anécdota jocosa, tan pronto una acción noble y elevada. Yo sé, por ejemplo, de un joven que cierto día se presentó en casa de un médico oriental residente en Buenos Aires y conocido suyo.

—Vengo a consultarlo, — le dijo.

—¿Qué sufre? — preguntó el médico.

—No sé: hace dos días que no puedo comer.

—¿Siente dolores en el estómago?...

—Muchos.

—Que irradian en todas direcciones...

—Sí señor, por todas.

—¿Mucho apetito?...

—Muchísimo.

—Una gastralgia. Voy a prescribirle una poción de clorhidrato de morfina y...

El cliente mueve la cabeza negativamente. Asombro del médico.

—¿Cómo es eso?

—No señor, no es eso.

—Pero, ¿qué es?

—Lo otro.

—¿Y qué es lo que tiene?...

—Que hace dos días que no como porque no tengo un centavo y vengo a que usted me recete un par de nacionales, que creo que serán el mejor remedio.

El facultativo rióse alegremente y luego entregó los dos nacionales con tanta ingeniosidad solicitados.

Volvamos la hoja.

El mismo joven vaga a altas horas de la noche por el paseo de Julio. De pronto oye un quejido; apura el paso, se interna en la arboleda y ve tres *atorrantes* desvalijando a un infeliz. Los acomete, da y recibe puñadas, les quita una cartera que acababan de robar y cuando los ladrones han huído, ve que el robado hu-ye también. Abre la cartera y encuentra en ella cinco nacionales e inmediatamente, corre y corre cinco cuadras hasta alcanzar al fugitivo y entregarle su dinero.

Otra anécdota para concluir.

Una tarde se presenta en el Hotel de la Paz un joven de rostro pálido, de fisonomía severa, largos ca-

bellos y con la levita negra algo raída, perfectamente abrochada.

Entra con aire resuelto, pide un cuarto, entrega al sirviente una valija que parece contener piedras, según lo que pesa, se dirige al comedor donde se pone a cenar adusto y silencioso. Así pasó una semana, pero el sábado a la hora del almuerzo, se presentó el patrón con la cuenta.

El joven la examina y mientras la dobla cuidadosamente y la guarda en el bolsillo de la levita, exclama con acento reposado:

—Ahora no tengo dinero; luego le pagaré a Vd.

Como el otro no insistiera, él concluyó de almorzar y salió.

A la hora de la cena, igual aparición.

—Ahora lo que concluya, venga a mi cuarto y le pagaré.

Media hora más tarde el joven se levanta, hace una seña al patrón y ambos suben la escalera que conduce al cuarto del primero. Una vez adentro pone la mano en el hombro del amo y le dice con amable sonrisa.

—En este momento no poseo dinero; pero ahí está mi valija para responder.

El patrón se pone pálido.

—Pero...

—¿Qué, mi amigo?...

—Vd. no se ofenda;... me han hecho tantas fumadas estos diablos de montevidianos!...

—Comprendo, comprendo; esas gentes creen que por ser emigrados tienen el derecho de explotar a todo el mundo.

—Y con un cinismo!...

—Increíble. No me explico la indulgencia de la autoridad para con ellos.

—Es lo que yo digo, señor! Ha habido algunos que han venido aquí; han comido una semana y el sábado se han ido dejándome en pago la valija vacía.

—¿Vacía?...

—Sí, señor, vacía.

—Vd. debió dar cuenta a la justicia.

—¿Para qué? No harían nada; el título de revolucionario lo ponía a salvo, amparándose con la complacencia de las autoridades. Dios confunda a todos ellos.

—Amén. Aquí tiene la llave de mi valija.

—No, señor; no es necesario.

—Sí, que lo es. No quiero que Vd. sospeche de mí.

El hotelero se resistió por fórmula; pero aceptó al fin, y en medio de mil excusas hizo que el joven mismo abriese la valija.

Así lo hace y aparecen una infinidad de objetos pequeños, cuidadosamente envueltos en papeles de diarios.

El patrón se pone pálido.

El joven toma uno de aquellos objetos, lo desenvuelve con precaución y muestra... la cuarta parte de un adoquín.

El patrón se pone lívido.

—Aquí tiene usted — exclama el otro con aire doctoral, — un fragmento de cuarzo aurífero de Matto Grosso. Me lo dió para analizarlo la *Sociedad Coope-*

rativa de Minería Sugestiva; mañana pienso presentar el análisis.

El patrón se pone rojo.

El joven, que parece no advertir las mutaciones que experimenta el rostro de su huésped, saca otro paquete y lo desenvuelve diciendo:

—Esto otro es *galena*, o sea sulfuro de plomo, rico ejemplar que representa un valor mínimo de veinte nacionales.

—Aquí tiene usted, — continuó, desenvolviendo un paquete que contenía una piedra rosada, grande como un huevo de gallina, — aquí tiene usted un espléndido ejemplar de rubí nativo. Es un regalo que me hizo mi padre al concluir mis estudios, y vale por lo menos quinientos nacionales.

—¿Quinientos?...

—Nacionales, sí señor.

—Me parece...

—¿Una cosa notable?... Y lo es efectivamente; lo que prueba que no es usted un ignorante y sabe apreciar el mérito de las cosas.

—Lo que me parece es que Vd. se está burlando de mí — vociferó el patrón.

—¿Yo, señor? — preguntó el otro con calma.

—Sí, señor. Vd. y...

—Oiga Vd...

—Yo no quiero oír nada!

—Oiga Vd., señor hotelero.

—Le digo a Vd. que no oigo!

—Pues entonces...

—Entonces, qué? ¿pretende amenazarme?

—No, señor. Vd. dice que no oye.

—Sí.

—Entonces... Vd. es sordo.

—Pero no mudo, — gritó el enojado huésped, que corrió en busca de un vigilante para castigar al insolente.

V

EL CUARTEL BELGRANO

Bella es la vida, el infortunio es bello.
Si arrulla el pensamiento con la gloria;
Bello el morir para alcanzar por ello
Labrarnos una página en la historia.

Juan Carlos Gómez.

El viejo tranway marchaba despacio entre el ruido de carretón que producían sus ruedas y el golpear acompasado, seco, de las herraduras de los caballos. En medio, la calle, ancha, plana y recta se prolongaba sin término; a un lado y a otro elevábanse las pequeñas casas, aplastadas, silenciosas y mostrando en su arquitectura y en su suciedad, su vetustez y miseria. De trecho en trecho se veía un obrero por las veredas y de rato en rato un carretón por la vía, turbando el silencio con el sonido de sus campanillas; después el monótono trotar de los caballos del tramway dominaba nuevamente. Tal es la calle Belgrano. Cuando el pesado vagón ha andado una cuadra y otra cuadra y muchas otras, el viajero se pregunta si ha cambiado o no de sitio, y una sola cosa le demuestra que sí: la numeración de las casas. Los números crecen, crecen sin cesar: núm. 500... 600... 700... 1000... ¿todavía más? 1100.... ¿Más aún?.... 1300. ¿Es

que esta calle va a parar al gran Chaco?... Dios al castigar al hombre, — decía Víctor Hugo, — no apuró el máximo de la crueldad; si en vez de un infierno donde se tortura hubiera creado otro donde se aburriese, el tormento sería mayor. La monotonía, repitiendo sin cesar las mismas impresiones, acaba por abolir la percepción, dejando en el espíritu una especie de nube oscura tras la cual se ven mover los objetos como bultos informes. Y aquellas casas de la calle Belgrano, con su arquitectura colonial, lisa, fría, sin un relieve, repitiéndose en una extensión indefinida sobre una loma plana, podrían muy bien formar una avenida del infierno imaginado por Hugo.

Estas reflexiones me las hacía yo una mañana de Febrero cuando bañado en sudor y con una hora de tramway encima comenzaba a sentirme molesto. De cinco en cinco minutos preguntaba al guarda si aún faltaba mucho para llegar al cuartel hasta que al fin me contestó, una vez por todas:

—Aquí es.

No sabré decir con qué alegría, salté más que bajé del viejo vehículo, y tendí la vista hacia adelante, viendo con espanto que la calle Belgrano seguía aún desierta, triste, interminable, con su doble fila de casas aplastadas.

¡Héroe de Tacuarí! pèrdoname si aquel día casi llegué a maldecir tu nombre!...

Una verja de hierro, con pedazos de lona extendidos por detrás de los barrotes para impedir la aglomeración de los curiosos, cerraba al frente el local ocupado por el cuartel Belgrano.

Llamé al portero, y luego, con el correspondiente

permiso del imaginaria y del cabo cuarto y del oficial de guardia, se me permitió la entrada. Tras la verja había un extenso terreno que acaso fué jardín de apacible retiro para algún rancio castellano del tiempo del coloniaje, a juzgar por algunos arbolillos marchitos que se erguían de trecho en trecho, alternando con uno que otro tronco de duraznero casi oculto por la yerba alta de dos pies. Este local estaba ocupado por carpas de lienzo unas, de ponchos de verano otras. Entre ellas me llamó la atención la de cierto oficial, que sobre estar construída con dos ponchos unidos con alfileres de palo, tenía a la entrada un artefacto, especie de panoplia cargada de cuchillos, y facones y en medio una vieja pistola de dos tiros con esta inscripción debajo: *La que no miente.*

En pequeños claros abiertos en la yerba varios soldados jugaban al *tejo* o a la *taba* lanzando a cada paso alguna compadrada gaucha.

Por un calle por donde aún se veía la arena en los parajes respetados por el pasto, fuimos a dar al edificio, un pesado y severo edificio del tiempo de los españoles, que reunía toda la esplendidez de un palacio, según la frase de un cicerone, viejo trucha que no quería largarme sin haberme hecho inscribir en el libro de mayoría.

—Es un local espléndido, espacioso — decía. — Por descontado, que te quedarás aquí.

—Veremos, — le contesté.

—Yo, como oficial — continuó, — tengo cuarto propio, te pondré una cama y de noche jugaremos al *truco* y tocaremos la guitarra. Aquí pasa-

mos una vida muy alegre. ¿Qué te parece el *jardín*? Todavía hay algo.

—Sí, sí... — contesté mirando el *algo* que quedaba, consistente en cinco o seis durazneros secos y el extenso mar de verde yerba que era su mejor adorno.

—Después la calle es muy alegre.

—Ya, ya — exclamé, por no lanzar una maldición a mi interlocutor, pues aquella frase me pareció un insulto. —¡Muy alegre la calle Belgrano! Eso, sobre todo, muy alegre!

—¿Con que no hay que hablar?

—De la belleza del local.

—No. De quedarte.

—¡Ah! Lo pensaré.

Entramos en el edificio por un gran zaguán oscuro, sucio, con los ladrillos de las paredes descubiertas en parte por la caída del reboque y el techo lleno de agujeros producidos por la caída de grandes trozos de cielo raso. A cada lado se abría una puerta; nosotros entramos en una pieza bastante grande y con dos ventanas al *jardín*. En medio se veía una mesita pequeña, y en los ángulos sinnúmero de botas y arneses de montar, confundidos con armas viejas, casi todas sin servicio.

—La mayoría — me dijo con énfasis mi compañero.

Y por no desperdiciar ocasión de instarme a que me quedara con ellos.

—El mayor es todo un buen hombre — continuó — ya verás en cuanto llegue te haré inscribir.

Volvimos al zaguán y penetramos en una serie de cuartos pequeños, oscuros y húmedos que daban miedo.

—¿Qué es esto? — pregunté.

—Los cuartos de los oficiales, — contestó mi amigo con orgullo. —El cuartel Paraguay no tiene nada de esto.

—Es cierto, — respondí — pero en cambio tiene luz.

—Eso es hoy porque está de tormenta.

—Tal vez sea así, — dije, respetando los conocimientos meteorológicos de mi compañero.

Entramos. Una pieza chica, sin ventanas, semi-oscura, —lo bastante, sin embargo para ver el tinte negro de los muros y los seis catres amontonados,— constituía el primer dormitorio de oficiales. Sobre los catres, los ponchos de paño o de verano suplían cobertores, y aparecían revueltos, en gran desorden. Al acercarme a una cama oí un gruñido, y observé con asombro, un perro de pocos días, cuidadosamente arrebujado entre una manta.

—¿Eso?...

—El perro del teniente Lazala. Excelente animal — me dijo mi guía.

—Para criar pulgas, — respondí.

—Y hacer política santista — agregó un soldado tapándose las narices con el pañuelo.

El perro del teniente Lazala, llegó a hacerse histórico, sin embargo. Su dueño lo llevó en ancas todo Entre Ríos; durante la penosa marcha hasta el Quebracho lo llevó en brazos; se halló en la batalla, el día 31; fué prisionero a Paysandú, y de allí pasó a Montevideo con su dueño y murió en la Unión, envenenado por un guardiacivil.

Había un aire fino y húmedo, confinado entre aque-

llos muros negros; más allá, vi una cueva, eran las otras habitaciones que no tuve coraje para visitar; me sentía entumecido, me ardían las sienes, y la sola idea de vivir, siquiera temporalmente, en semejantes calabozos, me hizo evocar las imágenes terribles del reumatismo y la fiebre. La miseria envuelta entre gasas de alegría! Las privaciones embellecidas por la risa e iluminadas por el sol de la juventud! ¡Oh! cuántos recuerdos se agolparon en mi mente al contemplarlas! Vivas, a pesar del tiempo, se me presentaron las no coordinadas páginas de nuestra historia! Privaciones, miseria, lucha cruenta, ayes ahogados dentro del pecho, estertores sofocados, retemblar de truenos, silbos de huracán, rumbos de guerra, y un coro de ángeles cantando un himno con un solo vocablo: *¡Patria!* Eso es, sí: eso es lo que yo leía ardiendo en fiebre a altas horas de la noche, sólo en mi pobre cuarto de estudiante. Viejo libro de nuestra historia patria! Privaciones... miseria... Eso es, sí; así empezaba; luego ruido de cadenas, huracanes humanos, borrascas de indignación, caída tras caída, olas inmensas de despotismo grosero convirtiendo en ciénagas las fértiles llanuras y ahogando al puma en el fondo mismo de la madriguera. Después... la calma, la misma de los cementerios, el silencio del esclavo y luego, en la noche el beso impuro del tirano en la gélida mejilla de la patria... Y nada más, la historia concluye; las huestes han muerto... y yo ardiendo en fiebre, sólo en mi pobre cuarto de estudiante, oigo todavía silbidos de látigo y rumor de cadenas... Pero no: los héroes caídos en la refriega, empiezan a ser exhumados y buscados bajo el hacinamiento de escombros, el molde en

que se forjaran aquellas figuras ciclópeas, y la mágica palabra que dé aliento al patriotismo agonizante; que a manera de una racha inmensa junte bajo sus alas los dispersos restos del honor cívico, para recomenzar las apocalípticas contiendas. Por eso, en tierra extraña, vagan lactando amarguras los hijos queridos de la nación oprimida. La selva ya no juega su antiguo papel: los nuevos adalides no saben descubrir picadas, ni interpretar el canto del chajá y terutero, ni domeñar el jagueté, ni el puma para vivir en mancomunidad con ellos, en tanto el clarín de guerra, vibra en la ladera llamando a reunión. No: hijos de la ciudad, a la ciudad piden auxilio, y tienen —como los viejos paisaros de otros tiempos,— que aguzar la inteligencia para vivir allí, donde habiéndolo todo, ellos no tienen nada. Antaño, en lucha con la naturaleza avara, aunque rica, era al brazo incansable, al músculo de acero que le estaba encomendada la vida; en medio de la civilización, pulcra y egoísta, las manos desempeñan un rol secundario y el cerebro debe forjar las armas de lucha para mantener la existencia. La evolución hace su presa de todo; los luchadores de ayer, no reconocen a los de hoy; la levita sustituye al poncho, el fusil a la lanza.

Y bien: los actores han cambiado, los escenarios se han modificado; pero es siempre la misma tierra que grita: *Libertad!* y los mismos hombres que responden: *Patria!*, y finalmente, es el mismo espíritu sublime, sentimiento generoso y grande de redimir a la patria, el que, hoy como ayer abrasa el corazón de sus hijos ganosos de continuar la obra interrumpida de demoler tiranías.

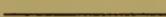
Innúmeros recuerdos de pasados heroísmos, de nobles sacrificios, de penalidades sin cuento, soportadas en la soledad de los campos con la alegría en el semblante y la trova en los labios, revoloteaban en torno mío, cada vez que contemplaba las privaciones de los revolucionarios del 86; y formaban algo así, tan hermoso y extraño, como la melodía que al romper el alba, entonan en el monte miriadas de cantores alados.

Por eso yo los veía grandes e iluminados por un foco oculto a aquellos harapientos, macilentos y pálidos; y por eso, al conocer algunas de sus traviesas aventuras, venía a mi memoria la frase de Theophile Gautier: "Tous coupables, mais innocents".

Lejos de entristecerme, colmábame de satisfacción ver aquella pobreza altivamente soportada, prolegómenos de una lucha fiera, y trasunto de la otra edad en que el gaucho indomable, empezó a tallar la nacionalidad uruguaya en el fondo de las florestas.

Cuando volvimos al jardín, varios soldados se encontraban en él, ya jugando a la *taba* o al *tejo* en grandes playos abiertos en medio del pastizal, ya cantando décimas al son de la guitarra, sentados en la puerta de una carpa con la caldera del mate entre las piernas. Vestían bombachas de color; botas muy ordinarias de cuero de perro, y que ellos armaban con gran prolijidad: al cuello llevaban de golilla un pañuelo de seda, blanco o celeste, y sobre la cabeza, bien peinada, un gacho de alas pequeñas, colocado sobre la oreja derecha. Como complemento había varios que llevaban terciado en la cinta, en la parte anterior del sombrero, una pipa de yeso, distintivo de la *Sociedad del Pito*.

Afiliados al Partido Nacional, orgullosos de su cuerpo y de su jefe, los soldados de Amilivia eran provocadores y audaces; amigos de compadradas, hablaban en estilo gauchesco y caminaban quebrándose, en busca siempre de una chica a quien seguir, —esponjándose como gallo encelado,— o de un baile orillero donde pasar las horas de la noche entre pericones y querellas. Más tarde, cuando la lucha llegó desnuda y temible, aquel batallón cumplió dignamente con su deber, haciéndose perdonar sus excentricidades y compadradas.



VI

PARANA

En la noche brumosa, la columna de doscientos hombres, aparece como una mole negra, quieta, callada, de pie sobre las oscuras tablas del muelle. Ni una estrella en el cielo: densas nubes sombrías revolviéndose sobre sí mismas, como otras tantas olas monstruosas de un mar de lodo. De rato en rato, una racha de viento desemboca en el muelle, engloba los ponchos, azota los rostros y se lanza iracunda sobre la embravecida superficie del río, cuyas oleadas gigantes, hacen temblar el maderamen, barren el puente y mueren dejando grandes copos de espuma. Allá lejos el agua rugge, baja y sube cual si se hubiera entablado en sus antros un combate de saurios colosales. La lluvia indecisa, cae a instantes, a instantes cesa, convencida quizá de la poca sombra que agregará al cuadro.

En tanto, de pie sobre el puente, helados, muertos de sueño, bajamos el ala del gacho, doblamos la cabeza, hundimos la mano en los bolsillos, sentimos una gran compresión en las sienes, un fuerte dolor en las piernas, y dormitamos al arrullo del viento y de las olas. De pronto alzamos bruscamente la cabeza: la inteligencia lucha un instante, se rinde luego y el sueño domina de nuevo.

De pronto se oye una voz cuyo eco se va acercando hasta resonar al lado nuestro y un bulto informe se mueve ante nuestra vista.

—Vamos.

¿Quién pronunció esa palabra?

Hasta ahora no he podido saberlo; pero no olvido el efecto que me produjo. *Vamos*, quería decir lanzarse a la chalana; dejar Buenos Aires; alistarse de hecho en el ejército invasor, penetrar en el vestíbulo de la guerra e ir a buscar el peligro, el sufrimiento, la muerte, sin que ya nada permitiera volver atrás, rota la barrera, cortado el hilo que nos ligaba a la antigua vida. Lo desconocido, se presentaba ante nosotros y antes de franquear su puerta misteriosa, forzoso es confesarlo, mi corazón latió más aprisa, la emoción me dominó. Sentí que mis pies se elevaban en los maderos, que mis piernas se negaban a moverse, y después. . . . después no sé; una bocanada de viento azotó mi cuerpo, hizo estremecer mis carnes y caí en la lancha. Sé que nos alejamos lentamente, en medio de un danzar desesperado; que mi cerebro se oscureció, se cerraron mis ojos y no sé más. Cuando desperté estaba a bordo del *Litoral*, y a muchas millas de Buenos Aires.

Hermoso día, hermoso cielo; un sol rojo brilla en el cenit, bien claro, bien límpido. A la derecha, las barrancas altas, rectas como cortadas a pico, pardas como el lomo de un cetáceo monstruoso, más arriba, coronando la barranca, el ramaje espeso de la selva verdinegra con lunares rojos de flor de cielo y vetas oscuras de troncos de sarandíes. A la izquierda iguales barrancas, iguales árboles, y en medio —aprisionado

en esa caja gigante,— el río más hermoso del mundo, se extiende quieto, callado, arrastrando sin sacudidas la enorme mole de sus aguas azuladas y puras. Hay en él algo de salvaje que trae a la mente el recuerdo de las tribus extintas. Cuando una isla de camalotes es arrastrada vertiginosamente por la corriente, yo no sé que asociación extraña hace pensar en la piragua minuana; yo no sé qué influencia desconocida impresiona la retina haciendo ver, sobre la linfa del río, el parido lomo del yacaré. Ese cielo azul, sin una sombra que lo empañe; ese sol rojo cuyos rayos de fuego reverberan sobre el agua, y esa agua sin ondas, sin rumores, encierran una majestad que abruma, una belleza que entristece. Cuando ningún barco pasa lanzando su penacho de humo; cuando se ha dejado atrás algún pueblecillo miserable que medio oculto por las barrancas se divisa desde el río como un montón de rocas blancuecinas, diseminadas en la ribera, la civilización se borra por completo, y la fisonomía agreste, la grandeza salvaje, tornan a enseñorearse del conjunto. Se debilitan los rumores, se acrecienta la luz y la vista percibe, allá lejos, muy lejos, la línea azul pálida del horizonte confundiendo con la línea blanco azulada del río. A veces batiendo las alas con pereza, la corpulenta para atraviesa el río majestuosamente, y se oyen como un lamento las notas apagadas de su tristísimo canto; a veces un grupo de pardos nibiguás navegando río arriba, se columbran a la distancia como puntos negros que desaparecen de pronto en zambullidas de a cuadra. Después, nada; el silencio abrumador, la eterna superficie blanca donde se quiebran los rayos sola-

res y la doble fila de bosques y barrancas siguiendo las tortuosidades del torrente.

Tal fué la sensación que experimenté, cuando, al otro día del embarque, pasado ya el mareo, y con los codos en la borda, miraba atentamente el ancho río y el greñoso monte. Así permanecí largo rato, extasiado ante las infinitas bellezas, imperfectamente soñadas, hasta que fuí, como todos los compañeros a buscarme un alojamiento que mejorara en lo posible nuestra suerte, suerte perra como debe ser siempre la del soldado.

El *Litoral* era un buque mercante de airoso porte; alta borda y delgada proa. En el centro se elevaba la chimenea y un poco más adelante, la cocina, dejando a cada lado un callejón estrecho, techado un puente... En esos callejones se alojaron los más avisados encontrando espléndida habitación durante las frías horas de la noche, aunque insoportables durante el día. Uno de los botes suspendidos de los flancos del buque, fué asaltado por una banda de atrevidos quienes lo convirtieron pronto en confortable alojamiento. Muchas veces desaparecieron provisiones y aun cuando a menudo la víctima tuviese sospechas de la *gente del bote*, jamás pudo haberse con lo perdido, pues había constantemente una imaginaria encargado de prohibir la entrada en aquellos dominios *extra-búquicos*. Dos amigos construyeron en proa, con una vela arrollada en una verga, algo como una carpa, de la cual eran también exclusivos señores, mediante la precaución de no salir nunca los dos al mismo tiempo. Otros, ocupaban rincones arreglados con ingeniosidad y paciencia; bolsas de galleta solían constituir departamentos y hasta los fardos de arneses llegaron a ser disputados como camas

alargadas. Y por más que éstos no se hallasen muy cómodamente instalados, lo estaban como reyes comparados con los infelices que, más desgraciados o menos audaces, no poseían más cama que los maderos del puente, ni más techo que el firmamento.

Aunque sólo el cocinero hacía fuego, y eso en su buena cocina económica, habían, sin embargo, numerosos *fogones*, designándose con este nombre los grupos de seis o siete individuos con un jefe respectivo, encargado de ir a buscar, en una palangana de latón, la ración que el cocinero le entregaba con rigurosa equidad. Se daba un trozo de carne asada por cada *plaza*, y no existía mayor honra para un jefe de grupo que conseguir, por alguna tramolla, uno o dos pedazos más. Recuerdo un jefe de fogón que al segundo día de desempeñar su cometido, desapareció con las provisiones, engulléndose la comida de diez; estos reclamaron como era natural, y el delincuente fué arrestado a la cámara de los oficiales, en donde permaneció hasta que se notó la increíble rapidez con que disminuía una bolsa de galletas colocada allí. Más tarde logró hacerse pasar por jefe de un fogón de seis personas, y como el grupo lo constituía él solo, nadie promovió nueva queja, con lo cual quedó asegurada su voracidad incurable.

Aparte del trozo de pulpa y la palangana de caldo, había días de verdadero festín en que se distribuía galleta y a veces —¡magnos días!,— un medio jarrito de vino. Si después de esto se lograba un mate, una cal-

dera y un poco de yerba, se había ganado el día y era justo olvidar las pocas envidiables horas de la tarde, soportando las caricias de un sol caliginoso, pero si poco diestro o mal relacionado para ingerirse en un fogón amigo, no lograban tales delicias, la jornada era difícil de pasar y durante largas horas nos devoraba el tedio y la tristeza. Quedaba un consuelo: leer, y se leían hasta el cansancio las pocas obras que iban a bordo, entre otras, un *Manual de Cabos y Sargentos*, un ejemplar del *Baturrillo Uruguayo* y un tomito de poesías de Campoamor.

El que no tomaba mate, ni leía, ni encontraba conversación interesante que sostener entre un grupo de aburridos, buscaba en el sueño un paliativo nunca negado, pues las noches eran, más que momentos de reposo, instantes de reñida contienda contra los incontables ejércitos de mosquitos.

La noche iba a suceder a la tarde; pero no bruscamente, con rápidos cambios de tinte, con súbita sustitución de sombras, no. Sobre el moaré cerulescente del río, los arabescos rojos formados por los rayos solares se fueron alejando poco a poco y luego como un ojo somnoliento que se cierra lentamente, el astro diurno brilló todavía un instante entre el follaje del bosque y se ocultó después, hundiéndose detrás de las barrancas. Fué entonces que el río tomó el aspecto de una decoración de un cuento de hadas. Sobre la ancha superficie blanca, quieta, las estrellas rojas lanzaban sus rayos titilantes y más cerca, como una gran

gota de plata, derramada sobre el manto azul, la luna llena, límpida, rodeada de una aureola blanquecina lanzaba un suave resplandor que al rielar sobre las aguas producía extraños juegos de luz, caprichoso movimiento de escamas argentadas, en combinación con los mundos estelares que semejaban rojas pupilas clavadas en el lecho del río, allá a una profundidad incalculable. A ambas orillas las barrancas dibujaban en sombra informe, y más alto, la selva negra, sombría, sin un rumor de hojas, sin un rugido de fiera, sin un canto de pájaro, seguía siempre festinando la ribera, cual mudo y siniestro escuadrón de espectros encargado de guardar aquel prisionero gigante que se llama Paraná. Al frente, a lo lejos, caprichosamente recortada, solía surgir de pronto, sobre la superficie inmóvil a la manera de un ballenáceo dormido, alguna isleta cuyo cinturón de árboles proyectaba sobre el río su silueta oscura de formas indecibles.

El *Litoral* marchaba en tanto, formando con su proa, una especie de cascada de móviles ondas nacaradas y espumosas. A bordo empezaba con la entrada del sol, una curiosa vida noctámbula. Mientras un grupo paseaba de proa a popa y de popa a proa, entonando diversas canciones, organizaban otros extrañas veladas con acompañamiento de mate y guitarra. Tan pronto, en un silencio momentáneo, oíase una voz armoniosa y dulce cantando:

*La donna é mobile
Cual piuma il vento...*

Tan pronto un coro bizarro dominaba el vocerío con la popular,

Bella pinota, bella pinota...

Otras veces, multitud de voces, de gritos sin objeto, de palabras sin sentido, brotaban a un tiempo y rodaban como un huracán de alegría o sobre las quietas aguas del Paraná. Hubiérase dicho que el *Litoral* era un manicomio ambulante, buque de locos, viajando sin rumbo a altas horas de la noche en medio de la naturaleza dormida. Desde un rincón oscuro, escuchábase de pronto el cadencioso son de la guitarra, pulsada por algún criollo, que creyéndose bajo el alero del rancho o a la sombra del ombú, evocaba el recuerdo de la china ingrata en un *triste* lastimero, o fustigaba con décimas hirientes, la cínica faz del tiranuelo uruguayo. Más lejos, alrededor de un brasero donde hervía el *agua del bramador*, un *life weary* de quince años, recitaba con acento quejumbroso el *Tren Expreso* de Campoamor, o la *Desesperación*, de Espronceda, mientras otro como el imberbe enamorado, pensando quizá en la prima que acompañaba al colegio, exprimía la amarga tristeza de *María*, para condensarla en aquella estrofa donde Jorge Isaac depositó toda su alma:

*Ven a vagar conmigo por la selva
Donde las hadas templan mi laúd,
Ellas me han dicho que conmigo sueñas
Y me harán inmortal si me amas tú".*

Y otros del grupo, con voz temblorosa y embargada por la emoción hablaban muy quedos citando estrofas de Alfredo de Musset, de Lamartine o de Obli-

gado, al mismo tiempo que el recuerdo de la madre abandonada al dolor, llenaba de lágrimas sus ojos y oprimía sus corazones de niños. En popa, otro grupo se reunía noche a noche tocando *pericones* a dos guitarras o milongueando de contra punto. Como miriadas de mosquitos nos atormentaban, impidiéndonos dormir, varios cantores se vengaban insultándonos en trovas ingeniosas. Allí, sobre todo, en aquella reunión llegaban los insectos atraídos por la luz de un fanal, y una noche contemplábamos la lucha entablada con las langostas, cuando oímos a Hermo, el malogrado y chistosísimo Hermo, cantar con un compás de petenera la siguiente cuarteta:

*“Se acabaron nuestras penas
Nuestros males infinitos.
Benditas sean las langostas
Que se comen los mosquitos!”*

En la proa del barco, acurrucados bajo la carpa improvisada, tendidos de barriga y con la cara apoyada en la borda, dos jóvenes poetas se hacían mutuas confidencias, ebrios de juventud y de ilusiones, mientras sus miradas erraban de las riberas al cielo y del cielo al río, adormecido el espíritu en la contemplación de aquella belleza excelsa. ¿Pensaban acaso en los peligros cercanos, en la muerte probable? Acaso sus almas viriles se amedrentaban al considerar lo arriesgado de la empresa, al paralelar su incierta situación actual, llena de peligros y zozobras, con su vida de an-

tes, quieta y feliz en el seno de la patria amada y del hogar querido? ¿Por qué apartados del bullicio y el jolgorio se miraban sin hablarse, tristes los ojos, comprimidos los labios? Ay! niños los dos, locamente enamorados, sondeaban el espacio en busca del Dios de los desamparados para que mejorara su suerte o borrara de sus pechos la imagen adorada, y luego, en una libreta común trazaban con una mano febriciente, versos apasionados rebosantes de sentimiento y amor. El 28 de Marzo, durante la confusión del desembarque aquella libreta se perdió con multitud de otros objetos que más tarde fueron recogidos por los paisanos de Guaviyú. Quizá a estas horas algún trovador gaucho, tañendo la guitarra bajo la ramada de mataojo, regale los oídos de su prenda con las inspiradas canciones de aquellos dos vates revolucionarios.

VII

EN ENTRE RIOS

Jeunes gens, ne voyez pas le monde trop en beau, de peur que vous ne pardiez courage le jour ou vous le verrez comme il est.

Ernest Larisse.

I

La atmósfera está serena, las brisas duermen y arriba, en el cielo gris, la luna pálida, inmóvil, justifica la frase de Alfredo de Musset en que la llama: "melancólica lágrima de plata, del manto de los cielos suspendida". De trecho en trecho, distanciadas unas de otras, las estrellas brillan en el dosel uniforme, como fosforescencias de una fúnebre llanura, agitando entre la niebla. Vese la ladera plana y negra, salpicada de ñandubays, cuyas ramas tortuosas, oscuras y deshojadas semejan los descarnados dedos de una mano monstruosa levantada en actitud de increpar al cielo. A un lado un zanjón de riberas áridas y aguas cenagosas; al otro el camino, uniforme, sin subidas ni bajadas, sinuoso apenas, destacándose sobre el fondo negro para ir a perderse allá muy lejos con los últimos

juicios de la visión distinta. Después inútil buscar mayores detalles; inútil esperar un canto de ave que alzándose en el silencio de la noche, despierte las dormidas diosas de la fantasía e infunda aliento al panorama inerme; inútil creer que de un momento a otro el bramido de un toro o el balido de una oveja surcará la atmósfera acallada, generando esas notas extrañas de melancolía salvaje. Nada: el silencio abrumador del desierto que no tiene arroyos que murmuraren, ni árboles donde lloren las brisas, ni pájaros que canten, ni fieras que rujan.

Así pasaron dos horas.

Después, entre las sombras agitáronse diversos bultos negros; luego un murmullo sordo nació del llano y a poco una llama roja brilló en la oscuridad a la manera de una estrella enclavada en el suelo. Aquello fué el principio; uno a uno fueron alzando sus llamas los pequeños fogones no demorando mucho en quedar convertido el llano en un hormiguero de luces; luces que daban mayor tristeza y más sombrío realce a ñandubays cuyas siluetas oscuras se proyectaban sobre el suelo; otras veces, un fogón colocado cerca de un árbol, extendía sus lenguas de fuego y al teñir las ramas con los reflejos rojizos le prestaban un aspecto fantástico. De rato en rato se veían bultos informes que se agitaban a lo lejos, ocultando de pronto la luz de un fogón, como nube densa que oscurece de súbito al titilar de una estrella. Y los bultos se movían, se movían cada vez más y empezaba a generar un susurro apagado y sordo como rodeo que despierta al venir el alba.

Después fué todo un rumor de voces, de gritos y

de cantos festejando el desembarque. Alrededor de cada hoguera había un grupo más o menos numeroso, tomando mate, asando churrascos y charlando, o bien escribiendo cartas y versos, cartas apasionadas líricas, y versos de fuego con muchos: *abominable tirano, despota sangriento* y repetidas consonancias de *gloria y victoria*, a lo Olegario Andrade, cuyas poesías, sobre todo el *Nido de Cóndores*, estaban muy en boga.

Como muestra de aquella literatura de campamento, transcribo una carta que encontré en la confusión de Guaviyú, sin haber podido hasta ahora saber quién fué el autor.

Dice así:

“Envuelto en la misteriosa soledad de los llanos argentinos, marchando a través de las lisas y monótonas laderas entrerrianas, rendido por el sueño y la fatiga, cansado física y moralmente, sólo me alienta el deber, sólo me mueve la obligación. Sumido en un presente angustioso, con un porvenir de luchas y trabajos, sólo vivo en el pasado, triste pasado por cierto, donde me encuentro día a día con la imagen llorosa de una madre gimiendo por el hijo que acaso no volverá a ver. Y después de ella... ah! bien sabes que nada ni nadie me hará olvidarte, ni las fatigas de la guerra, ni el fragor del combate, ni la sombra de la muerte!...

“Nunca seré tuya!, me has dicho, y con la conciencia de que cumplirás tu promesa, hace seis años que te amo, seis años que lucho, seis años que sufro, seis años que lioro... y aún no he cumplido los veinte!

“No puedo ni quiero olvidarte, porque aún no me niegas una sonrisa o una mirada y vivo casi feliz con

esos mendrugos de amor, amándote desde lejos y en silencio, como los viejos marinos amaban a la luna, su melancólica compañera de las noches, sin poder aspirar jamás a contemplarla de cerca, recostada negligentemente en su trono de celajes.

“Como el Leandro de la leyenda helénica, cruzo el Helesponto llamado mundo y guiado por una mirada tuya, llego hasta ti para besar la orla de tu túnica y marchar después a continuar la cruda contienda de la vida, fortificado por tu recuerdo.

“¿Qué más puedo desear?

“Siendo en el mundo un punto, un átomo, un pigmeo, me siento agigantar y llegar a proporciones ciclópeas para luchar como bravo en las fieras batallas de la vida, cuando siento el corazón ennoblecido por una sonrisa de tus labios!

.
.

“¡Salve, vida! ¡Salve, juventud! A vosotros llegan purísimas alabanzas sinceras de las almas redimidas! Vivir es luchar.

“Felices los que amasando el lodo de la existencia no salpican con él su corazón! Felices los que en la noche del cansancio sienten el dolor de la pena sin las sombras de la duda! Felices los que bogando en el proceloso mar de la existencia nunca pierden la esperanza, porque esperar es amar, y amar es vencer al dolor!...

.
.

“Soldado de la idea y del derecho, sólo me espera un porvenir sombrío, de derrotas acaso, de muerte tal vez; y sin embargo, tengo ansias de vivir, no quiero perderte, no quiero restituir a Dios el polvo con que me ha creado; no, no quiero morir, soy demasiado joven y te amo demasiado!...

“En fin, Dios dirá.

“Adiós, adiós, quién sabe si aún podré escribir para repetirte cuánto te amo y mandarte un beso, puro como mi alma de niño con mi postrer despedida.”

Esta carta fechada en San José de Feliciano, llena de defectos y de romanticismos, la conservo, bien arrugada por cierto entre mi archivo de la revolución.

Yo, también, muchas veces, pasé largas horas con el papel por delante, el lápiz en la mano y la cabeza ardiendo, en busca de rimas para anatematizar al tirano.

Recuerdo unas que lograron el honor de ser cantadas con acompañamiento de guitarra en las veladas nocturnas, y que empezaban así:

*“Pisando tierra extranjera
Con el alma dolorida
Fuí pensando en la querida
Tierra hermosa do nació.
Virgen pura americana
Sobre el río recostada
Y en cuya frente tostada
Se lee escrito SARANDÍ.*

*Me alejé de su ribera
En una noche sombría,*

*Y mientras onda bravía
Levantaba el aquilón,
Llegó hiriente a mis oídos,
Como un clamor inhumano,
Con el ¡ay! del ciudadano
El sarcasmo del sayón.*

*Y cuando el barco ligero
Por las olas azotado
Cruzaba firme y airado
El verde seno del mar,
Las tinieblas, aves negras
Agoreras de tormentas,
Se agigantaban sedientas
De redimir y vengar!*

Que las musas me perdonen los ataques inferidos por mi lira, y sirvame de disculpa los diez y siete años que tenía al escribirlos.

Grupos verdaderamente curiosos, se veían al redor de aquellos primeros fogones. Al lado del muchacho campero, medio gaucho y medio montevideano, el tipo mixto que sabía llevar con igual arrogancia la correcta levita y el poncho de verano; que con igual desenvoltura hablaba en los salones de la ciudad a la niña elegante, y a la humilde paisana de faz cobriza y trenza negra, allá en el rancho solitario, perdido en la extensión inmensa de la loma; al lado de ésta el montevideano puro, de cabellos blondos y rostro de virgen, temblando de frío y muy abiertos los grandes ojos azules de mirada tímida, sentíase como perdido, extraño, contemplando con asombro aquella existencia

nueva y moviéndose torpemente en aquel medio tan diferente del suyo. No congeniaba con el paisanaje; soportaba su presencia, pero mostrándose siempre frío y con gravedad cortés, esquivando las circunstancias que tendían a unirlos en la promiscuidad de la vida de campamento.

Y allí, no pudiendo dormir a causa de los mosquitos, los soldados gritaban y reían. Uno tuvo la ocurrencia de imitar el balido de una oveja y acto continuo fueron imitándole otros, de tal manera que a poco el batallón simulaba un rebaño completo. Más tarde, a los balidos se unieron los ladridos de perros, maullar de gatos, cantos de gallo y otras mil voces de animales formando un conjunto tan extraño que parecía ser el campamento una gran arca de Noé donde cada especie se hubiese multiplicado.

Después cuando el sueño empezó a hacerse sentir, las voces se fueron apagando, lo mismo que los fogones, y en medio del silencio de la noche y la tristeza del paraje, los soldados se durmieron.

Así pasó la primera noche en el territorio entrerriano.

II

El 25 de Febrero, segundo día de nuestra permanencia en Entre Ríos, amaneció sereno, apacible, con un cielo ceniciento donde el sol brillaba, insoportable ya, en las primeras horas de la mañana. Un día pasado en la inacción y más de medio de otro nos hacía desear algún acontecimiento que nos distrajera, ya que ningún encanto podía ofrecernos aquel paraje.

A las dos una novedad se nos presentó: la organización del batallón 1º de infantería, con el comandante Rufino T. Domínguez por jefe y el mayor Luis Rodríguez Larreta por segundo. El batallón compuesto de doscientas y tantas plazas, fué dividido en cuatro compañías, ordenadas por estatura y con los jefes siguientes:

1ª Compañía, Capitán José Batlle y Ordóñez; 2ª id. id. Luis Melián Lafinur; 3ª id. id. Juan A. Smith; 4ª id. id. Felipe D. Segundo.

En seguida los comandantes de compañía dieron a conocer los oficiales inferiores y los clases, con gran regocijo nuestro de vernos convertidos en verdaderos soldados y mostrando el mayor empeño en respetar a los superiores, observando la más correcta disciplina.

A esta alegría, sucedió otra no menos interesante, la llegada del general Arredondo, aquel Arredondo de tanta fama y a quien ninguno de nosotros conocía.

Yo, y creo que como yo muchos otros, me lo había figurado un tipo de caudillo alto, robusto, de recias espaldas, de melena ruda y de bronca voz. Fué, pues, grande mi asombro cuando me encontré con un hombre pequeño, flaco, cargado de espaldas y de un primer golpe de vista desagradable. Tenía una gran cabeza poblada de largos cabellos grises y un rostro extenso, anguloso, con líneas severas, con pómulos prominentes y una frente oblicua y vastísima, —lo que, cuando muchacho,— le había valido por parte de sus compañeros el apodo de *campopelado*. Una nariz larga, fina y un tanto aguileña separaba los ojos pequeños, hundidos profundamente en las órbitas y una mirada viva, enérgica, llena de fuego todavía. Las gran-

des cejas espesas que hacían parecer más hundidos los ojos y la escasa barba, corta y gris, que cubría los anchos labios y el mentón cuadrado, contribuían a dar a aquel rostro una extraña expresión de astucia, de fiereza, de inteligencia y de energía. Iba vestido con un saco de color oscuro, un pantalón claro, botas altas de piel curtida, y un sombrero de paja, blanco, con cinta negra y grandes alas y guantes de seda. Serio, frío, extremadamente parco de palabra, de hablar pausado, tenía un conjunto simpático, a la vez que imponente, cuando se le observaba con detención. No estaba fundido en el molde del caudillo; no poseía esa figura arrogante y esa voz ronca y marcial que hace brotar legiones de gauchos con un solo grito; pero tenía de aquel, la audacia, el valor, la inteligencia y sobre todo la astucia, unido todo ello a sus cualidades de hombre culto y militar de escuela.

Llegó allí rodeado de un prestigio enorme de general invencible y era tanta la confianza que teníamos en él, que cuando en días de desaliento pensábamos en una derrota posible, bastaba recordar que Arredondo iba con nosotros para que toda sombra se disipara, para que huyera todo presentimiento de mal éxito, creyendo en la victoria con una fe ciega e irreflexiva. Todo el batallón lo amaba y él también amaba aquel batallón de muchachos, en medio del cual fué a alojarse y al que solía llamar su *guardia vieja*, su batallón escolta.

Con estos acontecimientos, el día se pasó alegremente, y llegó la noche, la triste noche melancólica y fría, con sus miriadas de mosquitos y su silencio de muerte. Como en las anteriores los soldados pasaron

varias horas de jarana, y se durmieron al fin olvidando que no habían comido.

Al siguiente día nuevas distracciones nos esperaban, siendo la mayor, la distribución de los uniformes y recados. Fué una gran alegría la que experimentamos al abandonar nuestros trajes de ciudad para vestir el pantalón negro, de corte francés y con vivos rojos; la casaquilla del mismo color e iguales vivos, y el kepí, negro también, con un galoncito rojo. Yo sé de mí que muy tieso dentro de mi uniforme, me paseaba airoso, erguido, con aire marcial y orgulloso de haber arrancado mi última insignia de paisano para quedar convertido en soldado, verdadero soldado, que sabía cuadrarse perfectamente para decir con el aire más respetuoso del mundo:

—Mi capitán!

Y vaya si quedaban satisfechos los *capitanes*, ellos que parecían máscaras o empleados del Correo, con su larga y desairada blusa gris azulada y de botones planos!

Hay que confesarlo, ellos rompían la correcta uniformidad del batallón!

Después de entregarnos el uniforme, completado con un poncho de invierno, pequeño y sin bayeta, se procedió a la distribución de los recados, que consistían en un basto porteño sin cabezadas, forrado de lona; un freno, con sus correspondientes riendas, una carona, una jerga, un cojinillo y una cincha. ¡Maldecido recado, duro como asiento de roca, incómodo a más no poder y feo cuanto era posible serlo! Verdad que los caballos que debían ostentarlos no les iban en zaga en lo referente a la última cualidad, y formaban

así un todo armónico, no imitando a los capitanes en este punto.

Si vestir el uniforme nos convencía de que éramos ya soldados, poseer un equipo de montar nos anunciaba que empezaríamos las marchas y no sé decir qué cosa nos fué más grata.

No fué sin embargo, tan pronto como lo deseábamos y antes hubimos de experimentar una nueva y agradable sorpresa.

El 1º de marzo al aclarar el día se nos hizo formar para entregarnos los fusiles y correajes y, en seguida, marchamos al ejercicio, maniobrando durante largas horas con un ardor inesperado y que, suspendido para almorzar, volvió a continuar en la tarde hasta la noche. Esta llegó brumosa, oscura, con repetidos relámpagos y un calor sofocante que pregonaba tormenta. En efecto, muy pronto oyóse el estampido del trueno y empezó a caer una lluvia torrencial, acompañada de un viento huracanado que arrancó las carpas, barrió el campamento y hacía difícil hasta el sostenerse en pie. Toda la noche duró esta tempestad, la más grande, la más terrible que he contemplado en mi vida, y toda la noche oyóse el repetido roncar del trueno confundido con el bramar del aquilon.

Por una extraña coincidencia, ese mismo día 1º de marzo de 1886, Máximo Santos se hacía reelegir presidente constitucional del Uruguay, en la persona de Francisco Antonio Vidal, el abominable comodín del tirano.

La marcha: hedla ahí, la tan deseada marcha. Las cuatro compañías forman en la puerta del corral y van entrando una por una a hacerse de cabalgadura. Trance apurado para la mayor parte que creen apoderarse de un caballo como de un perro, y corren de un lado a otro, con el freno en la mano, el pescuezo alargado, la vista azorada, temiendo ser llevados por delante y repitiendo sin cesar.

—Chui, chui, ¡pingo!... de la misma manera que hubieran gritado:

—¡Mis, mis,... morrongo!...

Pero los *pingos* de patas bichocas y *cruces agusanadas*, no entienden una jota de tan cariñosa llamada y hubiesen continuado muy sueltos y muy libres sin la intervención de los *mozos camperos*, el tipo mixto, tan mal mirado por el montevideano puro.

Cuando ya se tenía el caballo enfrenado, nuevas dificultades se presentaban, cual ser la de ensillar y después, las repetidas caídas, festejadas por los compañeros con estrepitosas carcajadas y con maliciosas puyas por los *mozos camperos*. Juan Chabrier, extranjero voluntario, y alegre camarada, fué uno de los primeros que sufrió las iras de aquellos *briosos pingos*, uno de los cuales, según cuenta él mismo, “le dió posesión de varios solares en aquellos pagos correntinos donde nunca soñó ser propietario”.

III

Es la noche. Después de marchar tres días bajo una lluvia torrencial, hambrientos, muertos de sueño, rendidos por las muchas horas de trote, echamos pie a

tierra, amontonamos el recado y las maletas empapados; arrojamos el poncho que calado por la lluvia gravita sobre nuestros hombros como un fardo de hierro y corremos en busca de ramas para intentar encender fogones, ¡lloviendo y con troncos mojados!

El pasto húmedo nos cubre las piernas y, debajo, los pies se hunden en el cieno, haciendo dificultosa la marcha, y mucho más para nosotros que tenemos las piernas ateridas, temblorosas e inseguras a causa del frío y del cansancio. Por fin, haciendo excavaciones en el suelo, logramos encender las ramas y producir fogones cuyas llamas envueltas por una lluvia menuda, semejante a una niebla, no disipan las sombras. Yo me siento aterido, horripilado, me castañetean los dientes y no encuentro fuerzas ni aun para pasarme la mano por la cara y apartar los largos cabellos empapados que pegados a la frente me cubren los ojos, impidiéndome ver distintamente.

¡Carnaval! Sí, era carnaval, y no fué poco el baile y la mojadura que llevamos, renegando de las regiones celestes y comprendiendo recién la sabiduría que atesora cierto edicto policial de nuestra patria.

Así pasó un rato hasta que oí una voz que gritaba con imperio:

—¡A formar la guardia!

Más tarde supe que era mi compañía la que estaba de servicio; pero esa noche no lo recordaba, seguramente, pues no concurrí a formar y a más de uno debió sucederle lo mismo, por cuanto esa noche la guardia fué muy pequeña, y al día siguiente, muy grande el número de presos.

Hacia rato que permanecía yo recostado a un es-

pinillo enano, abstraído, inconsciente, mejor dicho, mitad dormido, mitad despierto, cuando sentí que me tocaban el hombro. Volví la cabeza y me encontré con cuatro compañeros que me hicieron señas de seguirlos en silencio, lo que obedecí sin murmurar. Ya lejos, apartados del campamento, y en perfecta oscuridad, uno de ellos me dijo:

—¿Tienes hambre?

—¡Vaya una pregunta! — contesté irritado creyendo que se trataba de alguna fumada.

—Es una pregunta como otra cualquiera, — continuó mi compañero con aire muy serio, — y si tienes hambre, nosotros sabemos donde hay que comer; y si tienes frío, nosotros sabemos donde hay techo y fuego.

—¿Dónde? — pregunté, con menos mal humor.

—Allá, — me dijo, señalando con el brazo una lucecita que brillaba en la oscuridad y a una gran distancia.

—¿Qué es aquello?

—*Debe* ser un rancho.

—*Debe*, ¿y si no es?

—Si no lo es, que no creo, no tendremos que comer, pero en cambio tendremos menos frío, después de la caminata, y algo habremos adelantado.

Yo tenía ya grandes deseos de tentar la aventura, dado que me sentía muerto de hambre y de frío, pero, para descargo de mi conciencia, exclamé todavía.

—Bien sabes que está terminantemente prohibido abandonar el campamento.

—Conforme: con permiso no podemos salir, pero como nadie nos impide que lo hagamos sin él, somos dueños de nuestras personas y de la situación.

Ante razonamiento tan lógico, forzoso me fué rendirme.

—Vamos, — dije.

Y marchando a tientas, hundiéndonos en el fangal y llevando por guía la lucesito roja que tan pronto aparecía como desaparecía. Después de haber andado unos cien metros, tuvimos que detenernos enfrente de un cañadón que merced a la lluvia se hallaba convertido en verdadero torrente, arrastrando a saltos y con sordos mugidos sus aguas cenagosas.

—¿Por dónde pasamos?

—Nosotros lo sabemos lo mismo que tú; — respondió el cabecilla. De todos modos, por algún lado lo hemos de pasar. Buscaremos vado más arriba y si no lo hay nos tiraremos a nado: no nos hemos de mojar mucho más de lo que estamos.

Por fortuna no tardamos en encontrar un sitio donde la cañada, más angosta, permitía pasar, dando un salto.

Ya del otro lado, continuamos la marcha, contentos con el primer triunfo, y guiados siempre por la lucesito que poco a poco iba aumentando de tamaño hasta que al fin se nos mostró claramente, en medio de un patio. Llegamos a un rancho miserable bajo cuya enramada había cuatro caballos ensillados y clavadas en el suelo, otras tantas lanzas, pertenecientes a unos soldados de caballería, que tomaban mate tranquilamente alrededor de un gran fuego.

—Buenas noches, señores — dijimos saludando con cortesía.

—Buenas, muchachos — contestaron los otros

asombrados de nuestra presencia. — ¿Qué andan haciendo?

—Ya lo vé: lo mismo que Vds.

—Pero Vds. tienen orden de no salir del campamento.

—Sí señores; pero como no tenemos orden de morirnos de hambre, hemos interpretado la disposición a nuestro agrado.

Riéronse los soldados y nos convidaron con mate.

En cuanto a comer hubimos de conformarnos con unas mazorcas de maíz, de la especie *abaty tupy*, tan extremadamente duro, que después de asado crujía entre los dientes como si mascáramos guijarros. Lo comimos, sin embargo, y de muy buen grado, y cuando concluimos aquella pobre merienda, nos fuimos a acostar, en una traja, única habitación que pudo ofrecernos el gigantesco correntino, propietario de la casa. Allí nos tiramos sobre las pilas de maíz, encontrando las camas bastante cómodas y no tardamos en dormirnos profundamente, bendiciendo nuestra buena estrella.

Mas ¡ay! Nunca puede uno fiarse de las estrellas, pues a lo mejor aparece una malhadada nube que las oculta! Y a nosotros se nos presentó bajo la forma de dos corpulentos cerdos, que sin ninguna reverencia y alegando derechos adquiridos, nos intimaron desalojo. Nos negamos a obedecer, se entabló la lucha, y al final hubimos de ser razonables por uno y otro bando, concluyendo por dormir todos juntos, en buena y leal armonía.

Al aclarar el día, en una hermosa mañana en que el sol brillaba produciendo bellísimos cambiantes en las gotas de agua que humedecían el campo, nos levanta-

mos con premura e hicimos rumbo al campamento, si satisfechos de la aventura, temerosos del castigo que indudablemente se nos impondría, tanto más cuanto que era comandante de campo el capitán Smith, oficial rígido y amante de la disciplina.

Anduvimos, anduvimos, y al llegar a la cañada, notamos, con espanto, que la lluvia la había convertido en ancho y mugidor torrente, sin vado posible.

¿Qué hacer?

Ya empezábamos a aligerarnos las ropas para tirarnos a nado afrontando el peligro, que no era poco en medio de la corriente atorbellinada, cuando llegó hasta nosotros un soldado de caballería, uno de nuestros compañeros de posada, el cual nos fué pasando uno a uno en la grupa de su caballo, y el que pasaba, huía inmediatamente, ocultándose para llegar al campamento sin ser visto.

La fortuna nos favoreció una vez más y llegamos todos sin ser descubiertos.

Poco duró nuestro gozo, sin embargo, pues cuando satisfechos nos encontrábamos, vimos un barullo inusitado, y vimos a uno de los compañeros, bien cuadrado delante del capitán Smith, hablándole con acento compungido.

Al rato todos los de la escapada recibimos orden de prisión.

¿Qué había sucedido?

Que aquel maldito *buey corneta* se había hundido al pasar el cañadón, salvándose gracias al soldado de caballería que lo sacó enlazado; mas, como el muy zopenco, consideraba una ofensa aquel medio de salvataje, dió cuenta a Smith, descubriendo toda la *cons-*

piración tan bien urdida, y tan felizmente llevada a cabo.

A pesar del castigo no fué esta la última vez que abandonamos el campamento para ir a solazarnos a altas horas de la noche en algún destartalado rancho de Entre Ríos.

IV

Marchábamos por los llanos de Montiel, la más triste región entrerriana, eternamente plana, sin arroyos, sin cañadas, sin agricultura y sin haciendas, sin otra vegetación que la interminable selva de ñandubays que en estos parajes se hace más densa entremezclando sus ramas tortuosas, donde suelen posarse dando fuertes graznidos, los cuervos y las águilas, reunidos en grandes bandadas. Era un día caluroso en extremo y nuestro batallón hacía la jornada al trote, cansado y muerto de sed. Al fin de la columna, la guardia, compuesta de media compañía, marchaba silenciosa apurando a los rezagados.

De pronto, en aquel llano desierto, apareció un jinete, un indio recio, tipo característico del bandido entrerriano. Con el ala del sombrero caída sobre los ojos, el rostro greñoso, el vestir harapiento, se bamboleaba, ebrio a caerse, sobre el mal caballo, azotando las piernas y armando gran ruido con inmensas rodajas de la espuela nazarena calzada en el pie desnudo. Quieto, a poca distancia del camino, encorvado sobre las cruces del caballo, miró desfilar el ejército frunciendo los labios con desdeñosa sonrisa.

A retaguardia de la columna, marchaban parti-

das y hombres sueltos, gauchos casi todos, hombres avezados a esta clase de faenas, hechos para pasar la vida holgando, prosperando, sobre todo en los tiempos de guerra, en que servían así, sin sujeción a ninguna disciplina, sin jefe, en la acepción verdadera de la palabra, lo que les permitía merodear aquí y allá, libres de incomodidades y lejos del peligro, la mayor parte de las veces. Entre esta gente iba un pardo negro, llamado Pintos y que pasaba por asistente del comandante Bernardo Oribe. Era un pardo robusto, de facciones toscas y duras y con fama de nada lerdo. Pues bien, este pardo acertó a pasar por el lado del correntino que seguía siempre mirando con desdén la columna ya lejana.

—Adiós, cuervo — dijo al ver al negro.

Volvióse aquél, sofrenó el caballo, y, mirando al correntino de hito en hito contestó furioso:

—¿Querés ver cómo de una puñalada te bajo del sotreta?

Apenas acabó la frase, cuando el bandido le voleó el trabuco naranjero, de caño de bronce, y boca monstruosa. Sonó una detonación, salió el tiro; pero, el negro, veloz como gamo, hizo una pirueta, sacó el cuerpo y la lluvia de *cortados* se hundió en el suelo haciendo saltar montones de tierra. Entonces, espoleando el caballo se lanzó sobre el correntino, lo sujetó del poncho y le hundió hasta la S el facón de doble filo. El asesino, sin dar un grito cayó del caballo y Pintos desmontó también para ultimarle.

Cuando el general Arredondo, tuvo conocimiento del hecho, mandó buscar al negro y le preguntó qué había hecho.

—Nada; — contestó él con indiferencia — le pegué siete puñaladas y lo degollé.

Arredondo lo remitió a Racedo, el cual, al saber quién era el muerto, le entregó al negro una libra esterlina y lo puso en libertad, agradeciéndole haberle desembarazado de un lobo que hacía tiempo perseguía.

El gobernador de Entre Ríos había encontrado el modo de administrar justicia pronta y buena, y Pintos, volvió con nosotros, muy asombrado, y deseoso de encontrar oportunidad para ganarse nuevamente una esterlina en ocupación tan agradable.

Por desgracia, — para él, — no volvió a presentarse caso idéntico, y la marcha siguió cada vez más fastidiosa y triste, a través del bosque interminable de ñandubays y espinillos, sobre el llano sin fin, sin colinas y sin aguadas.

De trecho en trecho, y de rato en rato, solía encontrarse un rancho miserable, desolada tapera e inmundada guarida de alguna familia correntina, familia numerosa siempre, desaseada, haragana, cuyo jefe pasa la vida echado de barriga al sol como los lagartos, sin anhelos, sin ambición, sin más placer que comer, dormir y hacer hijos; eso sí, muchos hijos, muchos que andan allí rodando casi desnudos, los que no desnudos, enlodados de pies a cabeza, greñosos, feos: cachorros de bestia más que criaturas humanas.

Cierto día que acampamos a inmediaciones de un rancho, yo fuí con varios amigos y encontré al marido, echado de panza bajo la enramada; la mujer tomando mate, sentada en el suelo, rodeada de muchachos. El menor, un niño de pecho, desnudo, tirado sobre un cuero de ternera, estiraba las manecitas y

cogía terrones y palos de yerba que llevaba luego a la boca, sonriendo a la madre que no lo miraba y que permanecía extática con la bombilla en la boca y fija en la llanura la mirada sin expresión de sus grandes ojos azules. Le pedimos mate y accedió mediante la condición de pagarle cinco centavos y cebarlo nosotros mismos. Varias veces le dirigimos la palabra sin obtener más que contestaciones monosilábicas. Sólo al despedirnos nos miró un instante y nos preguntó con su voz cantona y apoyada:

—¿Qué andan haciendo Vds.? ¿Vienen pa gol-tiar a Racedo?

En vano le dijimos que éramos orientales, y que marchábamos a derrocar la tiranía. Ella ignoraba lo que queríamos decir con *orientales* y no deseando torturarse la imaginación, bajó la cabeza, volvió a dirigir la mirada al llano y quedó otra vez en su indiferencia de bestia, en su apatía de vaca lechera.

Otra vez llegamos a un rancho y pedimos un vaso de leche. A media cuadra de las casas, estaba el corral y en él las lecheras atadas. Pues bien, el entrerriano se negó a vendernos la leche, y prefirió regalarla a pesar de la proverbial codicia de esas gentes, antes que ir a ordeñar.

Lejos de ofrecer hospitalidad al viajero, como lo hacen nuestros gauchos, los entrerrianos miran con rencor y con recelo al que llega a sus puertas; no invitan a nadie para que entre y es locura pensar que le conviden con algo. Es preciso recorrer aquellos parajes para apreciar la tristeza, la barbarie que encierran. Parece que los vastos horizontes, los campos eriales y el sol canicular han avasallado el espíritu del

colono, enervándolo, dándole un carácter incierto, des-
preocupado, lo que unido a la falta absoluta de educa-
ción hace predominar el espíritu salvaje, el egoísmo
de la bestia. Yo no he visto una guitarra en los ran-
chos entrerrianos y he notado en todas partes ese des-
dén con que es tratada la mujer, considerada solamen-
te como la hembra, todo lo cual me ha inducido a
suponer que el sentimiento poético, si no falta, por
lo menos apenas vive en aquellos hombres semi-bár-
baros. Y es bien sabido que el sentimiento poético, es
el que da a nuestros paisanos ese carácter admirable;
es él quien nos hace conmover cuando sabemos que
el gaucho bandolero después de asesinar una familia,
llora al entonar, al compás de la guitarra, sus cancio-
nes a la china, esas canciones a través de cuyas for-
mas toscas se adivinan los paisajes de la naturaleza,
sus alegrías y sus tristezas, vistas y comprendidas por
el luchador indomable, salvaje sin educación y sin
ejemplos morales, viviendo en medio de los campos
sin más amparo que esa misma naturaleza, la que con
su diversidad de encantos y de secretos, lo obliga a
meditar y alejarse cada vez más de la caverna donde
la bestia ruge para acercarse paulatinamente al hom-
bre, el animal perfeccionado y eternamente perfectible.

V

Yo no podría relatar uno a uno los acontecimien-
tos sucedidos durante la travesía de Entre Ríos. Por
otra parte, ese diario no tendría ningún interés; sería
necesario repetir a cada instante las mismas cosas, los
mismos hechos, porque aquella marcha, en sus últi-

mos días fué terriblemente monótona y aburrida. Hacer mucho ejercicio, comer muy poco y no dormir casi nada, he ahí el programa repetido siempre con variaciones insignificantes.

Hago pues un giro, doy un salto en mis narraciones, para ir a encontrarnos en Mocoetá.

¿Por qué en Mocoetá?

Porque hay allí un gran torrente, una laguna amplia, de aguas cristalinas y hermosas riberas; porque en su inmediación existe una graciosa colina; porque en la falda de esta colina se extiende una capa de pedregullo y en la loma se ostenta una casa de material, vivienda de seres humanos y se ven allí carros, bueyes, útiles de labranza. En una palabra, porque allí empieza la vida; allí concluye la monotonía que fastidia y la aridez que abruma. Estamos cerca de la patria, no hay que dudar, pues el suelo empieza a tomar el aspecto de variedad y de belleza, propio de nuestra tierra; y a esa intuición, nuestros corazones laten, y nuestras almas rebosan de contento. ¡Hace ya tanto tiempo que ansiamos hallarnos en *casa*, entrar en acción, utilizar las armas que la indignación nacional ha puesto en nuestras manos!

El paraje es hermoso, convida a permanecer en él, pero no oímos con desagrado la voz de ¡marchen!

En marcha, pues!

El 15 de Marzo, a las 10 de la noche, se toca diana, nos mandan ensillar, y ¡marchen! Un ejército argentino viene en nuestra persecución.

¿Sí? Bendito ejército argentino, tú acelerarás nuestra marcha y nos arrojarás cuanto antes al fin de nuestro viaje, asaz cansado.

Era una hermosa noche aquella! Había un cielo azul-celeste con girones de nubes blancas, y entre ellas la plena luna brillaba dulcemente. No corría ni una brisa, el aire era tibio y para complemento marchábamos por un camino delicioso.

¿Cuánto tiempo anduvimos?

No sé. Sólo recuerdo que, al venir el día, yo estaba, — y muchos como yo, — tirado en el polvo del camino, entre las patas de los caballos, con la rienda en una mano y el rémington en la otra.

Volvimos a montar y seguimos, rendidos, extenuados de fatiga y de sueño, pasando por delante del case-río de Chajarí.

Un último recuerdo. Poco antes de avistar el Naranjito, experimenté una de las sensaciones más extrañas de que tengo memoria: en medio de la desierta planicie, vimos aparecer de pronto, silbando a lo lejos, una locomotora con su convoy, y al ver aquel espectáculo sentí un no sé qué de satisfacción, de alegría inusitada. La civilización cruzando por pleno desierto; la vida pisando el páramo; yo no sé qué extraña sensación embargó mi ser, sensación que aumentó cuando fuimos a pasar sobre los carriles de la vía.

En tanto, allá lejos, una línea negra, muy tenue, apenas visible, cortaba el horizonte y nuestros ojos se clavaron en ella con insistente curiosidad.

VIII

NARANJITO

I

La línea negra que cortaba el horizonte fué creciendo rápidamente hasta presentarse bien claro, bien hermoso el río con sus bosques gigantescos. Ante aquella aparición nuestros corazones latieron con alegría inusitada y oyóse repetir cien veces con acento gozoso:

—El Uruguay! El Uruguay!

Él era, en efecto; y nosotros lo mirábamos con la satisfacción y recogimiento que debió experimentar Colón a la vista de Guanahani. Allí estaba el río legendario, monumento vivo, arca sagrada conteniendo múltiples recuerdos de gloria, de cívico valor, de nobles sacrificios. Él estaba allí, como emblema de la patria, símbolo de grandeza, cuna y teatro favorito de aquella raza oscura, salvaje y bravía que hubiera sucumbido sin dejar una página en la historia a no ser por su espíritu indomable, su sed de independencia, su altivez nativa que legaron a los criollos como herencia sublime. El gaucho recogió, con la lanza rota del indio moribundo, el pabellón desgarrado, el oriflama santo, que paseó de nuevo, por llanos y colinas, para de nuevo caer cuando exhausto ya, el tupamaro

dobló la frente, y expiró en medio de los campos, encomendando a sus sucesores, la continuación de su obra. Y ese Uruguay querido, nuestra fe de bautismo, nuestro orgullo y nuestra gloria, aparecía ante nosotros, — herederos del gaucho, como él lo fué del charrúa, — cual encarnación del pasado, cual cuna de la patria.

Lenta, lentamente nos fuimos acercando, llenos de veneración y respeto, cada vez más conmovidos, más llenos de júbilo a medida que se iba delineando la lujuriosa vegetación de la selva, y a medida que el canto del *chajá* hería nuestros oídos como una voz de alarma. Un extraño olor de aromas salvajes, de humedad y de algas nos sorprendió agradablemente, cuando al coronar una loma nos encontramos sobre el río mismo, al lado de una curva que dejamos atrás para ir a echar pie a tierra en un recodo que forma el Uruguay.

Cuando hubimos desensillado, nos lanzamos al monte en busca de varas para armar las carpas, los que las tenían, o para adquirir los útiles a fin de hacerse de una, aquellos más desamparados. Toda la costa aparecía bordada por gigantescos guayabos de gran ramazón y corpulento tronco. Más adentro, el blanquillo, el biraró y el lipée, confundían sus distintos follajes en medio de los cuales lucía su pequeña fruta morada, uno que otro guaviyú, o sus hermosas flores rojas los rastreros plumerillos. Multitud de lianas, ligaban unos árboles con otros, en compañía de verdes enredaderas ya de bellas hojas lisas como las del imbu-

rucuiá, ya provistas de aguzados y resistentes agujones como el cipó... , expresivamente llamado *uña de gato*.

Siguiendo hacia el cauce del río se encuentra una vegetación distinta, casi exclusivamente formada de sarandíes, cuyas largas ramas tortuosas y de un color terroso, se retuercen en giros variados, o se alzan perpendicularmente, semejando culebras de las cuales apenas se diferencian; otros, troncos gruesos y resistentes, se extienden en posición horizontal, a cierta altura del agua y a manera de puentes: muchas veces los utilizamos para pescar o lavar la ropa. Después de los sarandíes hay todavía una línea de camalotes con sus grandes flores blancas y sus anchas hojas verdes y lustrosas; después la amplia laguna, de gran extensión, domina el paisaje con sus aguas turbias que le han valido el nombre de *Laguna Negra*. Repetidas veces vimos aparecer sobre la superficie, el hocico afilado del carpincho o la cabeza monstruosa del yacaré; lo que nos impidió satisfacer el gran deseo que teníamos de darnos un baño en las aguas patrias.

En todo aquel bosque, los árboles estaban intactos, sin que se advirtiera una sola señal de hacha o torada. Un ambiente fresco se respiraba bajo el follaje, lo que unido al olor agradable que salía de la grama del suelo, y la semi-oscuridad que reinaba en todas partes, hacía de aquel paraje un admirable sitio para pasar las tardes calurosas del alto-Uruguay, escuchando el tristísimo canto de la pava del monte, o los diversos tonos del azulado morajú; pero impropio para permanecer de noche por cuanto el yagareté vive aún entre sus lianas, y testigos de ello fueron dos

oficiales del batallón de Amilivia, quienes habiendo hecho una hamaca para dormir en el interior de la selva, despertaron a media noche por los sordos rugidos de una de aquellas fieras.

Cuando nosotros hubimos cortado nuestras varas, y salimos del monte, ya el campamento tenía un aspecto distinto; a un lado se elevaba la gran carpa del comandante Domínguez; no lejos, otra carpa también espaciosa en uno de cuyos flancos tenía escrito en gruesos caracteres la pretenciosa frase de: CUERPO MEDICO. En distintas direcciones se ven otras carpas pequeñas, de soldados afortunados, armadas ya, o en vías de armar.

Nosotros, arrastrando las ramas y troncos, empezamos la difícil tarea de construirnos habitaciones. Las había de varios estilos, entre los cuales el más sencillo era el de tomar una vara de sarandí, cimbrarla y hundir sus dos extremos en tierra, formando un arco; luego otros dos distanciados una vara entre sí, y sobre esos arcos se aseguraba un poncho, quedando lista una especie de choza, en la cual sólo cabía una persona y eso, acostada. Otras se formaron con cuatro horcones, techadas con ramas de mataojo y guayabo: entre estas descollaba la gran enramada del sargento Cardeillat, donde se alojaban cómodamente, seis compañeros.

Al día siguiente, el campamento tenía la fisonomía más abigarrada que puede imaginarse. Nuestro batallón constituía una aldea salvaje, con sus chozas desparramadas, y salpicado de carpas. A cien metros más allá, en el codo que formaba el río, el batallón de Amilivia, también levantó otra toldería en medio de la

cual descollaba, la elegante carpa, blanca y roja con una banderola azul en el vértice, propiedad del jefe. A nuestro frente había un pequeño cerro donde se colocaron los cajones de correajes y municiones, llamado por nosotros: *el parque*; y entre el y la gente de Amilivia, se colocaron las carretas, almacenes ambulantes encargados de sacarnos el poco dinero que nos quedaba. Más lejos fueron acampando después los batallones de Ramírez, Ordóñez y Visillac y los escuadrones de Salvañach y Mena. Al Norte, a doscientos metros del ejército, blanquean las carpas del general Arredondo y las de sus ayudantes, rodeadas por un grupo de talas.

Bien arreglados ya, y dispuestos a pasar una temporada en aquel hermoso paraje, nos entregamos en cuerpo y alma a los penosos ejercicios que han de formarnos soldados.

II

Apenas aparecía el sol en el horizonte disipando la bruma, y apenas mil gorjeos distintos anunciaban el despertar de la selva ya se oía en el campamento la voz de ¡arriba! y a falta de clarines y de dianas los clases iban zamarreando a los dormilones para que rápidamente se vistieran y armaran. ¡Bien recuerdo aquellas mañanas, en que el frío endurecía mis dedos hasta el punto de no poder abrochar el correaje, y en que el fusil helado se escapaba de mis manos!

Sin embargo, el batallón no tardaba en estar formado y las cuatro compañías abandonaban el campamento en diversas direcciones. Detrás del cerro, o del

Parque, como lo llamábamos nosotros, se extendía una gran llanura plana donde se practicaba el ejercicio, y durante cuatro horas consecutivas, corríamos de un lado para otro, empapados los botines con el rocío, amaratado el rostro, extenuados de fatiga. ¡Cuántos: ¡A desplegar la guerrilla al frente! ¡A ocultarse! ¡En retirada!... y qué sé yo, cuantas otras maniobras, de las cuales sólo pocas reminiscencias han quedado para clarovidenciar mis escasos conocimientos en el arte militar. Más que en el ejercicio, me ocupaba yo en atisbarlo todo, gozando al apreciar las diversas fases de aquel abigarrado conjunto. De una parte, veía yo al capitán Smith muy tieso dentro de su uniforme azul que él cuidaba con todo esmero; bien lustrosas las botas de charol; bien peinado el bigote rubio, paseándose serio y marcial, pisando recio e increpando con sus más terrible apóstrofe: *Japonés!* al que demostraba torpeza o cansancio creyendo sin duda que todos poseían su cuerpo hercúleo y su contextura de hierro. Uno de los que más merecieron su transitorio enojo, fué el alférez De la María, a quien tantas veces repitió el susodicho *japonés*, que al fin sólo por *japonés*, lo conocíamos.

Al lado del capitán Smith se hallaba el teniente primero, don Luis Batlle, nuestro bueno e inolvidable teniente, quien con la cara roja y chorreando sudor maldecía a Dios y los hombres, al cielo y a la tierra, cada vez que se veía obligado a correr, moviendo con pena su abultado abdomen.

Pocos oficiales fueron más justamente queridos por sus soldados que el teniente Batlle; amigo siempre y ante todo, jamás olvidó que mandaba compañeros, y

nunca pensó ser un oficial santista con amplio derecho para apalear soldados, como lo hizo más de uno.

También teníamos en nuestra compañía, a Mateo Magariños Veira con su kepí rojo que le valió el apodo de cardenal. Nunca creyó seriamente en su grado de alférez, y ni dejó nunca de ser el antiguo camarada de Montevideo, pasando su vida en los fogones de los amigos que se disputaban su compañía.

Desde nuestro sitio y en el continuo movimiento de desplegar guerrillas, veíamos las otras compañías, entregadas a las mismas faenas. Allá estaba el capitán Lafinur, de la 2ª, con su aire de diplomático, con maneras delicadas, dando órdenes con su voz suave y buena, al mismo tiempo que esgrimía el pesado sable corvo, con aquella misma mano que años antes, había escrito con fogosa energía las bellas estrofas de *Inmortale odium*:

*Lágrimas que brotan puras
Del corazón desgarrado,
Busquen consuelo sagrado
Fulminando las torturas
De la abyección oprobiosa,
Con esa crudeza honrosa
Que en los tiempos del desquicio
Más repugnante hace al vicio
Que una llaga cancerosa.*

Tiempos dichosos aquellos, en que la virtud se enorgullecía afrontando el peligro. ¡Después!, ah! después la reflexión llega como todas las cosas y...

In mare lassatis volucris vaga decia dit alis!...

Cerca de nosotros evolucionaba la 4ª compañía mandada por Felipe Segundo. ¿Quién no conoce a Felipe Segundo?... Bien ajustada la blusa, sin una arruga el pantalón sumergido en la bota charolada; el kepí airosamente puesto, el cuerpo erguido, la mirada imponente: Segundo era el oficial más marcial del ejército revolucionario. Pero conviene advertir que ese aire imponente, era *pura parada*, como solía decirlo él mismo. Concluído el ejercicio se le veía recorrer los fogones, alegre y decididor, buen camarada, ante todo. De carácter violento, solía cometer actos incorrectos; pero no tardaba en repararlos caballerescamente. Cierta vez, tuvo conocimiento que un soldado suyo en connivencia con un oficial de la segunda compañía sembraba la cizaña, instando a los compañeros para que abandonaran a Segundo.

El capitán, que había salido a caballo, llega, encuentra al rebelde limpiando el fusil, y sin desmontar, lo apostrofa rudamente.

—¿Qué tiene Vd. que decir contra mí, miserable?

El soldado calla.

—¿Qué tiene que decir? ¿No oye?

No, el otro no oía, intimidado por la actitud de su jefe y entonces éste se abalanza furioso y le da dos o tres rebencazos por la cabeza.

—Me pega porque estoy desarmado, — gritó el soldado.

Con un movimiento rápido, Segundo saca un revólver y arrojándoselo a su subalterno.

—Tome, — exclamó — defiéndase ahora, — y le dió otro rebencazo.

Pero aquel intrigante no se atrevió a tomar el arma y el capitán al ver tanta cobardía se retiró, y al rato condolido de aquel desgraciado, fué a darle una pública satisfacción, pidiéndole disculpa por haberse dejado llevar de su genio violento.

Felipe Segundo, fué, sin disputa el oficial más justamente querido en nuestro batallón, pues él más que ninguno, supo comprender su doble rol de oficial y de amigo, de jefe y de compañero, rindiendo a sus soldados el tributo que les debía como iguales suyos con idénticos méritos y con los mismos merecimientos.

José Batlle y Ordóñez mandaba la 1ª compañía, y era generalmente estimado, porque acababa de dejar, con Teófilo Gil, la redacción de "La Razón", aquella *Razón* de 1885, que lanzaba sus artículos virulentos a la faz del tiranuelo, despreciando sus amenazas y mirando el cuartel del 5º de cazadores, la terrible mazmorra de siniestro recuerdo, con la altiva indiferencia del ciudadano incorruptible.

Allá, más lejos, veíamos el batallón de Amilivia, con su uniforme gris y su boina de vasco, blanca.

El viejo coronel Amilivia, con su rostro venerable, su nariz aguileña, sus ojos de mirada dulce, y su larga barba blanca, dirigía por sí mismo el ejercicio.

—Uno dos, uno dos, — repetía de una manera acompasada, semejante al tic tac del reloj, mezclando a cada paso una furibunda interjección o una amenaza en su lenguaje avascongado. A veces, mandaba hacer alto, tomaba un fusil, ejecutaba los movimientos, marcaba el paso, y luego volvía.

—Uno dos, uno dos.

Ya lo volveremos a encontrar más adelante, sereno en el peligro, resignado en la desgracia.

Muchas cosas, muchas cosas vi yo desde el llano donde hacíamos ejercicios; pero si ellos han ocupado un puesto en mi cartera de apuntes, no lo ocuparán en estas páginas.

Nuestra permanencia en Naranjito, fué bastante fecunda en acontecimientos. Hot era aquel pobre mocetón correntino a quien el primo, soldado de caballería, había mandado buscar para despedirse, y enseñándole el manejo del rémington, le levantaba la tapa de los sesos, dejándole muerto instantáneamente. Después, la llegada de las fuerzas, ya de infantería, ya de caballería, aumentando nuestro ejército. Octavio Ramírez con sus valientes italianos; el comandante Burgueño con su pequeño escuadrón; Visillac, el simpático jefe, al frente de su batallón bien disciplinado y vistiendo igual uniforme que el nuestro. Por último, Salvañach, apareciendo al son del clarín con su tropa armada de lanzas en las que flameaba una banderola blanca con el viejo lema de: "*Salvajes tengan paciencia*".

Como todos, o casi todos, habíamos olvidado las divisiones partidistas, sacrificando viejos odios, y antiguas rivalidades por el bien de la patria, la acción del coronel Salvañach fué duramente censurada y el general Arredondo le ordenó incontinenti que quitase las banderolas.

El batallón de Visillac, era *blanco*; el batallón de Amilivia, era *blanco*; el batallón de Estomba, era *blanco*; el batallón de Domínguez, contaba la tercera y

cuarta compañía, *blancos*; la segunda, *constitucionalistas, colorados y blancos*; y la primera, compuesta casi en absoluto de *colorados*. La gente de Salvañach, *blancos*; la tropa de Mena, *blanca*; la de Martirena, *blanca*. Y hasta la gente del comandante Oribe, el *Ejército de los Siete*, se componía de siete vascos, y, por lo tanto, los siete blancos. En todos los batallones y con todos los jefes, existían colorados, pero el elemento blanco predominaba en la tropa, así como el elemento colorado dominaba en los jefes y oficiales. Sin embargo, es preciso decirlo en honor de unos y otros, que jamás los soldados entraron en discusiones de partidos que aminoraran la fuerza obtenida en la junción de las diversas colectividades. Por desgracia, no sucedió otro tanto en la esfera de los jefes, y si ella no fué la causa única del desastre, fué seguramente la más importante.

Pero me olvido que al empezar estos apuntes me propuse desempeñar el simple rol de cronista, dejando a la historia la tarea de dilucidar ciertos puntos oscuros de la campaña.

Vuelvo a mi obra.

IX

DE CENTINELA

Al sur el Uruguay, con su bosque de molles y guayabos, cuyas desgarraduras, —largas ramas arrancadas a tirones,— dejaban adivinar la mano poco prolija del soldado abriéndose paso hacia el río; al oeste, el Uruguay también, formando un codo en ángulo recto; al este la llanura cubierta de cepa-caballo y paja brava, extendiéndose como un mar en calma, rota su monotonía de tarde en tarde por algún molle solitario; finalmente, al norte, un promontorio, especie de monte enano, cierra el estrecho bajo en que yacía acampado el ejército.

Era la hora del crepúsculo: uno de esos crepúsculos de los días tormentosos que no tienen ni los vagos resplandores del sol que muere, ni la claridad incierta de las estrellas que nacen.

Dispersamente sembradas y vacilantes como fuegos fatuos, brillaban en el bajo las rojas llamas de los fogones. Apenas si de rato en rato, la caída de un fusil, o el chas-chas de una espada rompían el silencio abrumador, y aquel choque de hierros en la solemnidad de una noche en vísperas de borrasca, tenía mucho de siniestro. Hubiérase dicho que era la tormenta del cielo cobijando con sus alas a la tormenta humana. Aquellas enormes nubes negras marchando lentamente, co-

mo pesado tren de artillería monstruosa, parecían significar, lo mismo que el ejército, silencioso sobre sus armas, los preparativos del combate, el exordio de la lucha.

Tendido boca abajo, al lado de la carpa; desabrochada la casaquilla, el correaje al lado, el rémington en la mano; extenuado por la fatiga, abatido por el estado del ambiente, me encontraba en uno de esos períodos de *embétement*, en que el hombre no puede asegurar si está dormido o despierto, cuando oí ruido de sables y esta frase que no viene nunca a mi memoria sin producirme emoción:

—¡A formar la tercera!

Acto continuo oyóse rumor de pasos apresurados, choque de armas y el *¡A formar la tercera!*, veinte veces repetido en diversos tonos y a diversas distancias.

A poco la compañía estaba formada, fría, silenciosa, en medio de las sombras donde el compañero no distinguía al compañero más que como un bulto negro.

—Alinearse! vivo, vivo! — repetía el oficial con voz enérgica, y mientras los remolones llegaban apresurados a ingresar en la columna, medio dormidos, abrochándose la casaquilla o prendiéndose el correaje, yo, el segundo de la primera fila, bien firme dentro de mi burdo uniforme de paño, permanecía serio, severo, medio dormido aún.

—¡Firme! Numeración alterada, ¡numerarse!

Después:

—Flanco derecho, ¡marchen!

Y la pequeña columna se alejó rápidamente. Iba-mos a relevar la guardia.

En la orilla del monte, de espaldas hacia él, iluminado por los fogones del cuerpo de guardia, estaba esperándonos la compañía de servicio. También aquellos soldados estaban cansados y tristes, con la fatiga y el sueño pintados en el rostro. Los más llevaban terciado el poncho y casi todos cargaban con algún útil, mates, calderas, restos de asados, paquetes de yerba o azúcar; amables compañeros destinados a disminuir algo las fatigas de la velada.

Formamos frente a ellos, los oficiales se comunicaron la consigna y tras de voz de "*rompan filas*" entramos en el *cuerpo de guardia*.

¡El Cuerpo de Guardia!

Había una gran entrada, limitada a ambos lados por dos guayabos seculares, cuyas enormes ramazones se unían en lo alto, formando una amplia arcada. Más allá, varios molles pequeños constituían una especie de vestíbulo, dejando una entrada al frente y dos entradas laterales. Pasando este vestíbulo, penetrábase en el cuerpo de guardia, un extenso playo abierto en el interior del monte, con un pavimento cubierto en partes de grama, y en partes de cenizas dejadas por los fogones. En el fondo veíanse cuatro o cinco agujeros negros que eran otras tantas bocas de senderos, estrechos como sendas de picadas y que tras mil tortuosidades conducían al cauce del río.

En aquel playo, techado con el encruzamiento del follaje, y donde nunca entraba el sol y muy raras veces el agua, se estaba bien, hay que decirlo.

Mientras los números altos reanimaban los fogones que habían servido a la guardia anterior, iban al monte por agua o por leña, o tendían el poncho para

dormir en tanto no les llegaba su turno, nosotros los primeros, formábamos para ir a relevar los centinelas.

Eramos cuatro. El primero quedó allí, a la entrada del cuerpo de guardia, cómodamente alojado bajo el espeso ramaje de un guayabo gigante. En seguida ¡en marcha! — atravesábamos el campamento, llegando a las *carretas*: allí, quedó el segundo. Bien puesto también: no difícil *ligar* un mate, una torta frita o un vaso de caña. ¡Adelante!

El tercer centinela, en la orilla al lado de una carpa y de un fogón, tampoco era malo.

En seguida: ¡vivo, vivo! ¡al parque!

El parque era un montón de cajones conteniendo fusiles, lanzas, municiones, corrajes, encaramado todo en la cumbre del pequeño cerro.

Me había llegado mi turno-

—¡Alto! — mandó el cabo.

Yo adelanté, presenté armas al centinela, éste me dió la consigna y fué a formar en el piquete de regreso.

Apoyado en el fusil los ví alejarse, y cuando se hundieron en las tinieblas, seguí con oído atento el ruido de sus pisadas. Después, estático ante la imponente majestad de aquel gran silencio, tendí la vista hacia el llano; el ejército entero dormía a mis pies. Allá lejos, entre el espesor de los árboles, brillaban los fogones del cuerpo de guardia y a mi derecha, más grande y más viva, ondulaba la llama del fogón de las *carretas*.

Pensativo, vencido por las emociones y por el asfixiante estado de la atmósfera, me dejé caer sobre un cajón de municiones y allí permanecí con las manos

cruzadas sobre la boca del fusil, un volcán abajo, la tormenta arriba y en mi cerebro, la noche...

De pronto me alcé sobresaltado: tres palmadas a las cuales sucedieron otras tres, y otras tres vinieron a recordarme mi deber. Contesté la señal; pensé en que yo era uno de los ojos que velaban por aquel puñado de hombres, que a su vez era el ojo encargado de velar por el honor de la patria ultrajada, eché el fusil al hombro y empecé a pasearme, abiertos los ojos, atento el oído.

Casi al mismo tiempo estalló en el cielo el primer trueno, que como mensajero de la tormenta, se extendió ronco, sombrío, haciendo vibrar una a una todas las capas de la atmósfera en calma; gruesas gotas de agua inauguraron la lluvia, y alzóse del suelo ese olor peculiar de la tierra remojada: la batalla había dado principio.

Segundos después la lluvia caía a torrentes, los truenos sucedían a los truenos, los relámpagos se cruzaban en todas direcciones y el huracán azotaba furiosamente la melenuda cabeza de los viejos guayabos, despertando a las fieras que dormían confiadas, allá en lo más intrincado de la selva.

Entre tanto yo, fuertemente apretada contra el pecho la dura caja del fusil, la sonrisa en los labios, la alegría en el alma, me paseaba veloz, golpeando con rabia el suelo de aquel monte que el huracán y la lluvia barrían sin cesar. Ya no estaba mustio el cuerpo, embotada la inteligencia; no, en el tumulto de aquel gran desconcierto, los sueños venían a halagar mi imaginación exaltada. El grito de guerra lanzado por los elementos, el incesante rebramar del trueno; las cen-

tellas cruzando el firmamento, como saetas de fuego, despertaron en mi espíritu adormido, la tormenta que se albergaba allí, silenciosa, encadenada, esperando el momento propicio para estallar iracunda, en un desborde de nobles sentimientos y justas represalias. Influenciado por esas causas, mi cerebro divagaba y se perdía la idealización en construir fantasmas portentosos, monstruos colosales, brotados de la tierra al mandato de una voz misteriosa, para ir a combatir en pro de la buena causa. En vez de la gran tiniebla, creía yo ver una gran claridad deslumbrante, el sol en la plenitud de su brillo, las estrellas doblando su potencia lumínica y en medio de esa luz, la hermosa bandera azul y blanca, flameando como enseña de redención sobre un campo de muerte. Las legiones ciudadanas, pasaban guiadas por la victoria y decretaban el exterminio, fulminaban el rayo de sus iras en nombre del viejo Artigas, en nombre de Lavalleja, en nombre de los gauchos denodados que sufrieron hambre y sed, privaciones y miserias para tallar el busto de un pueblo libre; en nombre de los ciudadanos asesinados, apaleados, o arrojados a la cruel voracidad de la soldadesca y de las fieras en los sombríos antros de los cuarteles; en nombre de las madres que reclamaban el hijo hecho esbirro, amarrado en esos mismos cuarteles, o muerto a azotes en la pileta de la Escuela de Artes; en nombre del hijo que reclamaba al padre desaparecido en los bosques de la campaña o en los abismos del mar; en nombre de la nación convertida de noble matrona en vil ramera; en nombre del derecho ultrajado, de las libertades muertas, de la dignidad proscripta: en nombre, en fin, del género humano que

no podía por más tiempo soportar el ultraje de aquella turba soez y desenfrenada... Sí, la hora de redención y de venganza, había sonado ya. Las huestes de la justicia humana brotaban de la tierra; los despojos de los viejos luchadores volvían a adquirir forma y vida y a tremolar el pabellón de guerra, y enristrar la lanza infatigable de las antiguas contiendas. Corrían las falanges, el clarín no cesaba de tocar ataque, la metralla ensordecía el espacio, bramando a gusto esta vez, y en medio de aquel vórtice espantoso la grey opresora huía, huía siempre, perseguida por el anatema de un pueblo indignado, mientras el himno de la patria se clavaba solemne dominando el fragoroso estruendo del combate.

Oíanse gritos de misericordia, cobardes lamentos, quejidos indignos. La tropa de galeotos abandonaba sus cañones, arrojaba los fusiles, rompía las lanzas y corría anhelante buscando una sombra para ocultar su derrota; pero ya no había sombras bajo el cielo uruguayo y eternamente perseguidos por aquella borrasca de conciencias honradas eran al fin tragados por la tierra que durante tantos años ajaron y befaron!...

Después en el silencio enorme, el clarín entonaba una diana majestuosa, las legiones ciudadanas entraban en Montevideo y mientras las madres abrazaban a los hijos y las esposas abrazaban a los esposos y las hermosas vírgenes les arrojaban flores, iban a depositar en el altar de la patria, las armas vengadoras y la bandera reivindicada...

...Y oprimiendo con fiebre mi querido fusil, me paseaba orgulloso y contento por aquella loma, en tanto rugía el trueno, bramaba el aquilon azotando las cabezas melenudas de los viejos guayabos, la lluvia se convertía en diluvio y rodando en la pendiente, iba a engrosar el cauce de nuestro amado Uruguay.

¡La tormenta! ¿Y qué?

¡La verdadera tormenta la llevábamos en nuestros pechos!...



X

VIDA INTIMA

Eh bien! j'ai besoin de voir
le fond des choses.

Je cherche malgré moi, l'épine
après des roses.

Jean Richepin.

I

Cuando acampamos a inmediaciones de La Paz, dos carretas fueron a estacionarse cerca nuestro para vender artículos diversos y de diaria necesidad. Después, con las marchas precipitadas, no volvimos a verlas, y, al llegar a Naranjito, sufrimos una agradable sorpresa encontrándonos con los mercaderes ambulantes.

Como los cuervos siguen los ejércitos para saciar su voracidad en las víctimas de las batallas, así nos perseguían aquellos miserables enterrianos, cuya natural estupidez despertó ante la perspectiva de una fácil ganancia.

Eran cuatro, aquellos judíos; uno llegó primero, como al azar; los otros fueron cayendo, al olor del festín. La más vieja, y la más acreditada, era una carreta desvencijada que, para medrar mejor, se colocó entre nuestro campamento y el del batallón de Ami-

livia. El negocio era dirigido por un matrimonio; pero el verdadero amo era la mujer, *Pucheta*. Sí, *Pucheta* se llamaba aquella harpía, alta de una vara, flaca, arrugada, sin dientes, vestida con unos andrajos negros y un manto igual, por debajo del cual aparecían unos mechones de cabello gris. No son más repulsivas que ella, las viejas brujas que en la media noche del sábado vagan en las sombras, cabalgando sobre escobas y sonando aquelarres. Su carro era un hacinamiento de bolsas y cajones, de damajuanas y botellas, ollas y sartenes; sobre tal galimatías, dormía, al cerrar la *tienda*, aquella inmunda pareja, soñando ganancias e imaginando explotaciones.

No lejos de la *Pucheta*, se estableció otro mercado, un colosal enterriano, que pretendía pasar por oriundo de la *Banda Oriental*, y que negociaba sin apartarse de la puerta del carro, donde tenía, siempre a mano, un soberbio trabuco naranjero de reluciente cañón de bronce y aterradora boca.

Casi al lado de esta, hallábase un tercer comerciante, muy frecuentado por la gente de caballería, lo mismo que el otro, establecido a mayor distancia.

Estos mercachifles tenían *casa*, a la vez de compra y venta. Empezaron por sacarnos hasta el último centésimo metálico, y luego nos compraban las ropas u otras prendas. Como el dinero obtenido volvía a sus manos de nuevo a cambio de mercancías, el negocio era productivo; máxime si se tienen en cuenta los precios a que vendían y compraban.

Un pan valía diez centavos.

Una libra de yerba, treinta centavos.

Una libra de azúcar treinta centavos.

Un vaso de caña, diez centavos.

Cinco galletas duras, diez centavos.

Si alguno quería darse el tono de comprar especias o sal u otros artículos de esa índole, se quedaba pasmado de la iniquidad de los precios.

Además, estos respetables comerciantes entrerrianos, se hacían la competencia; pero de una manera sorprendente. Si uno aumentaba dos centavos en un artículo, tan pronto como tenían conocimiento los otros aumentaban cuatro; resultando así, por este curioso procedimiento, que la libra de azúcar o yerba, factura de gran salida, llegó a valer hasta cincuenta centavos.

Su verdadero lucro no estaba allí, sin embargo, sí en la otra faz de su comercio: en la compra. Hasta Naranjito, las maletas habían llegado repletas con las ropas: allí empezaron a alivianarse. Primero fueron los trajes, inútiles ya, desde la posesión del uniforme. Sacos de fino casimir vendidos por veinte centavos, pantalones por otros veinte, chalecos por diez, o dados a cambio de unas cuantas galletas, rebeldes a las dentaduras más resistentes. Luego les tocó su turno a las mantas, ponchos, camisas, medias, pañuelos, y toda clase de ropa blanca. Las maletas se vaciaban y mientras que los carromacos permanecían en un ser, por más que lanzaban mercaderías.

Existía en nuestro batallón, un soldado, que no teniendo un céntimo, ni más ropa que la puesta, se dedicó a corredor. Visitaba los fogones y sacaba objetos que vendía en las carretas a precios fabulosos — en comparación de los generales — obteniendo después una linda ganancia en calidad de comisión. ¿Cómo se arreglaba para engatuzar a los correntinos? Na-

die lo sabía; pero todos le encargaban las ventas y él sacaba buen provecho de todo. Por una pistola descompuesta obtuvo dos nacionales; por una levita que la Pucheta compró creyéndola un traje de mujer, tres. Y por último, un par de botones de puño, de metal dorado y cuyo precio en Montevideo era de cuatro reales, él obtuvo dos *nacionales*. Otro compañero que poseía unos botones idénticos se fué a venderlos al saber la noticia, y también le pagaron dos nacionales. Días después fué a negociar otros gemelos de nácar con un elegante monograma en relieve.

—¿Cuánto pide? — preguntó el correntino examinando los gemelos.

El otro, hacía la siguiente reflexión: si por los de cuatro reales, me dió dos pesos, por estos, que cuestan diez pesos, me dará lo que menos ocho. Y así dijo:

—Ocho nales.

—Ocho!... — vociferó el judío al oír tal cosa.

—Le rebajaré algo... deme seis — contestó el joven desconcertado con la actitud del comerciante.

—Seis!...

—Se los dejaré hasta en cinco.

—Cinco!... ¿Pero Vd. está loco?

—Son finos, me cuestan mucho más.

—Está loco! — volvió a gritar el entrerriano; y luego tornando a la calma, y con aquel acento canto peculiar de ellos:

—Le dí dos nales — dijo — por los de oro y le voy a dar cinco por esos de güeso?...

He ahí la clave. El joven tuvo que vender los gemelos por veinte centavos, no dejando más que una libra de yerba y un real de galletas en la larga lista

de artículos que había hecho para pagar con el importe de los botones; pero de allí en adelante, todo pedazo de metal dorado adquirió en el campamento incalculable estima, pues era vendido en las carretas a precios increíbles. A tanto llegaba la imbecilidad de aquellas miserables gentes.

De los diversos ramos que abarcaba el comercio de los carreteros, uno de los más fructíferos eran las *tortas fritas*.

Todas las carretas tenían, delante de la puerta, un fogón; encima del fogón un trípode de hierro, la *estreve*, y allí entre la sartén donde bullía la grasa, iban a tostarse pedazos de masa de forma discoidea y que constituían las *tortas fritas*. La Pucheta, en cuclillas delante del fogón, revolvía las tortas con un gran tenedor de latón y las iba poniendo en un plato de lata colocado entre las piernas, como medida precaucional.

¡Qué baraunda se armaba diariamente allí! ¡Qué de disputas sobre a quien pertenecían las tortas!

Más de una vez se presentaba uno gritando:

—Seis tortas, pronto!

La Pucheta, echaba grasa en la sartén y daba forma, con sus dedos nada limpios, a los trozos de masa gris, y cuando había depositado tres o cuatro en el plato de entre las piernas, ¡plum! el equilibrio le faltaba, daba unos giros para no caer, y después... su obra había desaparecido como por arte misterioso.

Al principio, los gritos, los insultos, los gruñidos de perro a quien se le quita el hueso, las reclamaciones a los oficiales y a los jefes, tales eran las consecuencias obligadas de aquellos asaltos a la propiedad. Más tarde, hubieron de conformarse y silen-

cio, convencidos de la dificultad que siempre había en encontrar a los culpables.

Una noche, estando de guardia, con gran frío y mayor hambre, un soldado pidió permiso para ir a las carretas. No tenía un solo centavo, y a medida que se acercaba al fogón donde se doraban las tortas su apetito crecía, envidiando a los que, alrededor del fuego se calentaban y comían con la más santa tranquilidad. Él iba decidido, sin embargo, a *ligar* algo, costase lo que costase, fuesen cuales fueren las consecuencias. Por regla general, en Naranjito se carneaba un día sí y otro no, y en aquella noche iban ya más de catorce horas pasadas desde la última comida.

La noche no era muy oscura, y él, perfectamente embozado en el poncho, llega, se cuadra y con voz ronca y seria como de soldado en facción.

—Buenas noches, — dice.

Después, dirigiéndose a La Pucheta.

—Una docena de tortas para el teniente B...

—Voy a concluir estas cuatro, — contestó la bruja.

—Pronto, pronto.

—Yo estoy primero! — gruñó uno.

—Y después las dos mías — dijo otro.

—Es para el teniente.

—Que espere.

—Estoy apurado.

—No se me importa. La plata del teniente es igual a la mía.

—Pero... — contesta la vieja con su voz más cantona — ¿cuáles hago primero?...

—Las mías!

—Las mías!

—El teniente...

—Que siga el orden!

—Abajo el teniente!

—Yo no puedo hacer todas a un tiempo — vuelve a decir la vieja perpleja ante aquel conflicto. Por una parte cuatro buenos marchantes; por otra un teniente, un superior, la autoridad en una palabra.

—Ponga las nuestras! — mandó uno con voz imperiosa.

—Ponga las mías — dice otro.

—Yo estoy apurado, en la guardia me esperan— contesta el enviado del teniente — y, si usted no me hace las tortas en seguida, me marchó y doy cuenta.

Mientras La Pucheta se disponía a obedecer esta orden imperiosa, el enviado baja rápidamente el esbozo, mira a los compañeros, les hace una seña que ellos comprenden en seguida, y cubriéndose de nuevo el rostro.

—Propongo un arreglo — dijo.

—¿Cuál? — exclama uno.

—Veamos — murmura el otro, y la vieja bruja suspende la operación, permaneciendo atenta, sin arrojar a la sartén la torta que tenía ensartada en el tenedor.

—Para que no haya disputas, que no haga ningunas...

—No aceptado!

—No aceptado!

Consternación de la vieja.

—O que haga todas, y al concluir las se reparten.

—Bravo!

—Muy bien!

—Lindo! — gruñe la bruja, y se dispone a comenzar la obra con ardor.

La grasa *bramaba*; la vieja se multiplicaba extendiendo la masa, meneando el tenedor y soplando el fuego con la boca; las tortas, bien doradas, se agrupaban en el plato de lata.

—Están lindas!

—Dan hambre!

—A mí se me calientan los dientes no más de mirarlas.

—Madre Pucheta! No acorte tanto los días!

—Cuidado, que sale rabón el petizo!

—Pronto Pucheta!

Mientras los cuatro compañeros hablaban así, el enviado del teniente permanecía algo alejado, silencioso, y envuelto siempre en el poncho, dejando descubiertos los ojos que dirigían ávidas miradas oblicuas a las tortas cocinadas. Ya habían doce cuando el joven se adelanta, toma rápidamente el plato y,

—Yo no puedo esperar más, — exclama — me llevo éstas.

—No! — gritan los otros, levantándose de un salto.

—Sí, señor!

—Al trato!

—No hay trato que valga.

—Veremos!

—Me voy!

—No!

—Sí!

—No!

El embozado dispara con las tortas; los otros co-

rren detrás de él, y la vieja bruja, aterrada con aquel conflicto, permanece en cuclillas, mirando el grupo que se aleja y sosteniendo en alto la mano armada del tenedor con una hermosa torta ensartada, goteando grasa todavía. Después, cuando comprende la treta, es tarde ya: los fugitivos se han perdido entre las carpas y las chozas, han ganado el monte quizá, y ya se sabe:

*Sardina que lleva el gato,
Tarde o nunca vuelve al plato.*

Los otros, en tanto, sentados sobre la yerba y abrigados por los árboles comían y reían festejando la chanza.

II

El cuerpo médico estaba compuesto por el doctor don Sebastián Ferrer, el doctor don Pons y Pons y Juan Casas, este último como practicante, al cual ayudaban en carácter de aficionados, dos o tres estudiantes de medicina y farmacia. Norberto Barbot, clara inteligencia, estudiante modelo y compañero incomparable, fué designado para ocupar el puesto de Casas; pero como algunos envidiosos hubieran dicho que lo había solicitado a fin de ostentar el grado de teniente, lo renunció y fué a formar parte de la cuarta compañía, en calidad de soldado.

El Dr. Ferrer era un elegante capitán, pequeño, de barba color castaña, correctamente vestido con su uniforme gris azulado. Muy atento, caballero en

todo, no tenía más que un defecto: saber que el botiquín no servía para nada, y por consiguiente, no recetar nunca.

El otro, enormemente alto y flaco, con un pescuezo de garza y canillas de ñandú, era un pobre diablo español, bueno a pesar de sus rudas maneras y que presentaba un detestable aspecto con su pantalón de brin, su blusa de soldado, el kepí de teniente y el largo sable corvo que le azotaba las piernas.

Al contrario del otro, gustábale recetar y hasta solía andar a busca de enfermos.

Una vez que me encontraba con horribles dolores de muelas, fuí al cuerpo médico que ocupaba una espaciosa carpa, al lado de la mayoría y encontré al Dr. ... picando carne para un guisado, sobre la tapa del baúl que hacía de botiquin.

—Ya va — me dijo y siguió picando.

Al rato, desesperado por los dolores, y creyendo que se hubiera olvidado de mi presencia:

—Doctor... — dije tímidamente.

—Ya va, — contestó, sin levantar la cabeza.

Esperé, esperé, y volví a insistir.

—Doctor...

—Ya va.

—Me duele mucho!

—Ya va.

Inútiles fueron todos mis esfuerzos para conmover a aquel catalán endemoniado. Siguió machacando, y sólo cuando hubo concluído su picadillo, levantó la cabeza para preguntarme:

—¿Qué tenés?

Confieso que a pesar de mis dolores, no pude contener la risa al contemplar aquel extraño tipo de médico, en mangas de camisa, desgreñado, con los lentes torcidos sobre la enorme nariz, parado frente a mí con los brazos abiertos, desnudos, salpicados de sangre y pedazos de carne y oprimiendo en la mano derecha la cuchilla de carnicero.

Yo reía aún cuando me increpó agriamente:

—¿Qué te duele? ¡Vamos!

—Las muelas.

—Ya va.

Y con mucho cuidado, recogió el picadillo de encima del baúl, lo puso en un plato y abrió el botiquín.

Había allí un montón de diversas hierbas medicinales, mezcladas las unas con las otras; varios frascos de láudano y árnica, otras cuantas drogas, algo-dón en abundancia y un frasco de éter *destapado*.

Tomó este último, mojó un algodón y me lo dió.

—Metételo.

Obedecí; pero el contacto de aquel cuerpo, que como se comprende, ninguna acción curativa podía tener, me produjo mayores dolores aún.

—¿Se te calma? — me preguntó el médico.

—Qué me va a calmar! Me duele más.

—No puede ser.

—No, poco.

—Cuando yo te digo que no!

—No puedo más!

—¿Es posible? Es éter, sin embargo.

—Era.

—Te daremos otra cosa. Ya va.

Tomó otro frasco conteniendo morfina y con la

jeringa de Pravás, me dió una inyección en... la encía.

—Ya está.

—Era tiempo. Ahora deme un certificado para poder faltar al ejercicio.

—No necesitás.

—¿Por qué?

—Andá nomás.

Y no lo necesitaba en efecto, pues apenas tuve tiempo de llegar a mi carpa, me tendí sobre las caronas y quedé profundamente dormido. Dicen que esa noche llovió a mares, que hubieron truenos espantosos, que la mitad de las carpas volaron... Yo nada supe: dormía, dormía, y así estuve durante veinticuatro horas.

III

Yo no he hablado hasta ahora de nuestros dos jefes, el comandante Rufino T. Domínguez, y el mayor Luis Rodríguez Larreta. Creo necesario decir dos palabras de cada uno, y lo haré rindiendo culto a la verdad y a la justicia, pintándolos tal cual aparecieron allí; en fin, para ellos, como para todo lo narrado en estas páginas, y quizás más para ellos que para los demás, no haré otra cosa que recurrir a mi libro de apuntes, y confiar fielmente en el resultado de las notas tomadas día por día.

Cuando Rufino Domínguez apareció en el Cuartel Paraguay, para pocas personas fué simpático. Era pequeño, muy pequeño y muy menudo. Usaba el pelo bastante corto, y el rostro moreno de ojos negros y

expresión seria, y más que seria, dura, estaba adornado por una barba recortada y un bigote largo y cuidado. Con su traje de levita negra y su sombrero de felpa, tenía más aire de político que de guerrero, y esto disgustó a los soldados.

Además, este Domínguez era casi desconocido y sólo se sabía de su historia, que había sido oficial de Latorre, que tomó parte activa en el motín del 10 de enero de 1875 —agregaban algunos,— y que, convertido a la buena causa poco tiempo después, fué a combatir contra sus antiguos amigos, alistándose en las filas de los revolucionarios de la *Tricolor*. El hecho de haber servido con Latorre, sobre todo, era una mancha que aquellos jóvenes patricios, vírgenes de todo ceno, celosos de lo que llamaban la nobleza de la abstención, encontraban muy grave y no borrada con los heroísmos posteriores; pues se decía que heroicamente había peleado en la citada revolución del 75.

Durante la navegación del río Paraná a bordo del *Litoral*, él permaneció encerrado en la cámara, mostrándose raras veces. Frente a La Paz la hostilidad creciente de los soldados al jefe, se mostró claramente, inculpándole todas las incomodidades que sufríamos en aquel maldecido buque. ¿Qué respondió a tales cargos? Nada; siempre fríamente indiferente, parecía no oír nada de aquel murmullo sordo que le amenazaba, y cuando el Dr. Romeu, a nombre de todos los revolucionarios, le expuso la resolución tomada de desembarcar por grado o por fuerza, se contentó con encogerse de hombros y exclamar con toda calma:

—No se puede.

Más tarde, en las marchas por Entre Ríos, el descontento siguió aumentando.

Se nos daba de comer un día sí, y otro no.

¿Por qué?

Nadie lo sabía y todos estaban acordes en creer, ya en la desidia, ya en la maldad del jefe. Por otra parte, ninguno se preocupaba de averiguarlo. Ya hemos dicho que Domínguez no hablaba con ninguno, y ninguno quería tampoco ir a hablarle, de donde resultaba un alejamiento que el jefe aceptaba con indiferencia, pero que hacía rabiar a los soldados.

Un día, yo tuve necesidad de hablar al comandante Domínguez, y fuí con la recelosa desconfianza que a todos animaba, máxime cuando el objeto de mi visita no podía serle agradable.

—Vengo a pedirle autorización, —le dije— para hablar al general Arredondo.

—No tengo inconveniente en concedérsela — me contestó con afectuosa amabilidad. — Pero dígame si es por algún asunto de servicio, por algo referente al batallón.

—Sí y no; — respondí — quiero solicitar mi pase para el batallón de Amilivia.

—Está bien; puede Vd. ir a pedir la separación. Dudo que el general se la conceda pero me alegraría que saliera bien, por Vd. aunque no por mí, pues nunca es agradable para un jefe, que los soldados pidan pasar a otro cuerpo.

—¿El pase? ¿Por qué motivos? ¿Le han hecho a Vd. alguna injusticia? ¿Algún superior lo ha ofendido? En ese caso debe decírmelo; yo estoy aquí para respetar y hacer respetar a todos, como compañe-

ros que son, y fuera de las reglas de la disciplina, aquí no hay superiores ni inferiores.

Me negué rotundamente a decir la verdadera causa de mi determinación y al fin me dijo:

.
.

Confieso que cuando salí de su carpa, llevaba completamente modificada mi opinión sobre él. Creía dar con un jefe altanero, insolente, tal vez grosero, y había hallado un hombre culto, afable, de maneras distinguidas, sin abandonar nunca su seriedad característica. Más tarde tuve ocasión de alegrarme de que el general Arredondo no me hubiera concedido el pase solicitado.

En fin, el comandante Domínguez llegó a ser conocido y apreciado en lo que valía, cuando en los momentos de peligro se le vió impasible, en medio de las balas, arengar cariñosamente a sus soldados, infundiéndoles ánimo. Se le apreció, cuando ya no podía servirnos, y al caer, sintió con el polvo de la derrota, azotar su rostro el clamor de franca simpatía de aquellos que antes lo acompañaban a disgusto.

.
.

IV

En la mañana mientras se tomaba mate antes de partir al ejercicio; a la hora de la siesta en el interior del monte, y, después de cenar, alrededor de los fogones, pasábase el tiempo en conversaciones íntimas tanto más íntimas, cuanto más se prolongaba la campaña y se estrechaban los lazos de amistad y confianza. Allí, bajo el dominio del gran aire, en la soledad del

despoblado, en la majestad del bosque; en el cansancio de las fuerzas físicas, en el reposo de las fuerzas intelectuales, en la igualdad de situaciones, con el recuerdo del hogar ausente y la amenaza del peligro próximo: allí expandíase el alma, la verdad brotaba de los labios, y los caracteres aparecían desnudos con todas sus virtudes o con todos sus vicios.

¡Cuántos hombres revelándose en niños imberbes, en una sola frase, en una sola palabra pronunciada al azar, sin intención, sin jactancia!

¡Cuántas ideas corrompidas, cuántas bajas ambiciones descubiertas sin pensarlo bajo la influencia del medio sobre jóvenes cerebros miserables!

Ah! Es muy fácil hacer del hombre un ángel puro, idealmente perfecto, forma y esencia de ese otro ser perfecto, bueno e inmaculado que desde lo alto del infinito guía con un movimiento de su dedo invisible las acciones de los hombres!...

Pero cuando en medio del hombre, se le estudia rodeado de necesidades, desprovisto del velo hipócrita con que se le cubre desde la infancia, entonces, la esencia divina se evapora, la perfección desaparece y la bestia primitiva queda al descubierto, la bestia humana con su individualismo marcado, con su tendencia innata al bien personal en menosprecio y a costa mismo del bien de la especie.

Cuántas miserias contemplé yo allí! Yo sé de un joven que con cincuenta pesos en el bolsillo, cuando los otros no tenían ni un centésimo, recolectó la ropa de los compañeros de fogón, la vendió y gastó el dinero todo en artículos para el grupo, artículos de los que él aprovechaba como los otros; y luego cuando

deseaba regalarse, iba a emplear su dinero, solo y a escondidas. Sé de oficiales y clases, compañeros y amigos que evitaban castigos, suprimían servicios y protegían en todo a unos, en perjuicio de otros; porque aquellos unos los adulaban y convidaban y estos otros, más pobres y menos serviles, no hacían otro tanto. Cabos y sargentos que distribuían los mayores y suculentos trozos de carne a unos, y a otros piltrafas incomedibles. Oficiales y jefes que elegían caballos para darlos a los preferidos, penando luego a los infelices que montados en cabalgaduras imposibles, no podían marchar en formación. Oficiales y jefes que tenían palabras suaves y maneras cumplidas para el hijo del doctor A. o del capitalista B., al mismo tiempo que ordenaban con grosero imperio al joven infeliz, desconocido y pobre. Amigos que negaban al amigo, un trozo de carne para hacer un churrasco o un tizón para hacer fuego. Egoístas mezquinos, pequeñas miserias, odios inmotivados, predilecciones injustas; eso sí, y muchas otras cosas vi yo en nuestra corta campaña; muchas otras cosas que mis diez y siete años no conocían, no comprendían, no se explicaban, y que hoy aparecen claras muchas de ellas en los hombres políticos que no necesitándola ya, han arrojado el manto hipócrita de honorabilidad; aquel mismo manto que en la revolución se les desprendió a medias dejando ver el principio de la llaga. Esas y muchas otras cosas que aparecen claras también, en jóvenes que allá enseñaron algo de su miseria y hoy la descubren toda arrastrándose para medrar. Jóvenes que empezaron adulando a sus oficiales y al presente continúan adulándolos en los puestos elevados que ocupan, y desde donde siguen

dispensándoles su antiguo favor, pagando con creces la lisonja. Jóvenes, en fin, que no fueron santistas, porque ya santistas habían muchos por aquella tierra que estaba ya gastada y no ofrecía ventajas. El italiano que huendo de su patria por escapar al servicio militar, se enganchaba por la promesa de una mezquina recompensa ¿era más miserable acaso que aquel joven barbero oriental que solía decirnos: “Yo me daría por satisfecho con obtener el cargo de barbero de un batallón”? o que aquel otro oriental que confesaba cínicamente haber ido a la revolución por no tener un centésimo y por albergar la esperanza de un empleo; o aquel oficial improvisado calculando de antemano qué jefatura política, qué senaturía o qué ministerio obtendría en premio a sus *desinteresados* servicios?

Y por desgracia no era uno, eran muchos los que opinaban así, cubriendo de lodo la noble causa que defendían, y pocos, muy pocos los que sufrían privaciones y afrontaban peligros, por amor al suelo ultrajado, por odio al despotismo imperante, sin calcular la recompensa, sin esperar el beneficio. Cuántas veces, en aquellas largas veladas de las siestas al pie de los guayabos, he oído a jóvenes adolescentes narrar con indignación de patricio las conocidas infamias del tirano, los dramas de sangre desarrollados en las tenebrosas mazmorras de los cuarteles; dramas cuyos rasgos se ignoraban pero que no era difícil suponerlos. Y luego con el recuerdo de las afrentas y humillaciones pasadas, todas las fibras viriles y la sangre heroica de los viejos adalides, revivían en sus nietos y los empujaba al combate sin contar los enemigos, sin temer la fuerza. Antes que ellos, muchos otros se habían arrojado al campo, habían peleado y caído. ¿Y bien,

qué? De derrota en derrota, de caída en caída, el sentido patrio vivo siempre asentado con el ejemplo del martirio.

Cuando llegó a nosotros la noticia de que Santos poseía veinte mil hombres sobre las armas, nadie se sintió amedrentado, nadie pensó en comparar esa fuerza enorme con nuestro ejército de mil ochocientas plazas, y el día que los dos generales pasaron revista, nos sentimos rebosantes de fe. Era una tarde, tibia y serena. Nosotros formamos a orillas del campamento y los dos jefes aparecieron a caballo. Arredondo con su pequeña talla y su rostro inteligente; Castro, con su cuerpo zanguango, su rostro cubierto de un bosque de pelos rudos, entre los cuales aparecía su nariz un tanto larga, sus labios pulposos, su frente estrecha y sus grandes ojos sin expresión. Castro era el tipo del gaucho. . . ¿cómo diré para no ofender a sus parciales? . . . Bah! lo diré de la única manera que puede decirse: era el tipo del gaucho bruto.

Viva el general Arredondo!

Viva el general Castro!

Sí, dábamos con gozo esos vivas porque con ellos finalizaba la rivalidad de los dos jefes, rivalidad que había alarmado a todo el ejército. La presencia de Castro, si no nos alegraba, no nos preocupaba tampoco. Siendo un nulo sin más mérito que su valor personal, todos esperábamos que Arredondo lo dominaría a su antojo dirigiendo por sí solo la campaña.

Así hubiera sucedido, en efecto, si el teniente general de Santos no hubiera llevado a su lado consejeros siniestros.

XI

¡A PASAR!

Como el abismo, el MAS ALLA
me atrae y me subyuga.

J. M. Bratina.

Desde el 17 de Marzo estábamos acampados en Naranjito y por más de una razón empezaba ya a sernos fastidiosa esa estadía. De una parte, la hermosa impresión producida por aquel nuevo aspecto del terreno, se había borrado y echábamos de menos las variaciones, pequeñas, es cierto, pero variaciones al fin, que nos ofreció Entre Ríos, y las diversas peripecias de la marcha, a cuyas contrariedades sabíamos siempre dar un tinte alegre.

Además, teníamos la patria a cien metros de distancia y teníamos un deseo vehemente de pisar su suelo, de ver sus llanuras y cuchillas, de aspirar el aire de sus campos y poder decir, enajenados de gozo: ¡Estamos en nuestra tierra, ya no somos extranjeros! Todas las mañanas al aclarar el día, oíamos el clarín tocando diana del otro lado del río, donde estaba acampado el ejército santista, y temblando de indignación, sedientos de venganza nos revolvíamos en nuestra impotencia, deseando, como debió desear el israelita en

el desierto la fuente de agua, que llegara el día de partir en busca de un hogar libre o de una tumba gloriosa.

¡Cuántas veces, reclinado en el fusil, contemplando la aurora que enrojecía el horizonte, me estremecí de pies a cabeza al escuchar las notas del clarín enemigo que parecían llegar como un reto audaz y una amenaza sangrienta!

Horas terribles de abatimiento y nostalgia, en que echados de barriga sobre la yerba, ardiendo la cabeza con el calor del sol, sentíamos que nuestro espíritu se alejaba en alas de una fantasía fiebrosa, y contemplábamos todo un paraíso vedado, todo un mundo de sensaciones, tentador, risueño, más allá del cual el hogar querido nos esperaba engalanado. La lucha; la marcha hermosa a través de las llanuras nacionales; la fatiga que templaba el alma para las grandes empresas y da a los músculos la resistencia del hierro, haciendo un todo armónico, los cerebros potentes y los organismos viriles; la sed de guerra, el presentimiento de victoria, todo, todo se revolvía como lenguas de llamas de un incendio, calcinando nuestras frentes. Aquellas armas que diariamente esgrimíamos, se agitaban en nuestras manos, ganosas de servirse de ellas, impacientes como el potro que preparado para la carrera, le sofrenan en medio de la pista. Atrás ¿qué había?... Nada: una vida recién empezada; veinte años desnudos como tela en blanco, mientras al frente se columbraba todo un porvenir, grande, radioso, con bosques de laurel y lagos de gloria. Adelante, pues, adelante, el MAS ALLA atrae, el MAS ALLA fascina. Hay un dragón, guardando el vellocino de

oro, hay que escalar la pendiente abrupta para llegar a la meseta florida; ¡pero, qué importa! Más bello sería el triunfo, más grata la jornada. Así también lucharon los predecesores y los hijos no habían de enlodar la memoria de sus padres. La epopeya juvenil continuando la odisea gaucha: ¡Adelante!

La inacción abruma, enerva el espíritu. Aquel retazo del Uruguay ya no guardaba encantos para nosotros: sabíamos de memoria todas las encrucijadas que conducían a la laguna, aquella famosa *Laguna Negra*, extensa y quieta, que como un manto brumoso nos ocultaba la patria. Conocíamos uno a uno los guayabos que festonan la ribera y hasta las pavas que desde el otro lado, volando lentamente, venían, en la mañana y en la tarde, a saludarnos con sus cantos melancólicos. Las chozas construídas con varejones de sauce y ramas de sarandíes, empezaban a destruirse sin que nadie se preocupara de reponer el horcón caído o la rama seca. Las pocas carpas que aún restaban en pie, mostraban sus lonas ennegrecidas y rasgadas, sus cumbreras *sillonas*, y sus estacas desenclavadas; otras caían de un lado, semejantes a globos desinflados sujetos sobre un árbol. El campo lleno de manchas grisáceas, producidas por los fogones, parecía una aglomeración de cuevas de tatúes y peludos, o un gran rodeo abandonado desde mucho tiempo y donde recién empieza a nacer yerba. Los árboles de la orilla estaban plagados de desgarraduras, ramas tronchadas y troncos labrados, como si un rebaño de toros alzados hubiese pasado por allí, perseguido por la perrada. Por todas partes se veían huesos pelados, y trozos de carne putrefacta que envenenaban el ambiente, y entre-

mezclados con ellos, restos de vestidos, tizones apagados, y grandes ramas de tala con sus hojas marchitas y amarillentas, sirviendo para tender al sol la ropa recién lavada.

Tal era nuestra situación el 26 de marzo de 1886, de la cual, como digo al principio, empezábamos con razón a estar cansados.

¿Hasta cuando duraría aquéllo?

¿No nos había dicho el coronel Martínez, el viejo y valeroso chileno, que estábamos perfectamente preparados para entrar en batalla?...

A las cinco de la tarde, cuando íbamos a tirarnos en nuestras miseras camas, después de frugal comida, llega a nuestros oídos, llenándonos de placer la ya casi olvidada orden de:

—A formar con frenos y cojinillos!

Todos volamos en busca de nuestros aperos, repitiéndonos con voz rebotante de alegría la frase:

—¡A pasar! ¡a pasar! — que significaba para nosotros el colmo de la satisfacción y el mayor de los deseos.

—¡A pasar! ¡a pasar! — gritaban en todas direcciones mientras se corría a ingresar en la columna; hasta el bueno de mi teniente Luis Batlle creo que corrió ese día, repitiendo su voz de mando favorita:

—¡Vivo muchachos, vivo, vivo!

Cuando ya estábamos formados, el mayor Rodríguez Larreta, nos manda salir por grupos para ir a recibir las municiones. ¡Con qué contento llenamos cartuchera y proveedora con aquellos 300 cartuchos cuyo peso nos destrozaba la cintura! Alguien murmuró, sin

embargo amenazando tirarlos por el camino, y todavía recuerdo la entonación con que el mayor contestó:

—Puede hacerlo: pero al primer cartucho que tire yo se lo repondré con uno de mi revólver.

Cuando concluyó la repartición, era ya la noche y nos ordenaron avivar los fogones, lo que hicimos radiantes de entusiasmo, arrojando al fuego las carpas y los restos de choza, de tal suerte que a pronto el campamento no era más que una inmensa hoguera, cuyas llamas iluminaban la selva y el ejército formado, dando a la escena un aspecto fantástico y grandioso.

Traen los caballos, ensillamos con prontitud y en seguida el batallón está formado, negro, mudo, impaciente.

—En marcha!

Santa palabra!

Se oye un movimiento de armas, un ruido sordo y uniforme, y luego, en medio de la oscuridad, en el silencio de la noche, a un mismo tiempo y como si todos estuviesen convenidos de antemano, las exaltadas estrofas del himno oriental, se oyen cantadas por doscientas voces llenas de entusiasmo y de brío!

Y así marchaban, envueltos en la sombra, locos de ventura, golpeando los flancos del caballo y volviendo la cabeza de cuando en cuando para contemplar los fogones que ardían iluminando el viejo campamento.

Los jefes reclaman orden, mandan silencio. ¡Inútil empeño! El grito de ¡a pasar! ¡a pasar! resuena por todas partes y cuando se ha logrado un poco de calma, las notas del himno patrio vibran de nuevo cada vez más ardientes, cada vez más sonoras.

De esa manera, en medio de la alegría inextin-

guible, llegamos a las doce de la noche a la estación de Naranjito donde desensillamos y soltamos los caballos, no sin dar una cariñosa palmada a los nobles brutos, valientes compañeros de Entre Ríos.

Muchos logramos escaparnos y dar unas vueltas por el pequeño pueblo, visitando los almacenes a fin de *ligar algo de arriba*. Recuerdo un bodegón, establecido en un rancho, donde vimos con gran sorpresa a cuatro correntinos jugando a las *treinta y una*, en un billar con bolas de ñandubay, y, detrás de un mostrador improvisado con cajones, una preciosa rubia, blanca como una margarita y graciosa como una andaluza. Nunca olvidaré, ni su rostro, ni su vaso de caña que dió sin cobrármelo, por el solo hecho de ser *orientalito*.

XII

28 DE MARZO

I

Frente a la barraca que constituye la estación de Naranjito, sobre los carriles mohosos, la vieja máquina, en cuyo fogón ardían los trozos de ñandubay, estaba pronta, respirando lentamente. Detrás de ella cuarenta vagones se sucedían. Primero, dos coches de pasajeros; luego los carruajes cerrados para el transporte de animales, y en último término las zorras descubiertas, cargadas con las municiones del parque, las monturas y las maletas. Desde muy temprano, medios dormidos aún, vagábamos por el andén esperando se nos *colocara*. Nos *colocaron* en efecto, hacinados en los departamentos de bueyes y caballos y en las zorras de carga, sobre el montón de cajones, y tras el silbido reglamentario el convoy iba ya a partir, cuando se dió contraorden y se mandó desalojar las zorras. Todos los que estaban en ellas, incluso el que escribe estos apuntes bajaron a disgusto, pues iban mejor allí, más contentos que en vagón de primera. Viajar sobre cajones de pólvora, con el firmamento azul por único techo, azotado el rostro por el viento, mecidos por el trepidar del tren, era coronar aquel paseo de aventuras saboreando con delicia los trances imprevistos.

Sin embargo, fué necesario descender y nuestra consternación fué mayor al ver que la máquina partía llevando a nuestros compañeros, ebrios de entusiasmo.

A poco, nos hicieron formar, y marchamos para establecer campamento en una ladera, cercana del pueblo y a inmediaciones de la vía. Allí pasamos la tarde bastante aburridos, y al anochecer, vimos el tren que pasaba para Naranjito, y que no tardó en regresar, deteniéndose en medio del campo para alzarnos.

Cantando de alegría, asaltamos los vagones y esperamos impacientes que se diera la voz de marcha.

Al fin en el silencio de la noche, la máquina dejó oír un silbido prolongado, triste como un lamento, y empezó a andar lentamente lanzando espesas bocanadas de humo en intervalos acompasados y produciendo ruidos de sucesión regular con el choque de los frenos. Luego, respiró más a prisa, el humo fué menos negro, los ruidos más rápidos y el convoy rodó sobre los carriles en su velocidad máxima.

Era una noche oscura, ni un astro se había encendido para servir de guía en la aglomeración confusa de nubes negras. Ninguna voz, ningún rumor se alzaba en la llanura dilatada y bruma. Sólo el tren turbaba el silencio con su trepidar bullicioso, en medio del cual se apercibía a veces la anhelante respiración de la máquina que corría desaforada y cuyas bocanadas de humo llegaban a nosotros marcándonos con su olor acre como aliento de fiera.

Apeñuscados en los vagones, sin vernos unos a otros, dándonos con los cañones de los fusiles en cada movimiento, permanecemos un rato silenciosos, ren-

didos con los dos días de fatiga, sin dormir y sin comer. Después, agitados por el aire frío, impresionados por el viaje extraño, empezamos a charlar y a reír, y a poco toda la fuerza contagiada por nuestra alegría, comenzó a cantar las más diversas canciones, las más curiosas estrofas, cuyas notas comprendidas pasaban de un carruaje a otro, amortiguadas por el traqueteo del convoy, semejante a un himno lejano cantado por una tribu salvaje en vísperas de combate. La sombra nos rodeaba por todas partes; no teníamos noción de la marcha y el chocar de hierros, el ruido de los muelles, produjo en nuestros ánimos una exaltación creciente que concluyó en delirio. Los cantos no fueron ya más que gritos incoherentes que al brotar dilaceraban las laringes; las cajas de los fusiles, golpeando en las paredes y en el piso armaron un barullo infernal: el tren, como el *Litoral*, se halló convertido en manicomio ambulante, corriendo con una velocidad de . . . metros por segundo. De pronto, un soldado tiende su fusil por la ventanilla y dispara: veinte tiros responden al suyo y la fusilería continuaba, cuando el mayor Rodríguez Larreta, desde la portezuela del primer vagón:

—¡No tiren, ca. . . nejo! — gritó con acento desesperado; y no fué sin gran trabajo que logró hacer cesar el fuego.

Después, el tumulto cesó, se apagaron los cantos, y la locomotora arrastró de nuevo en silencio la mole negra hasta la estación de Concordia, donde el entusiasmo volvió a renacer a la vista de las nobles matronas que, viviendo a la revolución, nos arrojaban flores.

¡Flores del 28 de marzo, guardadas como ofrenda

de enamorado a la patria querida!... Algunos revolucionarios las conservaron hasta la noche del 31, y sirvieron, ¡pobres flores! para ser arrojadas en las fosas de las libertades muertas!...

II

Cuando bajamos, entumecidos, extenuados, tiritando de frío, tuvimos que hacer de mozos de cordel para trasladar las municiones y armamento del parque hasta los carros que habían de llevarlo al puerto.

En esta operación, pasamos unas largas horas y al concluir las, marchamos para acampar a dos cuadras del embarcadero en un solar despoblado y cubierto de yuyos, altos de una vara, entre los cuales nos tendimos a dormir.

La suerte me era decididamente adversa aquel día, pues a las muchas contrariedades anteriores, vino a unirse la de que me llevaran, con diez compañeros de infortunio para ayudar el embarque de los equipajes. Con gran disgusto abandoné mi lecho de borrajas y mirando con envidia a los otros que dormían tranquilamente, me dirigí al puerto. El puerto de Concordia es un gran arenal, dispuesto en plano inclinado y tan proclive, que es menester calzar bien los carros para que no rueden hasta el cauce del río.

El día tardaba en llegar y una débil claridad alumbraba el suelo gris; más allá la masa negra del río y, cerca de la orilla, un bulto oscuro, informe y grande, unido a la costa por un puente improvisado sobre botes que la corriente balanceaba: era el casco del vapor

“Comercio”, viejo mercante en estado de reparación y sobre el cual debíamos embarcarnos.

Muchas veces, pasé del puerto al vapor y del vapor al puerto, cargado de municiones y dando trapiés en los maderos inseguros. Los compañeros cruzaban por mi lado, silenciosos y encorvados, distintos apenas en la oscuridad y semejantes a gigantescas hormigas negras entregadas a la labor. El viento frío azotaba mis sienes trayéndome el rumor sordo del torrente y si mis ojos se fijaban en el agua, ésta me parecía como cullebra de acero arrastrándose bajo mis plantas, sin concluir jamás. Entonces mis miembros delibitados temblaban; el vértigo hundía sus garras en mi cerebro, y fascinado por el abismo, doblaba el cuerpo, me sentía caer. Luego, la reacción llegaba y continuando la marcha, iba a depositar mi fardo en el vapor y retornaba por otro.

Al fin el embarque concluyó, y rendido por la fatiga, bañado en sudor, fuí, con los demás compañeros, a reunirme al ejército.

Los soldados dormían. Frente a un gran edificio en ruinas, varios jefes y oficiales se paseaban en silencio, o hablando en voz baja. Entre otros, estaban allí el comandante Domínguez, paseando nerviosamente y el comandante Fariña, con su pantalón blanco hundido en sus botas de charol, la blusa blanca y la boina blanca con gran borla de oro. Más lejos Amilivia, Batlle, Segundo y otros oficiales, formaban corro. Yo los contemplé un instante, y fuí a tenderme de nuevo sobre los yuyos para dormirme profundamente hasta que me despertaron, de día ya, para marchar.

Aclaraba recién cuando nuestra gente y la de Ami-

livia se puso en movimiento y llegó al puerto, dando principio al embarque en el viejo *Comercio*, que no era más que un casco pintado de rojo y destinado a ser remolcado por los vapores que se esperaban. A las 5 y media llegó el vaporcito *Leda*, y, entonces Arredondo pidió veinte hombres armados que se embarcaron en un bote y fueron a intimar al capitán que se rindiera. Aquél no se hizo rogar mucho y a poco el *Leda* llegaba a nuestro lado, vivado por los revolucionarios.

Varias embarcaciones menores fueron apresadas del mismo modo; pero hubo que esperar aún la llegada del *Júpiter*.

Mientras tanto como el día era claro ya nosotros veíamos desde cubierta, a un lado los curiosos aglomerados en el puerto de Concordia, y de otro, tras una débil línea de bosque, la hermosa tierra de la patria, verde y risueña extendiéndose en llanuras y quebradas. Más arriba, la ciudad del Salto parecía mirarnos asombrada y en la ribera, solían aparecer jinetes con ancha divisa roja y larga lanza con banderola blanca y roja, exhibiéndose como para inspirarnos miedo.

A las ocho pasadas llegó el *Júpiter* que fué apresado del mismo modo que el *Leda*. El general Arredondo ocupó el primero, y el segundo empezó a remolcar el casco del *Comercio* en el que iban, como he dicho, los batallones 1º y 2º de infantería. La demás gente se distribuyó en los otros buques.

Prontos ya, el *Júpiter* pasó a la cabeza, dió la señal de marcha, y la escuadrilla revolucionaria compuesta de ocho embarcaciones, se puso en movimiento y, en medio de los víctores lanzados por la multitud aglomerada en el puerto, comenzó a navegar río abajo.

A ambas márgenes el Uruguay ostenta una vegetación lujuriosa que a la luz del medio día se desarrolla llena de encantos, de paisajes variados, de detalles admirables. En el interior del bosque, los *virarós* de tallo erguido y los esbeltos yatays, de 50 pies de altura descuellan como centinelas de la selva, y, sobre el río, los *talas* con sus ramazones espesas y sus menudas hojas grises; los *coronillas* con sus troncos tortuosos y duros como el hierro y los *guayabos* corpulentos y de porte severo, se confunden entremezclando sus ramas y ligados sus troncos por las bridas de *cipó* o *uña de gato*, de *yuapeca*, de *viva viva*, de *caapeba* y en fin del *mburucuyá*, portento de las yerbas, gracia de los prados, esmero de la naturaleza, como la llama el padre Lozano. Después, antes de entrar en la línea de camalotes, caprichosamente recortada la *tоторa* y el *caraguatá* se elevan en proporciones colosales. Y en medio de todo esto, confundidos, distintos apenas, crecen los pardos *sarandíes*, el perfumado *ayuí* de los jesuítas, el *lapacho*, el *timbó*, el duro *urunday* de las flechas charrúas, el famoso *guayacán*, que nacía de una mariposa, según la leyenda jesuítica y era una especie de panacea que curaba la tisis, las llagas, las gastralgias y otras muchas dolencias, lo que le valió el nombre de *palo santo*; el poético *ceibo*, de hermosas flores rojas y en cuyos troncos el yaguareté va, en la noche, a hundir sus garras para calmar su excitación y recobrar la agilidad y el curupé con su cecina venenosa; la tierna *caicobé* y, por último, el *ñangapiré* y el *arazá* con sus frutos tan poéticos como delicados.

A cada instante el río se bifurca y las ramas resultantes se anastomosan formando mallas que abrazan

sinnúmero de isletas cuajadas de vegetación y en cuyos contornos suelen crecer los sauces con su cabeza melenuda de largas ramas verdes y flexibles que el agua besa al pasar. Y de entre ese bosque inmenso el pintado *urutaú*, el pardo *sorzal*, la altiva *calandria*, el voluble *morarú*, —ave sin hogar—; el *mainumbí* de los juncales y la *pava* de la espesura; el *carpintero*, cuyo pico potente, al horadar las coronillas produce un ruido que repercuta en la montaña; el verde *moracaná* y el rojo *churrinche*, en fin, las miríadas de aves unen sus cantos, produciendo el más extraño concierto.

Selva gigante, proliferando en el légamo fecundo amasado por el río de caudal inextinguible, la vida se muestra extraordinaria en proporción y en grandeza. Mientras las fieras terribles se arrastran entre las lianas, en los antros húmedos y oscuros, arriba en el verdor luciente, los pájaros más diversos saludan con sus trinos el cielo azul: el aire puro y el sol de fuego. A medida que se avanza, los panoramas cambian: ya las riberas se muestran planas con la línea uniforme de frondosa vegetación, ya un grupo de islas a cual más extraña, a cual más bella, ya una barranca oscura como la célebre Mesa de Artigas, en las inmediaciones del Hervidero, ya una playa arenosa tras la cual se divisa la línea ondulante de los próximos collados.

Admiración para la naturaleza pródiga, deseos vehementes de llegar al puerto y pisar la tierra de la patria: tales eran las ideas que nos embargaban, cuando vimos dibujarse sobre la superficie blanca del río, un pequeño punto negro, visible apenas. Durante un largo rato el punto pareció estacionario, semejando un oscuro biguá, meciéndose perezosamente sobre las

aguas. Después, su tamaño fué aumentando hasta adquirir la forma clara de un vaporcito. A poco la bandera oriental se vió flamear en la popa y no quedó dudas de que era un vaporcito del gobierno y cuando el *Júpiter* se disponía a lanzarse sobre él, viró de lleno y emprendió la fuga río abajo. A la intimación de rendirse contestaron con una descarga de fusilería. El *Júpiter*, con su aspecto grosero, era buen andador, sin embargo. La caza comenzó. El pequeño corría, corría moviéndose como una ardilla, frente al coloso que avanzaba majestuosamente, dando grandes resoplidos. De cuando en cuando, la gente del *Júpiter* hacía una descarga e intimaba rendición.

—¡Bueno! — gritaban los otros y hacían fuego también, sin dejar de huír.

Nosotros nos habíamos aglomerado en la proa del *Comercio*, contemplando con ansiedad las peripecias de la persecución. Nadie se cuidaba ya de los encantos del río, y mucho menos de las fatigas del cuerpo. La vista no se apartaba de aquel pequeño punto negro y movable, perseguido por aquella masa negra que parecía inmóvil, a pesar de disminuir de momento en momento la distancia que los separaba. De rato en rato oíamos una descarga, luego otra que respondía, y el ruido de las detonaciones repercutía de una manera extraña en la superficie del agua y en el interior de la selva.

Y el *Guarda*, tal era su nombre, huía siempre sin dar muestras de fatiga. Sus tripulantes, por otra parte, no tenían grandes deseos de rendirse, eran orientales, hijos de aquellos que hicieron decir al general Garibaldi: “con un ejército de estos hombres me ani-

mo a conquistar el mundo". Y nosotros los admirábamos al mismo tiempo que nos preguntábamos con expresión indefinida:

¿Se escaparán?

¿Los atraparán?

No; aquellos valientes no podían escapar ya: el *Júpiter*, se les iba encima, iba a embestirlos, a echarlos a pique puesto que rendirlos era imposible... pero he ahí que el *Guarda* vira rápidamente, pasa por al lado del perseguidor y penetrando en el Daymán que desemboca en aquella altura, se pierde de vista. El *Júpiter* no pudiendo detener la carrera se aleja a una gran distancia y como es tarde ya, se abandona la persecución y sigue la marcha.

El Uruguay volvió a adquirir su tranquila belleza; en los árboles los pájaros que volaron asustados al sentir las detonaciones, tornaron a sus gorjeos, poblando el río de músicas alegres. Nuestros cuerpos vuelven a sentir la fatiga y nuestras miradas vagaron otra vez de ribera a ribera donde a cada instante encontraban nuevos encantos, paisajes nuevos que no nos cansábamos de admirar, paisajes grandiosos destacándose sobre la superficie tersa para pregonar la fecundidad de aquella tierra, casi virgen aún. Al contemplar tanta belleza es fácil concebir el amor del indio hacia su patria, el ardor incansable con que luchó en defensa de sus verdes oteros, de esos bosques queridos y sus hermosos ríos; es fácil comprender por qué aquella tribu errante, bárbara como sus selvas, pobre como su desnudez, encontró la fiereza del yaguaré y la dureza del urunday para luchar en la aurora, para luchar en la tarde, para luchar en la no-

che, despreciando todas las ofertas y prefiriendo a todo, los tesoros salvajes cobijados bajo el cielo azul de su patria. Por eso cuando, el puñal de Fructuoso Rivera decretó el exterminio de los últimos charrúas y dejó media horda tendida alrededor del ensangrentado cuerpo de Vencel, en la *cueva del Tigre*, quedó todavía un puñado de héroes para clamar venganza en *Yacaré* y más tarde cuando sólo vivía el recuerdo

*“De aquella raza que pasó desnuda
y errante por mi tierra”*

hubo aún caciques aislados que siempre ansiosos de libertad fueron a cobijarse bajo la bandera de los caudillos y a pelear como bravos en defensa de su suelo.

III

La extensa plaza de Guaviyú apareció a nuestra vista, silenciosa, oscura, cuando el día se concluía y las primeras sombras de la noche comenzaban a cambiar el aspecto del río y de la selva, sustituyendo su belleza alegre, por una belleza majestuosa e imponente en la cual los altos yatays y los copudos guayabos no formaban ya verdes y airosos soberanos del bosque, donde cantaba alegre el morajú y la calandria, sino negros fantasmas, corpulentos e informes.

La flotilla revolucionaria se fué acercando a la playa, la gente del comandante Mena desembarcó en unión con la de Ordóñez, se extendió en guerrilla y marchó sobre el saladero de Piñeyrúa. No había ene-

migos allí: pero supieron que en las inmediaciones se encontraba Fortunato de los Santos con una fuerza de policías urbanas, y continuando la marcha, la encontró y dió principio al tiroteo.

Los batallones de Visillac, Ramírez y demás fuerzas continuaban desembarcando en medio de los más entusiastas vivas a la patria y mueras al tirano. En medio del río, solo, y al garete, se encontraba el casco del *Comercio* donde iba el 1er. batallón de infantería de Domínguez y el 2º de Amilivia.

El *Leda* lo había abandonado para desembarcar sus soldados que llevaba; tal era nuestra situación cuando repentinamente tras un codo del río, apareció a nuestra vista la *Tactique*, viejo mercante francés que el gobierno había comprado y armado en guerra con el nombre de *General Suárez*. Por un instante reinó un silencio absoluto; cesaron los vivas y mueras, el desembarque se suspendió y todas las miradas se elevaron al barco enemigo, inmóvil a dos cuadras de nosotros y cuyos flancos se veían brillar, a la semiclaridad del crepúsculo, el acero de los grandes cañones. En eso se oyen detonaciones de fusilería; es Mena que arrolla a las policías de Fortunato de los Santos. El ardor renace, los ¡Muera Santos! y los ¡Viva la revolución! levantan como un huracán de voces: los soldados saltan a tierra esgrimiendo los fusiles, prontos para hacer fuego a la primera señal; el *Júpiter* se acerca al *Comercio* y empieza el trasborde mientras la *General Suárez* permanecía en frente, quieta y muda, como una mole negra surgida del río contemplando asombrada la invasión, impotente para detenerla. Y a cada instante las detonaciones de fusilería se hacían

más nutridas y llegaban más apagadas, lo que daba a entender que el enemigo cedía y que la suerte empezaba a sernos propicia.

¿Qué hacía aquel buque?

Su presencia fastidiaba a los revolucionarios. Aparecía allí como un escarnio, riendo en silencio sin dignarse disparar un tiro, y ellos para hostigarlo lanzaban cada vez con más expresión de odio los gritos de

¡Muera Santos!

¡Muera el tirano!

¡Muera la canalla!

Al fin el viejo mercante habló: se vió un fogonazo y un estampido terrible que dominó la gritería y se extendió repercutiendo sobre la superficie del río y en los antros del bosque. Nadie advirtió que el buque tenía su proa dirigida hacia nosotros; que sus cañones estaban en los blancos y que el disparo, por lo tanto había sido dirigido a la costa argentina y no a nosotros; nadie vió tampoco al comandante de la *Suárez*, arrancar la bandera y saludar con ella. Los soldados sólo esperaban que el barco santista rompiera su mutismo y tan pronto como lo hizo, una granizada de balas llovió sobre él. Inútil fué que los jefes y oficiales mandaran no tirar; la fusilería seguía encarnizada contra aquel abominable buque que los estaba befando. Las fuerzas del *Comercio* se trasladaban rápidamente al *Júpiter* y desde allí hacían que sólo cesó cuando la cañonera virando de lleno tomó río abajo y se alejó a toda máquina con rumbo a Paysandú.

Entonces continuó el desembarque con mayor entusiasmo aún y los soldados caían al agua, sumergién-

dose hasta la cintura, levantando el brazo armado del fusil y redoblando los gritos de

- ¡Muera el tirano!
- ¡Muera Santos!
- ¡Mueran los ladrones!
- ¡Mueran los asesinos!
- ¡Muera la canalla!
- ¡Viva la patria!
- ¡Viva la revolución!
- ¡Viva el general Arredondo!

Ya en tierra los soldados marchaban con los jefes respectivos, formando en diversos parajes de la playa, radiantes de alegría al fin logrado su ardiente deseo, tanto tiempo ambicionado, de pisar el suelo de la patria. Y bien. Nuestros pies hollaban su suelo, nuestras manos febriles exprimían el fusil que la indignación popular nos había entregado y, para mayor horror ya esos fusiles habían hablado, ya las huestes del déspota habían oído su voz, su voz enérgica y viril que clamaría siempre exterminio y venganza, jamás misericordia ni perdón. Los jóvenes soldados se marearon con el olor de la primera pólvora quemada, las detonaciones sonaban aún en sus oídos como una música armoniosa, dando proporciones gigantescas al pobre barco santista, siendo su entusiasmo mayor aún, cuando supieron que los cuarenta hombres de Mena habían dispersado a los doscientos de Fortunato de los Santos, quitándole la caballada que este jefe trataba de internar. Una campaña empezada bajo tan buenos auspicios tenía forzosamente que salir bien, si es que la victoria no estaba desde ya obligada a ser

nuestra, so pena de deshonrarse cobijando al tirano con sus alas.

Nuestro batallón formó en un claro del bosque, y, allí se procedió a nombrar los cadetes de la bandera después marchó para formar seis cuadras más abajo del sitio de desembarque, donde ya esperaban los otros batallones. Una vez allí, se mandó armar pabellones y se dispuso que la mitad de cada compañía fuese al lugar donde quedaron las chatas con las municiones y maletas, para recogerlas.

Esta orden desgraciada fué la causa del siniestro sufrido pocos momentos después.

Era ya plena noche, y una noche oscura sin una estrella, ni una luz que iluminase la escena. Cuando llegamos al río, tuvimos que buscar a tientas las chatas, y ya en ellas, habiéndonos sumergidos en el agua hasta la cintura para alcanzarlas, empezamos a remover bultos para sacar las municiones antes que nada.

—Buena noche para una sorpresa — me decía un compañero, mientras hacía equilibrios sobre las monturas y las maletas.

—No muy buena para nosotros, si nos tomaran como estamos — contesté.

—Bah! No se atreverán a venir. Ya nos tienen miedo.

—Quién sabe!

—No. Y además, si vinieran...

Mi compañero no tuvo tiempo de concluir la frase. El ruido de la metralla nos ensordeció. Varias balas picaron al lado nuestro haciendo saltar astillas de la chata. Tras un momento de estupor, saltamos al agua y echamos a correr en dirección al campamento.

La metralla seguía silbando en nuestros oídos y las balas se cruzaban en todas direcciones, oíanse gritos y blasfemias; veíanse grupos que corrían de un lado a otro, hombres que hacían fuego sin saber a quiénes, desgraciados que genían, destrozados por la metralla, jefes que daban órdenes no escuchadas, soldados iracundos que esgrimían con desesperación sus fusiles descargados y en fin en medio de aquella confusión espantosa, en medio de las balas y de las tinieblas, los árboles aparecían como enemigos y sobre ellos se hacía fuego desesperadamente. El caso es que el enemigo no se veía por ningún lado y los proyectiles venían de todos, lo que aumentaba el pánico.

—Estamos cercados! — gritó uno.

—¡Traición! — gritó otro, y a poco circulaban sin descanso los gritos de ¡traición! y ¡estamos cercados!

La gente acampada junto a la costa, sintiéndose quemada sin defensa, desde el río, había disparado, en efecto, campo afuera, y había sido recibida a balazos, lo que no dejó dudas que estaban rodeados por el enemigo.

Entre tanto, ¿dónde estaba ese enemigo invisible? ¿Cómo era que no aparecía por ningún lado? En el río sólo se veía una lucesito y por la parte de tierra, nada.

En ese momento el general Arredondo apareció a caballo en un petiso desgarbado. La pequeña talla y el rostro extraño del general no presentaba ninguna alteración: sólo sus pequeños ojos hundidos tenían esa noche un brillo mayor. La luna acababa de aparecer en el cielo negro, y alumbraba un tanto la escena.

—No se asusten, muchachos, esto no es nada — dijo el general con su acento apacible y calmoso. Su voz concluyó de animar al ejército. Ya el hoy doctor Vidal y Fuentes, abanderado del 1º de infantería había clavado el pabellón increpando a los soldados:

—Vengan a morir aquí, cobardes! — había gritado, y a su llamado, como a los del comandante Domínguez, la muchachada corrió presurosa a formar y esperar el ataque con serenidad, dado que más que el temor, la sorpresa era la causa del desbande. Al mismo tiempo circuló la orden terminante de no hacer fuego y a poco la metralla cesó, volviendo a quedar todo en silencio, sin otro ruido que los ayes de los heridos. Nosotros permanecemos todavía un rato, formados en batalla sobre la costa, la rodilla en tierra, el oído atento, el remington en la mano. No volvió a oírse ninguna detonación; profunda calma nos rodeaba y sólo veíamos la masa blanca del torrente, y más allá el bosque informe y negro de la costa argentina.

¿Y el enemigo?

¿Se había evaporado?

¿O fué simplemente una pesadilla? Desgraciadamente, allí estaban varios infelices cuyos lamentos atestiguaban la realidad del ensueño. Y, además la luz blanca que duró en el río, tanto como el tiroteo, no había sido tampoco una visión; pero, entretanto, nadie ni aun los jefes sabían a ciencia cierta la verdad de lo ocurrido, y esto aumentaba el sobresalto.

Al rato llegó la orden de marchar y nos retiramos más hacia afuera, yendo a formar cuadro, a trescientos metros del río, entre el caserío de Guaviyú y la playa. El comandante Domínguez pidió diez hombres

armados para ir al río en busca de las municiones. A mí me tocó formar parte del piquete, y no sabré decir con cuánta emoción entramos en el monte, el arma pronta, el oído alerta, la pupila dilatada, tratando de rasgar las tinieblas. A cada rama que crujía, pensábamos en un enemigo y el dedo buscaba nerviosamente el gatillo del fusil. En el camino encontramos al teniente Ceballos, del batallón de Amilivia, horribilmente destrozado por una metralla: fué el primer muerto que vimos, el bautismo de sangre. ¡Adelante!

Llegamos al río, oíase el rumor sordo de la corriente; las chaças estaban allí, negras, quietas, como ballenas muertas, arrojadas a la playa donde las maletas, las bolsas de munición y los recados, parecían los restos de un naufragio, llevados allí por el impulso de las olas. Si antes no hubiera tenido la franqueza de confesar que sentí miedo cuando me ordenaron bajar a la playa, no me atrevería a decir que en aquel momento me olvidé de las balas, del cañoneo y del enemigo para no pensar más que en el encanto que ofrecía aquel cuadro de desorden sobre un lecho de arena, con un cinturón de árboles seculares y un regazo formado por el río, donde se movían los barcos, mecidos por la corriente, e iluminado todo, por la luz de una luna hermosa perdida en un mar de nubes negras.

En varios viajes, condujimos una carga de monturas, maletas y sacos de munición, que fueron puestos delante de los soldados, rodeando el cuadro, como para servir de muralla. Después se nos mandó tendernos de barriga, con el arma en la mano y, a la manera de epílogo, el comandante Domínguez nos dirigió este amable consuelo.

—No tengan miedo, muchachos, y apróntense para sufrir una buena metrallada.

A pesar del cansancio que nos dominaba; a pesar de las tres noches sin dormir y los días sin comer, permanecemos un rato en vela, hablándonos en voz baja, y comentando el hecho que cada uno explicaba a su manera. Después, como la metralla prometida no llegaba, empezábamos a sentir deseos de cerrar los ojos.

—Yo creo que el enemigo no nos atacará hasta el día — dije a mi compañero.

—En lo que hará muy bien, — me respondió, — así nos dejará dormir.

—Que es lo que voy a hacer, acto continuo. Si el enemigo viene...

—¡Oh! pierde cuidado, él te despertará; la metralla es un magnífico despertador.

—Bien dicho; hasta mañana.

—Hasta mañana, o hasta el valle de Josafat; es bueno ser prevenido.

—Así sea.

Y yo me dormí y creo que todos los compañeros me imitaron; pues la posición horizontal es tentadora; máxime cuando se han pasado cerca de treinta y seis horas sin dormir.

XIII

U N A M A R C H A

Allá van! allá van!... Dios los empuja.
Amor de patria y libertad los guía!...

Olegario Andrade.

I

Dormirse en una noche de tormenta con la amenaza de ser destrozados por la metralla, y despertar en la madrugada de un día hermoso, con un oriente teñido de grana, un cielo azul arriba y una selva risueña a occidente, sin otros rumores, ni otra algazara que la música de mil diversos pájaros aleteando en los guaviyús: tal fué la noche del 28 de marzo; tal fué el amanecer del 29.

Del cañoneo anterior; del enemigo invisible; del pánico inexplicable, sólo quedaba el recuerdo confuso y la sombra vaga que se agita en el espíritu después de una pesadilla terrible. Monstruos girando en la tiniebla; proyectiles arrojados por una mano misteriosa sembrando la consternación y la muerte; ayes lastimeros y gritos desesperados, he ahí todo lo que se recordaba, todo lo que vivía de aquella danza macabra celebrada en las orillas del Uruguay, en medio de

la más densa oscuridad. Muchos recordaban haber visto sobre el río, una lucecilla blanca, que, inmóvil un momento, desapareció de pronto; muchos también hicieron fuego sobre aquella luz. La creencia de que la *General Suárez* hubiese vuelto aprovechando la noche, no era admisible por cuanto la *Suárez*, sólo tenía dos cañones antiguos y el fuego fué de metralla y fusilería.

¿Qué había sucedido, pues?

Helo aquí. La cañonera *Fortuna* que supo el desembarco, fué a nuestro encuentro, con las luces apagadas; sólo una quedó encendida por descuido, la de la cocina. Llegado frente a la playa, el barco comenzó a hacer fuego, pasando de largo, pero varó y hubo de detenerse, lo que prolongó las descargas. Al sentir las detonaciones, los soldados acampados detrás de nuestro batallón hicieron fuego hacia el río, y como no veían nada, sus descargas nos herían a nosotros, lo que hizo creer que estábamos rodeados. De todas las balas lanzadas contra el *Fortuna*, sólo una dió en el blanco, quebrándole una pierna al cocinero que cometió la imprudencia de dejar la luz encendida.

Con el día y con el conocimiento de lo ocurrido, la confianza y hasta la alegría renacieron en las filas revolucionarias. Las cinco horas de sueño y la promesa de una próxima comida, eran motivos suficientes para ahuyentar el mal humor de aquéllos jóvenes soldados para quienes comer mal y dormir peor no eran ya novedades.

—Buenos días — dije a mi compañero de la víspera — saludémonos en Guaviyú, puesto que aún no

llega la ocasión de esperar al juicio final, como decías tú anoche.

—Saludémonos. Para hacerlo en Josafat, tenemos tiempo. Allí nos espera ya el desgraciado Ceballos.

Mi compañero no era otro que aquel pobre Ermo, el jaranista incansable. No debía demorar mucho en ir a acompañar a Ceballos y a esperarnos con él en el valle de Josafat. Continuamente hablaba él del peligro con frases grotescas, riendo de la muerte que le tenía señalado.

Apenas estuvimos en pie, fuimos veinte hombres al río, en busca de municiones. ¡Qué espectáculo! El naufragio de la noche, había adquiridos proporciones enormes; la playa estaba verdaderamente sembrada de despojos. Casi ningún recado tenía estribos; la mayor parte de las maletas tiradas sobre la arena se encontraban vacías y por sus inmediaciones se veían diseminadas infinidad de piezas de ropa inservibles, mezcladas con hojas de papel, libros destrozados; varias cantimploras de lata lucían a los rayos del sol, notándose que todas ellas estaban destapadas; una mano prolija había investigado todo llevándose cuanto podía convertirse en plata. En la noche anterior, después del tiroteo, se distribuyeron patrullas de caballería correntina, encargada de recorrer la costa y ellos no pudieron resistir el deseo de *carchar*. Los correntinos, como el jagureté, dejan el rastro por donde quiera que pasan. Allí ese rastro era bien evidente y podía seguirse hasta la *pulpería* donde probablemente fueron a parar los productos de la *carchada*.

—Mala peste! No han dejado ni agrio — exclamó un compañero que registraba las maletas.

—Han dejado algo.

—¿Qué?

—La rastrillada.

—Así dejara la osamenta!

Entramos en la chata. En la borda de ésta, veíanse, sobre la madera ennegrecida, largas lengüetas blancas y más lejos, las correspondientes astillas arrancadas por la metralla. En el interior, varias balas habían hecho destrozos en las maletas y monturas y una dió en una bolsa de galletas, que semejaba un vientre abierto por cuya herida brotaban los intestinos. No creo necesario decir que nuestro primer trabajo fué comer cuantas galletas pudimos, y el segundo llenarnos los bolsillos con las restantes.

Después, como nos habían prohibido llevar maletas ni recados, debiendo cargar únicamente con las municiones, los frenos y los cojinillos, empezamos a registrar las maletas en busca de algo utilizable, al mismo tiempo que condenábamos con toda la vivacidad posible, el instinto de ave de rapiña que caracterizaba a nuestros compañeros los correntinos.

—Si nos descuidamos, nos van a robar hasta la ropa que llevamos puesta — decía uno en instante preciso de meter al bolsillo, ya bastante abultado, un peine viejo hallado en el fondo de una maleta.

Uno, sobre todo, trabajaba ávidamente, diciendo a cada objeto que embolsaba:

—Esto nos puede servir.

De pronto, encontró un saco de viaje y estuvo largo rato resistiendo a la tentación de cargar con él; luego lo abrió y sacó un espejo. Todos corrimos hacia él para mirarnos lo que no dejó de causarnos disgus-

to. Difícilmente pudimos reconocernos en aquel estado y nos retiramos dejando el espejo al compañero, que lo guardó acompañándolo con la frase sacramental de

—Esto puede servirnos.

Siguió registrando el saco y halló todavía un jabón de almendras, un cepillo de uñas, otro de dientes y una navaja de afeitar. Al llegar a éste último objeto, nos miró y lo guardó sin atreverse a pronunciar el:

—Esto puede servirnos.

Hubiera sido curioso, en efecto, saber para qué podía servirnos una navaja de afeitar!...

Entre tanto, era necesario volver al campamento y así lo hicimos cargados de municiones. Cuando concluimos la tarea, empezamos a repartir entre los compañeros los diversos objetos recogidos, ropa sobre todo, pues el uniforme estaba destrozado. Allí empezó el disfraz. Unos que conservaban la casaquilla y sustituían el pantalón a la francesa por la bombacha gaucha. Inversamente, quien con pantalón de uniforme vestía paletó y quien trocaba el kepí, perdido o inutilizado por el sombrero gacho. Otros no poseían kepí ni sombrero, situación nada envidiable durante las horas de frío de la mañana, terrible durante la marcha en medio de la llanura y bajo un sol abrasador.

Cuando ya íbamos a marchar, vimos venir hacia nosotros un individuo tan extrañamente disfrazado que llamó la atención de todos.

Sobre los largos cabellos llevaba un flamante sombrero gacho de grandes alas: en lugar de la casaquilla de ordenanza, un soberbio dolman con botones dorados y presillas de seda; la amplia bombacha negra con un *encarrujado* de cuatro dedos, se hundía en la

alta caña de unas botas de charol que debían torturarle terriblemente los pies, según los pininos que hacía al andar: en fin, mientras en una mano llevaba un freno de plata y un gran cojinillo de piel de carnero, en la otra sostenía una magnífica capa española con vueltas de terciopelo rojo.

—Ahí viene la urraca — gritó uno.

—Émulo de los correntinos — profirió otro, — no eres digno de estar con nosotros; vete a la caballería.

—Que le registren los bolsillos; lleva la carga de una carreta.

—Me parece — gritó el aludido. Llevo una porción de cosas *que pueden servirnos*.

La escena concluyó con la orden de marchar. A poco toda la fuerza se puso en movimiento; abandonamos el monte, subimos a una pequeña cuesta y el saladero de Guaviyú apareció a nuestra vista. Al frente, sobre las lomas, elevábase la quinta con sus varios edificios; a la derecha, sobre el río mismo, lucían los techos rojos del caserío, dominado por el vasto edificio del saladero. Nosotros fuimos derecho a la quinta, acampando entre un galpón y el vallado de la huerta. Allí, por primera vez, desde nuestra partida, entramos en verdaderas habitaciones y vimos de cerca otros rostros humanos como los nuestros, dado que los miserables moradores de los llanos correntinos tienen muy poco, por no decir nada, de hombres.

Así es que inmediatamente nos lanzamos al interior de la finca, para refistolear y hablar con los peones. Tras del primer cuerpo de edificio existía un espacio inculto, poblado de una yerba alta y verde nacida a la sombra de unos cuantos árboles corpulentos.

En medio de ese espacio, había un pozo de balde, guarnecido de un brocal muy bajo: alrededor de aquel brocal se aglomeró bien pronto un sinnúmero de soldados ansiosos de apagar la sed que nos devoraba. Unos quedaron allí, haciendo fuego para tomar mate bajo los árboles, y otros se internaron en la quinta, la extensa quinta cuyos árboles aparecían desnudos y tristes, apagada su vitalidad por el beso helado de los vientos de otoño. Entre unos y otros, la tierra cenicienta se mostraba sin hierbas, semejante en los largos senderos que cruzaban el recinto, y donde los chingolos y las cachirlas picoteaban modulando sus cantos humildes. Todavía, de trecho en trecho, encontrábanse algunos limoneros de lucientes hojas verdes; pero su alegría en medio del letargo general entristecía más el paisaje. Aquel monte, obra de la mano del hombre, se mostraba avergonzado con sus árboles amarillentos, su tierra gris y sus humildes pájaros, frente a la selva enorme que bordea las márgenes del río, y en cuyo seno eternamente verde cantaban miriadas de aves como para atestiguar la eterna vida que se agita allí: el agua engendrando la flora, la flora engendrando la fauna, y como el río es madre fecunda que bebe su caudal en pechos inextinguibles, el movimiento es incesante, la procreación infinita.

Vagando por los senderos desiertos fuimos encontrando diversos utensilios de labranza, arados, palas, azadas; utensilios que en otras circunstancias no nos llamarían la atención; pero que entonces nos hicieron experimentar un sentimiento de satisfacción y de orgullo al hallar, al primer paso dado en el territorio de la patria, esas muestras de labor y de civili-

zación que habíamos inútilmente buscado en la campaña argentina.

Cuanto más extasiados estábamos en nuestra contemplación, recibimos la orden de abandonar la quinta y marchar al campamento; orden motivada por un incidente curioso acaecido en esos momentos.

Fué lo siguiente:

Tres soldados y un cabo del batallón de Ordóñez fueron enviados a la oficina telegráfica para destruir las comunicaciones, y ellos marcharon muy contentos de su misión. Apenas llegaban a la oficina, cuando ven venir hacia ellos un soldado de policía con gran divisa roja y lanza más grande aún, con su correspondiente banderola. El pobre paisano que los vió de uniforme y rémington, los creyó de los suyos y se apeó con toda tranquilidad. Los soldados lo rodearon y el cabo le preguntó en seguida:

—¿De qué gente es usted?

—De la misma, mozos.

—¿De qué gente? — volvió a decir el otro con imperio.

—Pues, de la misma.

—¿Qué misma?

—La misma de Vds., la del gobierno.

—¡Dese preso!

—¿Cómo?

—¡Dese preso!

Y como los otros se volvieron amenazadores, el gaucho se conformó, murmurando:

—Esta güeno; me han fumao.

Un soldado quedó custodiando al preso, mientras el cabo y los otros dos, entraban a la oficina, donde

con gran admiración del empleado tomaron el aparato por asalto, vaciando y rompiendo las pilas, sin descuidar el trasmisor que fué destruído también, y, *para mayor seguridad* —según decían después— cortaron también los hilos. Concluída la tarea, regresaron muy satisfechos, para llenarse de consternación al ver el custodia, muy quieto, con el fusil en descanso y sin rastro del prisionero.

—¡Y el preso! — preguntó el cabo asombrado.

—Se fué — contestó el otro con toda calma.

—¿Se fué?

—Sí.

—Pero, ¿cómo se fué? — bramó el cabo, que pensaba en el *golpe* que daría, presentándose en el campamento con un prisionero.

—Yéndose, — continuó el soldado con la misma imperturbable serenidad, — dió un brinco, saltó a caballo y... abur.

—¿Por qué no lo bayoneteó?...

—Lo intenté, y no lo alcancé. Es muy ligero.

—Hubiera hecho fuego, pedazo de animal!

—No podía.

—¿Por qué no podía?

—No tenía balas.

La razón era poderosa y mal que le doliese, el indignado clase hubo de conformarse y se dirigió al campamento donde, a manera de desquite, contó que había deshecho cuanto existía en la oficina telegráfica, y luego, como aquello no le satisficiera, narró lo ocurrido, aún a trueque de ser reprendido por improvisor; agregando, de motu proprio, que el *preso* había dispa-

rado en dirección a la quinta, lo que motivó nuestra expulsión de allí.

En cuanto al soldado de divisa roja y larga lanza con banderola... hasta hoy.

Poco después los voluntarios se reunían alrededor de los fogones para asar los trozos de carne y celebrar el alegre festín prometido, y cuando éste hubo finalizado, circuló la orden de aprontarse para marchar con el cojinillo y el freno al hombro.

Marchar a pie, ¿por qué razón?

¿No se nos había dicho que tendríamos caballos al desembarcar? Aquellos caballos que nos sirvieron en las marchas de Entre Ríos, ¿no habían sido arreados la noche que los soltamos en Naranjito, para conducirlos a la costa del Uruguay?

Esta falta de caballos, a quien se debe casi en absoluto la derrota del Quebracho, merece ser explicada; explicada cuanto puede serlo, acogiendo una de las muchas versiones que corren sobre el particular. En la que se dice había una caballada pronta en el territorio oriental, carece de fundamento, pues la costa era continuamente recorrida por las policías, cosa que debían suponer los jefes revolucionarios. Los que creen firmemente en la traición del general Castro, opinan que la caballada fué retirada por orden suya. La versión más aceptable y aceptada, es la siguiente: los caballos arriados en Naranjito fueron conducidos por un oficial de caballería a la estancia de un inglés, situada sobre el Uruguay, en territorio argentino y cerca del saladero de Guaviyú. Este inglés, como la mayoría de los hacendados ricos, pagaba un tanto a la policía, medio práctico que reporta grandes ventajas,

y que en aquella situación debía ser muy útil, facilitando el embarque. Pero sucedió que los caballos fueron pocos y el comisionado trató de comprar algunos al estanciero inglés, y como éste no accediera a sus deseos, resolvió robárselos. Así fué que, adelantando el desembarque había dado principio a la tarea de elegir los mejores fletes del súbdito inglés, cuando éste lo sorprendió y avisando a la policía lo hizo prender. Naturalmente, no había ya quien pasase los caballos, y por eso después de esperar medio día, el ejército revolucionario tuvo que ponerse en movimiento a pie, habiendo sabido que las fuerzas enemigas se acercaban.

¿Es cierta esta versión?

No lo sé. Yo encuentro en toda ella algo de diabólicamente complicado y extraño. Quizá sea verdadera; pero hay que convenir que aún en ese caso se presta a muy variadas interpretaciones.

Ello es que el enemigo se venía encima en un número bastante crecido para poderle presentar batalla y era forzoso emprender la marcha a pie.

II

En medio de un silencio profundo, el ejército empezó a formar en columna. Era la primera vez que todas las fuerzas marchaban reunidas y al vernos así, nos pareció que éramos muchos, que constituíamos una potencia irresistible. Éramos bien pocos, sin embargo. La infantería, que constituía el mayor núcleo, se hallaba seccionada en cinco batallones:

El batallón 1º de infantería, al mando del comandante Domínguez, compuesto casi en totalidad de jó-

venes montevidianos, contaba, aproximadamente, doscientas sesenta plazas.

El batallón 2º de infantería al mando del coronel Amilivia, fuerte de unos doscientos infantes.

El batallón 3º de infantería, mandado por el comandante Octavio Ramírez, con 180 italianos enganchados.

El batallón 4º de infantería, bajo las órdenes del comandante Ordóñez, con 100 hombres.

El batallón 5º de infantería, mandado por el coronel Visillac y fuerte de 220 plazas.

Total, mil infantes, aproximadamente.

La caballería constaba de poco más de seiscientos hombres, distribuidos en pequeños grupos, de los cuales el único escuadrón regular era el del coronel Salvañach, de doscientos soldados. El comandante Mena tenía sólo cuarenta hombres; con él iba el célebre coronel Martirena. El coronel Eduardo Vázquez, mandaba otra pequeña fuerza, lo mismo que el coronel Puentes, Burgueño, Stomba, Oribe y otros.

El ejército revolucionario contaba pues, con mil seiscientos hombres, núcleo poderoso que no guardaba proporción con las cruzadas anteriores, y que debía engrosarse bien pronto, con el contingente de los diversos jefes que esperaban órdenes en casi todos los departamentos.

A las once y cuarto de la mañana del 29 de marzo, toda la fuerza estaba formada en columna, con los generales José Miguel Arrondo y Enrique Castro a la cabeza. A las once y media, un clarín dejó oír sus notas vibrantes; los oficiales mandaron:

—Paso de camino... ¡mar!...

Esta voz se fué repitiendo de la cabeza a la cola; los cuartos de compañía empezaron a moverse uno tras otro, como anillos de culebra y el ejército entero emprendió la marcha.

Diez carretas nos acompañaban conduciendo lanzas, fusiles y municiones; no son bastantes, sin embargo, y cada soldado debe llevar un freno, un cojinillo y trescientos cartuchos; hay quien lleva hasta seiscientos. Cien van en la cartuchera, produciendo un peso enorme en la cintura; doscientos van en la proveedora de lienzo, cuya correa pasa sobre el hombro... No importa: allá en el interior, lejos aún, la patria gime, bajo la bota del déspota, y sus secuaces, engendros del crimen, amasados con lodo de los cuarteles y sangre de inocentes, sacian en ella su lascivia.

Los pretorianos del bajo imperio, hunden la espuela en la nación caída y se agitan sedientos de oro. Son como los españoles que pisaron la América, gritando civilización y lavando el oro en la sangre del indio. Son bajos como ellos, como ellos, miserables y cínicos; imbéciles como ellos, pues ni saben aún que hacer con ese oro. Hablan de la inviolabilidad de la Constitución al mismo tiempo que pisotean sus artículos fundamentales; hablan del honor en el instante mismo en que cometen un crimen. Así fueron esos españoles que so pretexto de esparcir en América una civilización que no tenían, esparcieron el vandalismo, dejando el germen del crimen en la atmósfera virgen de la Atlántida...

¡Son muchos!... ¿Quién se atreverá a contar las miriadas de bacterias engendradas por un animal en descomposición?... La corrupción es más fecunda que

“el lecho de amor de la miseria”. ¡Son fuertes!... Cuando el medio engendrador se agote, todavía podrán vivir devorando a los pequeños, luchando luego con los iguales. Pero el cuerpo donde han crecido es rico aún; pueden seguir lactando su seno, y cuando se extinga su savia, aún habrá banqueros ingleses que adelanten millones. . . Allá, en el interior brumoso, la patria gime bajo la bota del déspota; en la soledad del campo, creemos oír lamentos y dibujarse en el cielo azul escenas espantosas de la gran orgía. Y estas alucinaciones exaltan nuestros espíritus y duplican nuestras fuerzas. Los pies se inflaman en el continuo pisar la tierra dura y seca; los rayos solares cayendo a plomo con todo el ardor del mediodía nos abrasan la cabeza y despellejan el rostro. Los trescientos cartuchos gravitan de una manera horrible; el rémington incomoda en la mano; empezamos a arrojar la casaquilla, luego los chalecos. . . No importa: la patria lo exige.

Se han andado dos leguas, la cabeza se detiene y todo el ejército está de pie, quieto, los oficiales apoyados en la carabina, los soldados apoyados en el fusil. Reina un gran silencio, que no es interrumpido más que por una que otra frase, corta y seca, pronunciada de una manera.

- ¡Me ahogo de calor!
- Me duele la cintura.
- Me revientan los pies.

Unos están callados, se enjugan el sudor de la frente y miran distraídamente el horizonte; otros miran ese mismo horizonte con insistencia, como si buscaran algo.

—Allá — me dice mi malogrado primo Julio, señalando con el dedo.

—Quiero preguntarles qué hay, pero no tengo tiempo: los quince minutos han pasado, la columna vuelve a ponerse en movimiento. La mole negra se arrastra lentamente en medio del silencio y después de otra legua se hace alto para arrancar los postes telegráficos.

En seguida: ¡en marcha! El calor se hace insoportable; hay muchos que han arrojado los botines, marchando descalzos sobre los terrones, duros como guijarros, o sobre las *rosetas* que se hincan haciendo brotar sangre.

—Allá — vuelve a decirme mi primo.

Miro la dirección del dedo, veo una nube negra, que avanzaba a pasos agigantados. La tormenta se formaba aprisa y nosotros la veíamos llegar rebosando de alegría. ¡El agua!... Bienvenida sea! Ella refrescará nuestros cuerpos y apagará nuestra sed!...

Se anda aún; se anda, y unos dolores extraños empiezan a subir por las piernas, al mismo tiempo que otros dolores parten de la cabeza y bajan por el cuello para ir a oprimir el pecho como una camisa de fuerza que se va cerrando poco a poco...

Al fin, al expirar la tarde, la nube negra se rompe y la lluvia cae, mitigando paulatinamente nuestra fatiga. Las sienes no amenazan ya estallar, las llagas de los pies no mortifican tanto, y hasta los cartuchos parecen menos pesados. Se marcha aún en la vaguedad del crepúsculo; se marcha en la oscuridad de la noche y a las 10 se hace alto en la estancia de *Dolores*, cuyo nombre no fué nunca tan apropiado como en-

tonces. Se nos hace entrar en unas grandes *mangueras* de palo a pique, y allí nos arrojamos, entre la tierra y el estiércol que formaban un lodo blando y fétido con la acción del agua. Inmediatamente un sueño profundo, el sueño pesado de la bestia cansada se apoderó de nosotros. A las doce, se oye un gran tropel; el ejército azorado; se martillan los fusiles...

¿Qué hay?

Nada: una caballada recogida por Mena y echada por equivocación en el corral donde estábamos nosotros. En seguida los soldados empezaron a despalmarse, el silencio reinó de nuevo, y de nuevo nos entregamos al sueño sobre el piso de estiércol y bajo una lluvia fría que atería los miembros.

III

—A formar! A formar, que es tarde! — gritaron los oficiales.

No era muy tarde, sin embargo, pues recién empezaba a aclarar; pero los oficiales lo afirmaban y ya se sabe que los soldados tienen que dar la razón a los oficiales aunque éstos digan que es de noche a medio día. Quedamos conformes, por lo tanto, en que era tarde, y empezamos a levantarnos de entre el fangal, más cansados, con el cuerpo más dolorido que en la noche anterior, y el estómago más que nunca atacado de lo que Chabrier llamaba el *hambre vieja*.

Mientras en el corral inmediato se agarran unos caballos que Mena ha recogido en la noche, nosotros formamos con bastante buen humor.

—Lo que es mi caballo, lo siento bastante *aplatao* — dice uno, palpándose las piernas.

—Y el mío está *espiao* que es una lástima — profiere otro cuyos pies descalzos están llenos de rasguños e hincaduras de rosetas.

Vemos al general Arredondo hablar con el baqueano Romero y oímos a este último decir:

—Unas doce leguas de aquí.

No sabemos qué significan esas doce leguas, pero no nos dejan muy satisfechos.

En marcha! . . .

La mañana estaba fresca, el cielo brumoso y el campo emblandecido, todo lo cual hizo menos penosa la jornada volviéndonos el buen humor que pocas veces nos abandonaba, y durante las primeras horas de aquella marcha un murmullo continuo brotó de las filas. La conversación era general, y hasta el tema era el mismo entre todos los soldados; se hablaba de mujeres, de esas mujeres que no veíamos hacía mucho tiempo, y con ese motivo contaban varios sus aventuras de Entre Ríos, de las cuales si algunas eran ciertas, la mayoría encerraba una veracidad muy problemática. Allí, recién se supo ciertamente quiénes eran los autores del célebre estupro que tanto dió que hacer a los jefes. El hecho fué curioso: cuatro jóvenes, se acercaron de noche a una carreta en la cual estaba un matrimonio correntino con una niña de doce a trece años, y aquéllos — por pura broma, según decían — ofrecieron diez nacionales al padre, si les daba la hija a lo que el otro accedió, pero no es necesario decir que los enamorados no tenían ni diez centavos, cuanto más

diez nacionales, por lo cual dijeron al correntino que volverían más tarde.

Volvieron, en efecto; pero ocultándose, y gracias a la oscuridad de la noche y a yo no sé qué ardides, lograron salir con la niña y llevarla al monte. Cuando al día siguiente, el mercader correntino supo lo ocurrido, su indignación de padre... explotado, no tuvo límites, y se presentó al comandante Domínguez exigiendo el castigo de los culpables.

El hecho era grave, y el jefe mandó formar el batallón en dos filas, colocadas frente a frente y por en medio de las cuales pasó la mujer y el marido mirando atentamente a todos los soldados, sin poder conocer a los perpetradores del delito. Uno de ellos, el más culpable quizás, tuvo el cinismo de decir, cuando lo observaban los correntinos:

—Si se parece a la madre, ha de ser buena la chiquilina.

El crimen quedó oculto a pesar de las investigaciones practicadas, y ahora cuando los mismos actores se delataban, los oficiales reían, como los demás, al oír ciertos detalles del hecho.

Al mismo tiempo que éstos, otros contaban sus aventuras amorosas: las muchachas compradas a igual precio que un vaso de leche; los asaltos a las matronas entrerrianas en las barbas del marido, y finalmente, la narración sentimental de un *gaucho pueblero*, quien había encontrado en Corrientes, un chalet suizo, y en el chalet una rubia a la cual había rendido con una serenata: había hablado largamente con ella; le había dicho que era huérfana, que se encontraba de chiquita con aquellos miserables a quienes uchaba y le

había prometido abrirle la ventana a la noche siguiente. Como la historia concluía aquí, le preguntamos si no había vuelto.

—Volví, — respondió con tristeza más sentimental todavía, — volví; pero dió la casualidad que los perros habían sido soltados esa noche.

Poco a poco, las conversaciones fueron cesando; la marcha era ya muy penosa, los cartuchos mortificaban horriblemente; el remington mismo era insportable y por más posiciones que se le diera no se podía ya con él. El hambre y la sed nos hacía sufrir tormentos indecibles y hubo muchos compañeros que cayeron, no pudiendo andar más, y a los que fué necesario llevar a las carretas. Por fin a la una y media se mandó hacer alto, y acampamos en un estrecho valle, rodeado de colinas, y surcado, por un arroyito. Mientras se carnea juntamos leña para hacer fuego y vamos a la cañada para saciar la sed; muchos están allí, todavía, echados de barriga, bebiendo con ansiedad, cuando el clarín toca a reunión.

Es que el enemigo se acerca en gruesas columnas y va a ofrecérseles batalla. Hace tanto tiempo que ambicionamos encontrar a ese enemigo; son tan grandes nuestros deseos de utilizar las armas, de entrar en combate, de probar nuestra fuerza, que el cansancio desaparece, la fatiga huye, y marchamos entusiasmados ascendiendo una pequeña colina donde se van a tomar posiciones. Sobre la cuesta oriental de la colina, forma en batalla el batallón 1º de infantería; a la izquierda, escalonando están los batallones 2º, 3º, 4º y 5º. A nuestra derecha y sobre una explanada está el general Arredondo, jefe de la reserva, rodeado de sus ayu-

dantes, y más allá sobre otra explanada el general Castro, jefe de la vanguardia.

Sobre la cuesta occidental de la loma se tendieron en guerrillas el batallón 4º y la mitad del tercero. A la derecha se colocó el 5º y a la izquierda, sobre un alambrado, el 2º. Una fuerza de caballería guardaba el flanco izquierdo; otra el derecho y una tercera quedó a retaguardia.

A las dos de la tarde empezó el fuego de la vanguardia enemiga que avanzaba oculta, por lo que la primera mitad del batallón de italianos, a las órdenes de Octavio Ramírez, tuvo que avanzar bajo una fusilería nutrida, hasta descubrirla; pero no pudiendo sostenerse, se replegó un tanto a retaguardia, mientras llegaba de refuerzo la otra mitad del batallón.

Entonces empezó un tiroteo continuo por parte del enemigo, y una contestación prudente de parte de los italianos que antes de hacer fuego, miraban bien al enemigo y tiraban sobre él hasta que había dejado de moverse: entonces buscaban otro blanco.

Nosotros, nada vemos; sólo oímos el tiroteo, y al ver que el batallón de Amilivia, se pone en movimiento para marchar al campo de batalla, los soldados del 1º se quejan y ruegan al jefe se les haga tomar parte en el combate según le corresponde por orden numérico, pero el general Arredondo se niega a conceder el permiso. Aquello es sólo una escaramuza y él tiene reservados mejores platos a su batallón Escolta, su *Guardia Vieja*.

En tanto, allá en el llano, las fuerzas santistas, quemadas por el fuego certero de los italianos, se corren a la derecha de nuestro frente, y es recibida por

una descarga convergente que le hace el batallón 4º oculto en un accidente del terreno. Entonces, los santistas cedén, la derrota se produce, y emprenden la retirada, arreando por delante una gran caballada. En esos momentos llega el comandante Mena, y haciendo alto en una cuchilla, a nuestra derecha, propone al general Castro perseguir al enemigo y quitarle los caballos, con lo cual podría montar casi toda la infantería.

El general Castro manda:

—*Pie a tierra y desensillen* (?)

Eran las 3 y 1/2 cuando cesó el fuego, y regresaron en medio de las más entusiastas aclamaciones, las fuerzas que habían tomado parte en la pelea, que no eran más que los italianos de Ramírez y el 4º batallón de infantería a las órdenes del comandante Ordóñez: 180 hombres en todo. Las fuerzas del gobierno mandadas por los coroneles Villar y Suárez estaban constituidas por la división de Paysandú; dos compañías del batallón 3º de cazadores y el 1er, regimiento de caballería de línea, al mando de Villar, lo que componía un total de mil y tantos hombres. Los que creían pues que los *muchachos montevideanos* no podrían competir con los soldados disciplinados de Santos, se engañaban completamente.

Gracias a la buena posición que ocupaban nuestras fuerzas, sus bajas fueron mucho menores; mientras el enemigo tuvo cuarenta y tantas, entre muertos y heridos, nosotros sólo tuvimos veinte, once muertos y nueve heridos.

Rebosando alegría y orgullo al sentirnos acariciados por la victoria; seguros más que nunca de que la suerte, — cansada de hostilizar la buena causa, — guiaría al fin el estandarte de rebelión, sentíamos renacer el vigor en el espíritu y la fuerza perdida en los fatigados músculos. No más revoluciones perdidas! No más sacrificios estériles! Si éstos sucumbían ¿qué esperar?... Ya los bardos habían agotado el estilo de Juvenal; ya los caudillos desaparecían de la escena dejando el recuerdo de sus proezas, no historiadadas; ya los viejos ciudadanos, encanecidos en la tribuna y en la prensa, se retiraban de la lucha, llenos de pesadumbres y decepciones: ya sólo restaba abandonarse con resignación mahometana y esperar que se cumpliera la voluntad de Alah!... Pero no! El último heroísmo, ideado por los patricios, ejecutado por la juventud, dirigido por los caudillos y animado por los bardos, debía imponerse, debía triunfar!

IV

A las seis de la tarde ya estábamos en marcha, y cuando se ha andado un par de leguas vuelve a llover.

La fatiga es cada vez mayor, la cartuchera semeja un anillo cortante que se hunde en la cintura y la mortifica hasta el punto de que parece llevamos el cuerpo separado en dos mitades; la proveedora es otra cuchilla que corta el hombro, y el fusil, lo cambiamos inútilmente de un punto a otro sin encontrar alivio. La cabeza nos duele como si estuviéramos recibiendo martillazos; la vista se nubla, los oídos zumban y el vértigo nos amenaza a cada instante. Sen-

timos un dolor continuo en los riñones, un dolor horrible y semejante al que produciría un peso enorme colocado en esa región. Los pies están horribilmente hinchados y en la planta, convertida en llaga, experimentamos dolores punzantes, cual si fuéramos andando sobre alfileres. La voluntad tiene que intervenir en cada paso que damos; pues las piernas extenuadas no se mueven ya automáticamente. La sed, el hambre y el sueño son tres monstruos más que se unen para torturar nuestros organismos, pobres organismos que ceden, que se mueven apenas como máquinas descompuestas que son, con las vísceras maltratadas, los músculos laxos y sólo la voluntad viva y enérgica, imperante, despótica, gritando siempre: ¡Adelante!

Llega la noche, oscura, fría, con truenos apagados, lejanos, y una lluvia incesante que azota nuestros cuerpos desnudos. Muchos que durante el día han marchado con paso seguro, haciendo esfuerzos heroicos, se doblegan, se abandonan en la oscuridad y a cada instante, el caño de un fusil echado al hombro golpea al compañero de atrás, o choca con otro fusil produciendo un ruido extraño en el silencio que reina en la columna. Cada vez que se manda alto, el ejército entero se desploma a un tiempo y queda inmediatamente dormido y a la voz de marcha, a los 15 minutos, muchos quedan tendidos y hay que zamarrearlos o golpearlos con el pie para que se levanten. Otros no pueden ya andar y es necesario conducirlos a los carros.

Se nos dice que el enemigo nos persigue de cerca, y se prohíbe fumar, hablar y producir cualquier ruido, con lo que aumenta la ya imponente tristeza de aquella *vía crucis*. La sed es tan grande, que a ca-

da parada los soldados se arrojan al suelo y chupan el pasto mojado o beben el agua depositada en los pocitos que han dejado los cascos de los caballos en la tierra blanda. Algunos hay que se echan en la boca montones de pasto y tierra, para provocar la salivación; pues las fauces secas producen un tormento horrible, un cosquilleo desesperante, algo así como si se respirara fuego. Los labios, caídos, secos, agrietados, no tienen fuerza para moverse, ni aire los pulmones para hacer vibrar las cuerdas vocales, por lo que es bien inútil la orden que prohíbe hablar. Si algunos labios se mueven, lo hacen para dar paso a un gemido sordo, o para articular una blasfemia. He oído varias veces esta frase pronunciada por diversos soldados:

—¡Ah, Santos, si pagarás todo esto!

Y en tanto, el ejército, semejante a un escuadrón fantástico arrastrando en la noche sus harapos y sus odios; llorando en silencio porque las piernas se doblan y el cuerpo se encorva mientras la cívica virilidad sostiene el cerebro, marcha, marcha, perseguido de cerca por un enemigo relativamente formidable, e impotente por lo tanto para hacer alto, dar vuelta cara y disputar la victoria.

Toda la noche dura aquella horrible jornada en la que han caído muchos desgraciados, y cuando aclara el día, en vez del reposo que esperamos, se apresura la marcha, se disminuyen los descansos, pues llega el parte de que la vanguardia de Santos está encima. Al fin es ya imposible continuar adelante, y a las ocho de la mañana, hacemos alto en los corosos, después de una marcha consecutiva de catorce horas largas.

XIV

31 DE MARZO

Mudos terribles

Los bravos combatientes se invistieron,
Así van los relámpagos buscándose
En tempestuosa noche por los cielos.

Victor Hugo.

I

A nuestro frente corría un pequeño arroyo sobre un lecho de pedregullo y con dos o tres sauces raquíuticos en las riberas. Y nada más; la llanura verde se desplegaba a nuestra vista, sin un árbol, ni una loma siquiera que nos resguardara del sol, ese sol de las mañanas de estío, que en el descampado, marchita las flores y levanta la epidermis. Sin embargo, bien satisfechos quedamos con hacer alto, aunque no nos fuese dado descansar cómodamente a la fresca sombra de una arboleda.

Se mandó formar pabellones y con los fusiles y los pañuelos se improvisaron carpas. En seguida dió comienzo la operación, para nosotros difícil, de *desollar* los corderos, grato presente con que nos obsequió el comandante Mena. Al mismo tiempo se hacía fuego y se calentaba agua para el mate, y así es que una

oveja estaba medio desollada se arrancaba trozos que se arrojaban en las brasas; el hambre era grande y la confianza poca para que se perdiera tiempo en sacar los asados *racionalmente* y en confeccionar asadores. Por otra parte, los más listos churrasquearon y se tendieron a dormir mientras se despachaban los otros.

Nuestro estado no podía ser más lamentable, nuestra situación más crítica y cada vez que nos contemplábamos renacía en nuestra memoria el recuerdo de aquel ejército de Italia que pedía pan y zapatos. Venced y los tendréis — había dicho Napoleón; nosotros ni aun venciendo los tendríamos. Toda la infantería era una banda de harapientos, y más especialmente el batallón primero, pues su uniforme — que había sido confeccionado en Buenos Aires para la revolución del 80 — se rasgaba por todas partes. Muchos soldados vestían ya de particular, pero esos mismos trajes eran mugrientos y rotos. Durante la penosa marcha sostenida hubo que arrojar los zapatos napolitanos, pues aquel cuero duro y áspero destrozaba los pies sin calcetines, y anduvimos descalzos, ora sobre el pasto cubierto de rosetas, ora sobre los terrones endurecidos; de tal suerte que nuestros pies estaban diformemente hinchados, la planta llagada, y todos ellos cubiertos de rasguños por donde chorreaba sangre.

Muy pocos conservaban la casaquilla, casi todos llevaban por único abrigo una camiseta de lienzo. En la cabeza, sobre la cabellera que caía hasta los hombros, ostentábamos un gacho informe, o un kepí descolorido, deformado y con la visera resquebrajada, cuando no con un pedazo o la totalidad desprendida. Nuestras

manos eran dos masas negras y lustrosas donde las uñas blanqueaban, resaltando como cuerpos extraños. Nuestros rostros tostados por el sol, enflaquecidos por la fatiga, tenían una expresión indefinida de tristeza y cansancio, al mismo tiempo que líneas enérgicas le daban ese hermoso aspecto de virilidad que estampa el sufrimiento soportado con entereza; ese sufrimiento en holocausto de una grande idea y que al debilitar fortifica. Las piernas entorpecidas, podían andar aún; el brazo que parecía amenazar desprenderse del hombro, estaba apto aún para manejar el fusil, y la cintura soportaría aún el terrible peso de trescientos cartuchos, porque coronando ese organismo existía una pequeña caja o sea donde reinaba un gigante invencible, la voluntad. Además, tras aquella jornada de catorce horas, el descanso había llegado. El lecho de grama mitigaba la fatiga, un arroyo de aguas límpidas y frescas corría al alcance de nuestras manos y allí bebíamos con fruición indescriptible; los fogones ostentaban abundantes y soberbias brasas; los capones estaban prontos, desprovistos de la piel, hermosos con las aponeurosis nacaradas que dejaban transparentar el color rojo de la carne. ¡Con qué placer nos tendíamos en la yerba! ¡Con qué satisfacción bebíamos! ¡Con qué alegría mirábamos el prometido manjar! ¡Ah! Es preciso estar rendido de cansancio, muerto de hambre y de sed, para comprender el verdadero significado de los vocablos: *descansar, beber, comer.*

Ya íbamos a saborear nuestra fortuna, cuando una voz nos llena de consternación y de rabia: es la voz del clarín que suena llamando a formar.

Se abandonan los fogones, se arrojan los asados;

los soldados comen apresuradamente, se rompen pabellones; a los dos minutos la columna está formada, se oye la voz de ¡marchen! y, el arma al hombro, el paso torpe y la cabeza gacha, los soldados se alejan lanzando miradas lánguidas a los capones que quedan abandonados como víctimas sacrificadas inútilmente.

¿Qué hay?

Lo de siempre: el enemigo que nos hostiga.

¿Dónde vamos?

¡Quién lo sabe!

II

El descanso, bien que corto ha calmado en algo nuestros sufrimientos y vamos de nuevo alegres, todo lo alegres que la situación nos permite estarlo.

En las hileras de la cabeza, un soldado ha tenido la idea original de ir arrancando las hojas de una novela, *La boca de la señora X*, y pasándolas de mano en mano; de tal suerte que a poco casi todo el ejército lee, sin dejar de marchar, una misma novela al mismo tiempo y un mismo ejemplar. Esto nos ha divertido hasta el punto de no parar mientes en los disparos de fusil que, lejanos todavía, resuenan en nuestra retaguardia.

Estos disparos sin embargo, se hicieron tan nutridos y cercanos que el general Castro mandó parar a retaguardia la caballería de Mena. Por un instante, sólo un instante, el fuego se sostuvo; bien pronto aquel valiente jefe se vió obligado a replegarse, y entonces comprendimos que era llegado el momento decisivo.

El enemigo nos alcanzaba al fin y forzoso era aceptar el reto. La batalla iba a empezar.

Tres batallones de infantería mandados por Amilivia, Visillac y Ramírez respectivamente, se extienden en guerrilla, mientras el grueso del ejército continúa la retirada a paso regular y en columna cerrada. En vano Mena, aquel joven e intrépido jefe, de gallarda figura y rostro de héroe, se revuelve furioso intentando detener al enemigo. El fusil, la metralla y el cañón, diezman su pequeña fuerza y tiene que retirarse conjuntamente con los coroneles Burgueño y Salvañach.

Las detonaciones se repetían sin cesar, el humo subía nublando el horizonte, el combate con todo su horror estaba ante nosotros. ¿Qué pasaba en el ánimo de mis compañeros en aquel instante? No sabría decirlo. Yo sólo sé que una conmoción muy grande recorrió mi cuerpo; yo sólo sé que el fragor del combate repercutía en mis oídos como si todas las metralhas reventasen dentro de mi cráneo; sólo sé que sentí las balas silbar a mi lado, que vi caer los compañeros, que oí lamentos, que vi sangre brotar de cuerpos caídos... y no sé más. Si aquello no fué el miedo no sé que nombre darle. Después, sin advertirlo casi, el frío que recorrió mi cuerpo, fué desapareciendo, el ansia huía, se disipaba la sombra en mi cerebro y torné a ver.

Marchábamos por un llano. A la derecha se elevaba una casa; a la izquierda unos corrales de piedra, y, al frente, lejos aún, unos árboles muy altos dibujaban vagamente su porte. A nuestra retaguardia, la metralla rugía ensordecedora, tronaba el cañón, y el *porrón* de la fusilería no cesaba un momento. Por los

flancos, dos alas enemigas se abrían para envolvernos.
¿Qué hacemos en tanto?

Marchar, marchar en silencio, con el arma al hombro, mientras la muerte ruge a nuestras espaldas, mientras la tempestad nos rodea y el deseo de matar despierta en nuestras almas, avasallador, terrible, ahogando todos los sentimientos y dominando todas las reflexiones.

El instinto de nuestros abuelos, el instinto de la fiera salvaje renacía en nosotros con el fragor de la lucha y el olor de la pólvora. Cuando la granada cae y revienta a nuestro lado levantando un torbellino de polvo y sembrando la muerte alrededor, un goce extraño nos invade, una satisfacción misteriosa nos domina. Así deben gozar los criminales cuando sus manos se manchan con la humeante sangre de la víctima!

Un clamoreo inmenso se levanta en el ejército revolucionario, dominando el estampido de las balas.

“¡Muera Santos!”

“¡Mueran los tiranos!”

“¡Viva la patria!”

“¡Viva la revolución!”

Y los vivos y los mueran se cruzan como saetas terribles aumentando la baraúnda infernal entre la cual se agitan unos hombres que no son ya los mismos de momentos antes. Yo los veo pálidos, con los labios contraídos y con extraños reflejos en los ojos desmesuradamente abiertos. Yo los veo agitar los fusiles con impaciencia, oprimir la cartuchera con mano febril, cual si temieran perderla y saludar con alaridos feroces al pabellón azul y blanco que flotando entre el humo, parece la molécula central que sujeta las otras moléculas

con poderosa fuerza de atracción. Y veo en fin, allá, entre el humo también, serenos e impassibles sobre los corceles encabritados, a nuestros bravos jefes, dignos jefes de aquella valiente muchachada.

A veces el cañón fatigado cesaba de hablar y las detonaciones se apagaban por un momento para luego renacer más terribles que nunca.

En tanto la marcha sigue en columna cerrada, el paso regular, el arma al hombro. Todos los soldados piden pelea, pero se niega el asentimiento y continuamos la vía crucis. Al llegar a los palmares, creemos que se tenderá batalla; mas no es así: la retirada continúa. En estos parajes, el suelo está sembrado de "*bouthias*", la hermosa fruta de las palmas, y nosotros hacemos buena provisión de ellos.

III

A las tres de la tarde, el general Arredondo pide su *guardia vieja*, el batallón 1º de infantería al mando del comandante Rufino Domínguez, y ordena se extiendan en guerrilla la tercera y cuarta compañía a las órdenes de sus respectivos jefes los capitanes Juan A. Smith y Felipe D. Segundo. La primera y segunda compañía quedan de reserva. A poco llega el coronel Martínez, pide el mando de las dos compañías de reserva y marcha con ellas para tenderlas en guerrilla sobre el flanco izquierdo del enemigo.

En medio de vivas entusiastas, el batallón pelea dignamente, alentado por la presencia de su jefe, el comandante Domínguez, quien recorre la línea dando órdenes con serenidad y entereza.

Allí estaba aquel batallón primero, el gallardo batallón Montevideo, que arrancaba una sonrisa de compasivo desdén a los hombres prácticos. Muchachada, pobre muchacha de ciudad, acostumbrada a las comodidades y para quien el estampido del cañón era una armonía desconocida! ¿Qué iba a hacer en el momento de peligro? ¿De qué manera resistiría a las fuerzas disciplinadas del gobierno? Los que no conciben el valor más que encerrado en una constitución robusta, mal podían aceptarlo en jóvenes endebles, en los cuales pocos días de privaciones habían hecho tan grandes estragos. Aquellos rostros imberbes, enjutos y pálidos; aquellos miembros delicados, aquellos espíritus puebleros, cederían al primer encuentro y no desempeñarían en la revolución otra misión que la de *hacer bulto*.

¿No era ese el concepto que merecíamos a los jefes gauchos encargados de darnos pasaje para Buenos Aires?

¿No era ese el concepto que merecíamos a los hombres sensatos de Montevideo?

¿No era eso lo que de nosotros pensaban los que nos veían pasear andrajosos por las calles bonaerenses?

“Muchachos locos”, fué el calificativo más benévolo que merecimos de las personas que se preciaban de entender las cosas y conocer el mundo, mientras otras, las más, nos enviaban una mirada despreciativa y nos llamaban pedantes, insensatos y qué sé yo cuántas otras bellas cosas.

Y bien, allí estaban. El día 30, el batallón primero había pedido el honor de entrar en batalla, protestando amargamente de la injusticia que se les hacía, dejándolo de reserva, cuando por su número le correspon-

día el primer puesto. El 31 solicitó varias veces que se le permitiera pelear, y cuando el general Arredondo asintió a sus deseos, el entusiasmo no tuvo límites.

Sin comprender nada, sin darse cuenta de nada, cegados por el entusiasmo, por la confianza, por el amor a la patria no sospecharon que desde el primer momento la derrota era segura. ¿En qué número estaba el enemigo? ¿En qué proporción se hallaban las fuerzas? Ni lo sabían ni querían saberlo. Ellos pensaban tan sólo que la tiranía no podía ya resistir, que el ejército del déspota era impotente para luchar contra un grupo de ciudadanos dispuestos a morir por su patria. Calculando las probabilidades del triunfo por la nobleza de la causa y el valor de sus defensores, el número no significaba nada para ellos.

Antes de abandonar Buenos Aires sabían que Santos poseía veinte mil hombres sobre las armas, y sin embargo, ni por un momento les amedrentó la noticia ni creyeron en la derrota. Por eso el 31 de marzo, hacían fuego sin descanso, vivando a la patria y anatematizando al tirano, desde la cumbre de aquella loma cuyos menores detalles viven aún en mi memoria.

Las balas silbaban de un modo espantoso, oíase el continuo y monótono *pororó* de la fusilería, interrumpido en intervalos regulares por las roncadas detonaciones del cañón cuyos proyectiles pasaban sobre nuestras cabezas e iban a dar sobre una loma inmediata, levantando una nube de guijarros y de polvo. En medio del humo que nos envolvía semejando un inmenso incendio, veíamos allá a lo lejos un batallón cuyos soldados llevaban una boina de vasco encarnada. Aquellos soldados tiraban tan mal, que ni una sola bala

nos alcanzó, por lo que creímos que estuvieran de nuestra parte, doliéndonos hacer fuego sobre ellos, pero bien pronto fué sustituido por el primero de cazadores que empezó a herirnos terriblemente. A tal ataque, respondió igual energía de nuestra parte, tirando con furor y deseando hacer veinte disparos en vez de uno por cada vez. La maniobra de cargar y extraer la cápsula parecíanos en exceso larga, envidiando al capitán Smith que hacía fuego descansadamente con su chassepot, y para vencer la dificultad lanzábamos veinte vivas y mueras entre tiro y tiro, vivas y mueras que en el fragor de la batalla se elevaban como un clamoreo infernal, haciendo la escena más espantosa de lo que era ya de por sí. Por desgracia las municiones escasearon. Casi todos habíamos gastado las que llevábamos y hubo quien ofrecía dinero por balas. Precisamente, en ese instante el coronel Amuedo, jefe del batallón 1º de cazadores, apareció ante nosotros ostentando una larga capa blanca que lo distinguía entre todos y lo hacía visible a la distancia presentando un blanco seguro.

¿Por qué hacía aquello?

Porque estaba tísico y deseaba la muerte, — decían unos; porque era muy valiente, — decían otros. Más fuere lo que fuere, aquella acción heroica, aquel desafío audaz de un jefe santista, nos pareció un insulto, un desprecio a nuestras armas, —y a la patria, desde luego,— y no viendo más nada, no pensando en más nada, todo el batallón, los oficiales entre él, apuntaron al jinete de la capa blanca. Fué una verdadera descarga, hecha sin que nadie lo ordenara y como si todos los soldados se hubieran puesto de acuerdo tácitamente. Cuando el humo se disipó, todas las mira-

das convergieron a un mismo punto y vimos con profunda rabia que el intrépido jefe permanecía a caballo, indiferente a las balas. Entonces ya no hubo descarga: fué un incesante tiroteo hacia aquel hombre audaz e invulnerable que paseaba entre balas sin encontrar una que lo hiriera. ¡Con qué odio hacíamos fuego! Cada tiro iba acompañado de una maldición; pero ni las maldiciones ni las balas daban en el blanco, y los soldados llegaron a creer que no vencerían si no derribaban aquel nuevo Aquiles. En aquellos momentos el combate arreciaba; el enemigo incomodado por una retirada que llevaba ya muchas horas y no comprendía como un puñado de hombres resistía tanto, aumentó sus fuegos. Era una verdadera lluvia de proyectiles, un ensordecedor rebramar de metrallas y cañones, un denso nubarrón de humo que oscurecía el horizonte y un espantoso choque de armas.

IV

Habíamos entrado en un callejón alambrado, que podía tener lo menos 40 varas de ancho, y en ese callejón, la marcha era terrible, pues la metralla enemiga hacía buena presa en nuestras filas apeñuscadas. Como la sed nos devoraba y allí existían algunos charcos de agua cenagosa, nos lanzábamos a ellos, y en esos momentos se acercó a nosotros el general Arredondo, respondiendo a los vivos entusiastas con un:

—No tomen agua, muchachos, — dicho con su habitual voz calmosa.

La gritería era tanta y tan repetidos los *vivas* y *mueras*, que no se oía una voz de mando y entonces el

valiente coronel Martínez trató de calmarnos, diciéndonos con aire alegre y jaranista, que, “para ser buen soldado era menester no olvidar que el callar era de plata y el silencio de oro”.

Su advertencia fué bien inútil y vano su empeño; estábamos ya demasiado seguros de la derrota, para que nos priváramos el placer de vivir la libertad y maldecir al tirano durante el poco tiempo que nos quedaba de soldados y acaso de vida.

Ya muchos compañeros habían caído, y otros seguían cayendo en aquel callejón funesto. Teófilo Gil, el valiente periodista; Sampere, Ximénez, Murfer, Zulueta, Baldomero Taladriz, Julio de Viana y el inimitable Ermo, habían muerto ya, y todos nosotros esperábamos por momentos que nos tocara la misma suerte. El sargento Juan Antonio Magariños, cayó mortalmente herido y al ir a socorrerlo su hermano menor, el subteniente Mateo Magariños, lo rechazó diciéndole con energía inconcebible:

—¡Déjame! voy a morir y no preciso socorro; ve a cumplir con tu deber.

Era ya la tarde, y aunque la retirada continuaba en orden, aunque los revolucionarios no se rendían, el fin estaba ya previsto y la derrota no debía tardar. En efecto, la caballería había huído y de los mil hombres de infantería apenas quedaba un puñado de soldados. Todo el batallón de italianos mandado por el comandante Ramírez, había sucumbido; el batallón Montevideo se hallaba diezmado y los otros, más o menos lo mismo. Además el enemigo, impacientado por una victoria que le costaba tanto, se dispuso a ultimarnos. Vemos cerca ya la caballería al mando del

coronel Villar, preparándose para traernos la carga, y se mandó formar grupos de a cuatro. Al lado nuestro, el general Arredondo hablaba tranquilamente con sus ayudantes. El comandante Domínguez se le acercó entonces, y le pidió órdenes.

—No soy yo quien debo darlas, — contestó Arredondo, — el general Castro es el jefe, diríjase usted a él.

En efecto; cuando se produjeron las disensiones entre ambos generales, motivadas por las intrigas de unos cuantos ambiciosos, se convino que Castro sería el jefe mientras el ejército operase al Norte del Río Negro, y Arredondo cuando al Sur.

Pero Castro no estaba allí, y cuando se le encontró, su única orden fué mandar se levantara bandera de parlamento.

¿Todo concluía pues, y era preciso rendirse? Aquella revolución invencible, aquellos bizarros batallones, aquellos jefes ilustres, ¿se hundían, se evaporaban en un día? Todo aquel movimiento, preparado con ciega fe y noble entusiasmo ¿no pasaba de ser un sueño, una pesadilla, que al despertar se recordaba apenas?...

No era así, no, como habían peleado Artigas y sus bravos gauchos!

No era así, no, como habían combatido Lavalleja y sus secuaces!

Y sin embargo, los soldados de Artigas y Lavalleja, no eran mejores que los soldados de Arredondo y Castro. No estaban, seguro, animados sus corazones por más ardoroso patriotismo, ni era el valor de los soldados gauchos mayor que el valor de los soldados montevidéanos. Ellos habían luchado con de-

nuedo: ellos habían combatido con desesperación contra la fatalidad empeñada en sostener el crimen y escarnecer la virtud; ellos batallaban aún, porque la bandera de parlamento la levantó el jefe que huía, no ellos; y a pesar de esa bandera el fuego prosiguió, más nutrido quizá, en las filas revolucionarias, y los victores a la patria y los mueros al tirano resonaron, dominando un instante el estampido de una metralla, y llegaron a los oídos del enemigo, unos y otros, cada vez más imponentes, más soberbios, más terribles, porque esta vez eran la voz de la impotencia, de la desesperación y del odio. . .

Media hora pasó. El cañón rugía como jagua-
reté que se siente ansioso de ultimar la presa. Denso humo negro se extendía sobre el llano y ascendía lentamente en pardas espirales hacia el cielo gris, donde también bullía la tormenta, pronta a estallar. Allá, en el ocaso oscuro, el sol muriente dibujaba una línea roja, semejante a un relámpago inmóvil, durmiendo sobre las nubes negruzcas. Eran las cinco y media de la tarde, y tras seis horas de combate contra los cinco mil soldados que constituían la vanguardia del ejército del gobierno, no quedaba ya de aquella revolución en que el país cifraba su última esperanza, más que un puñado de valientes, extenuados, rendidos, muertos de sueño, de hambre, de sed y de fatiga, sin jefes, sin dirección, sin esperanza. La metralla enemiga tronó furiosa; una terrible descarga de fusilería resonó en el llano; la mitad de aquellos valientes cayeron; los que restaron de pie respondieron a la descarga.

Fué la última. La bandera blanca volvió a fla-

mear de nuevo en cambio de la bandera de la patria, que de nuevo se replegaba. Alfredo Vidal y Fuentes, nuestro esbelto y valeroso abanderado, arrancó del ástil la suya, —una reliquia de la revolución tricolor del 75,— y porque no fuera humillada, ya que dos veces vencida, la rasgó en mil pedazos con sus dedos febricantes.

La revolución había muerto.

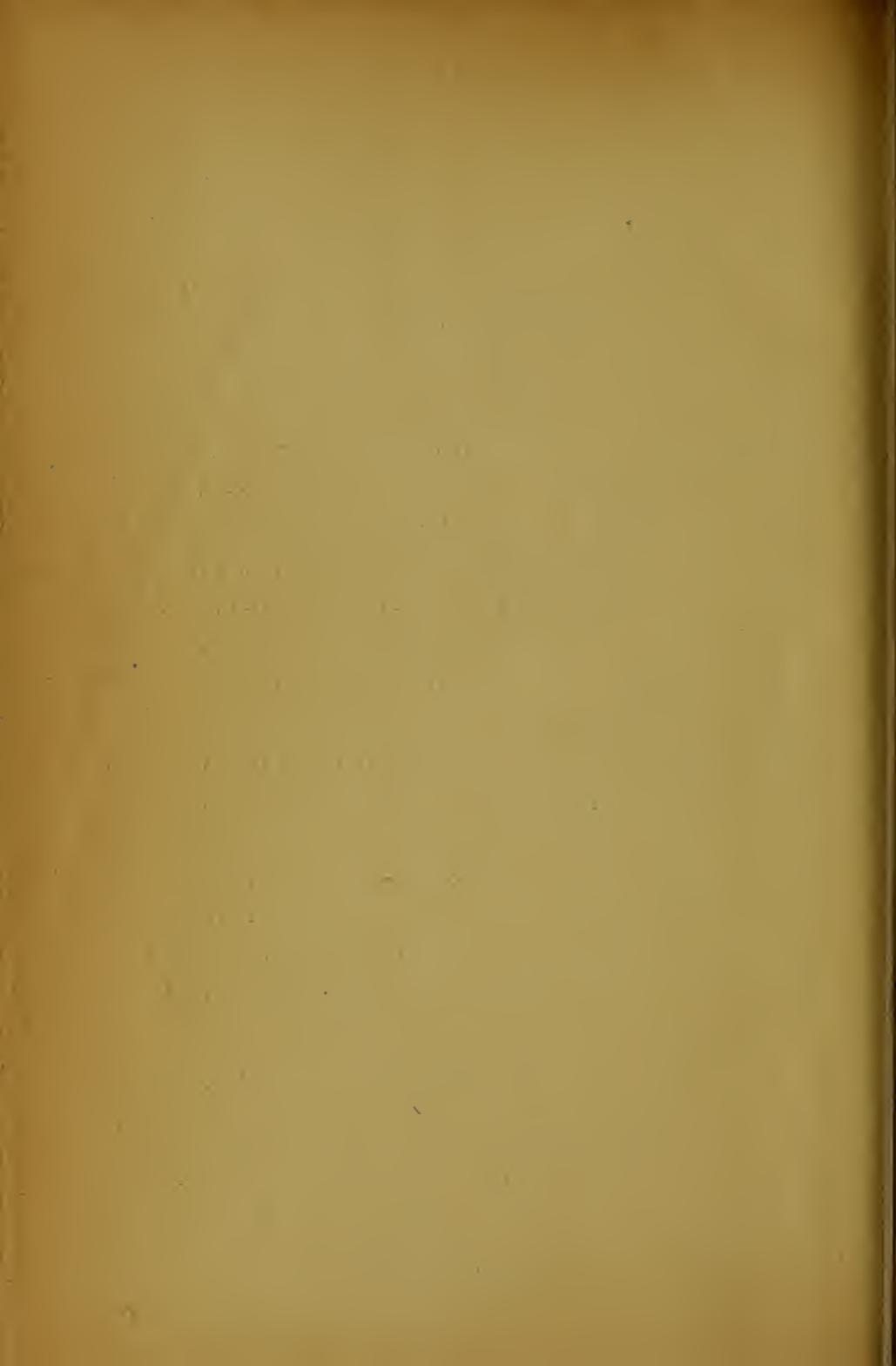
La patria volvía a vestir de luto.

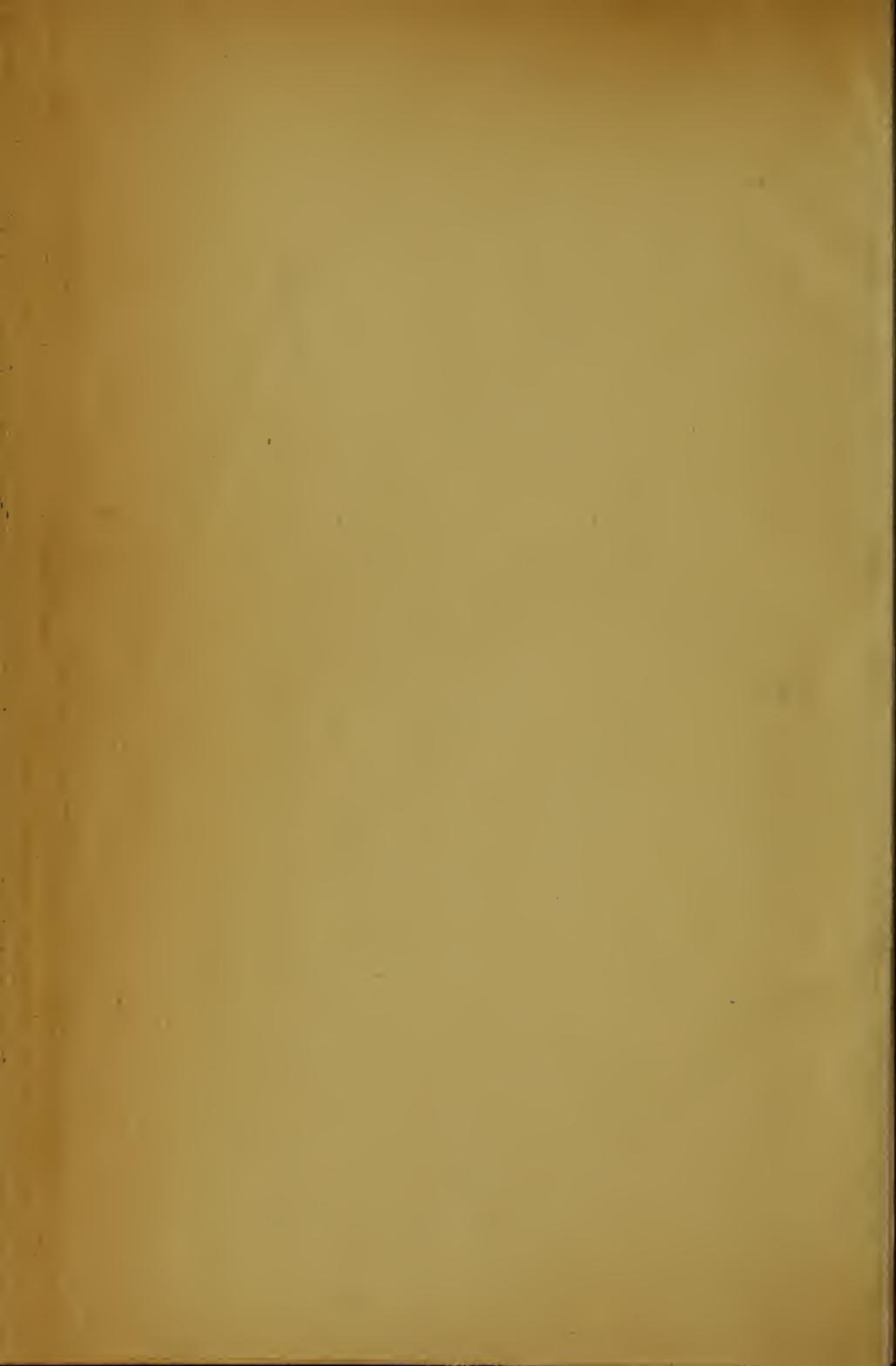
Javier de Viana.

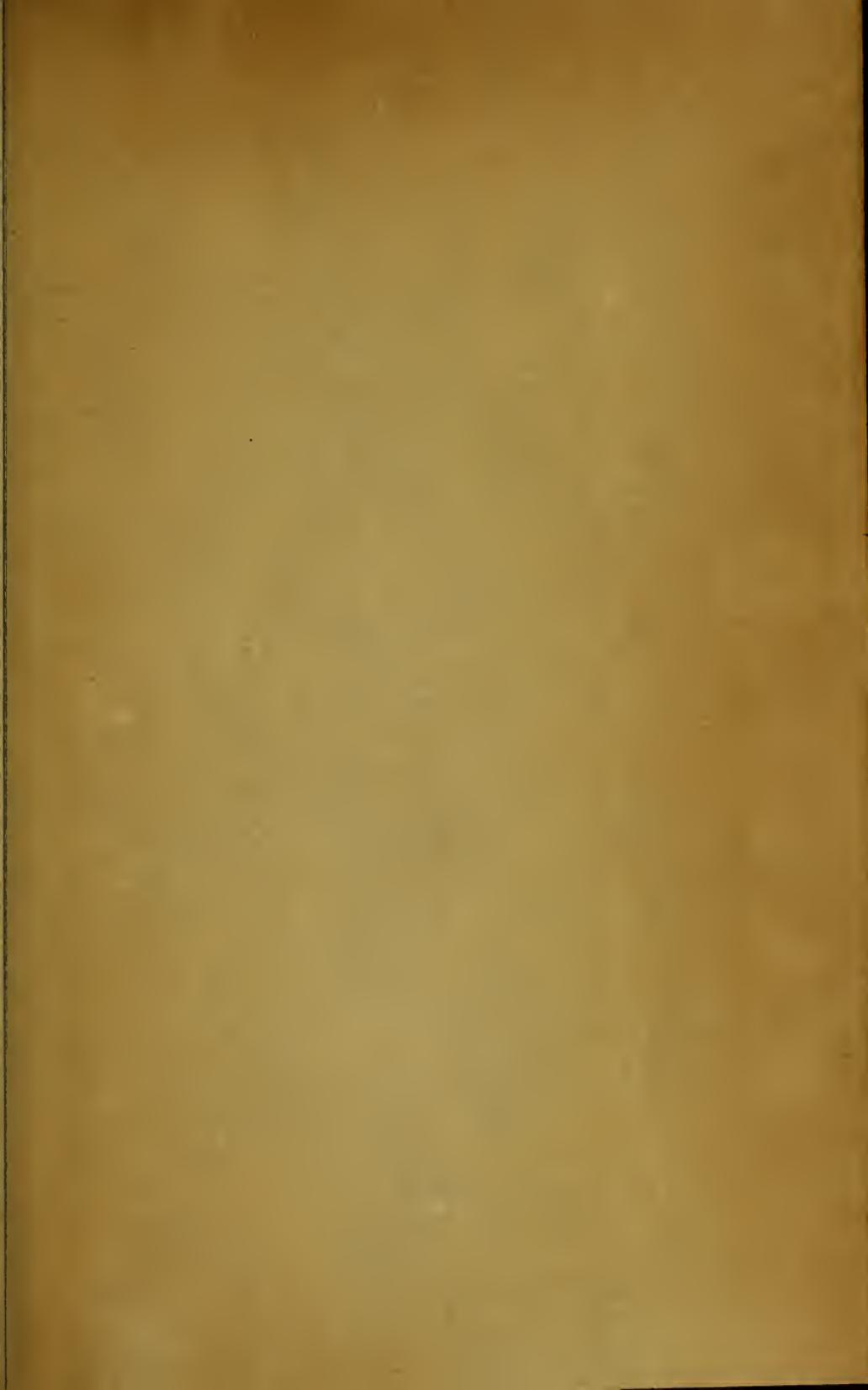


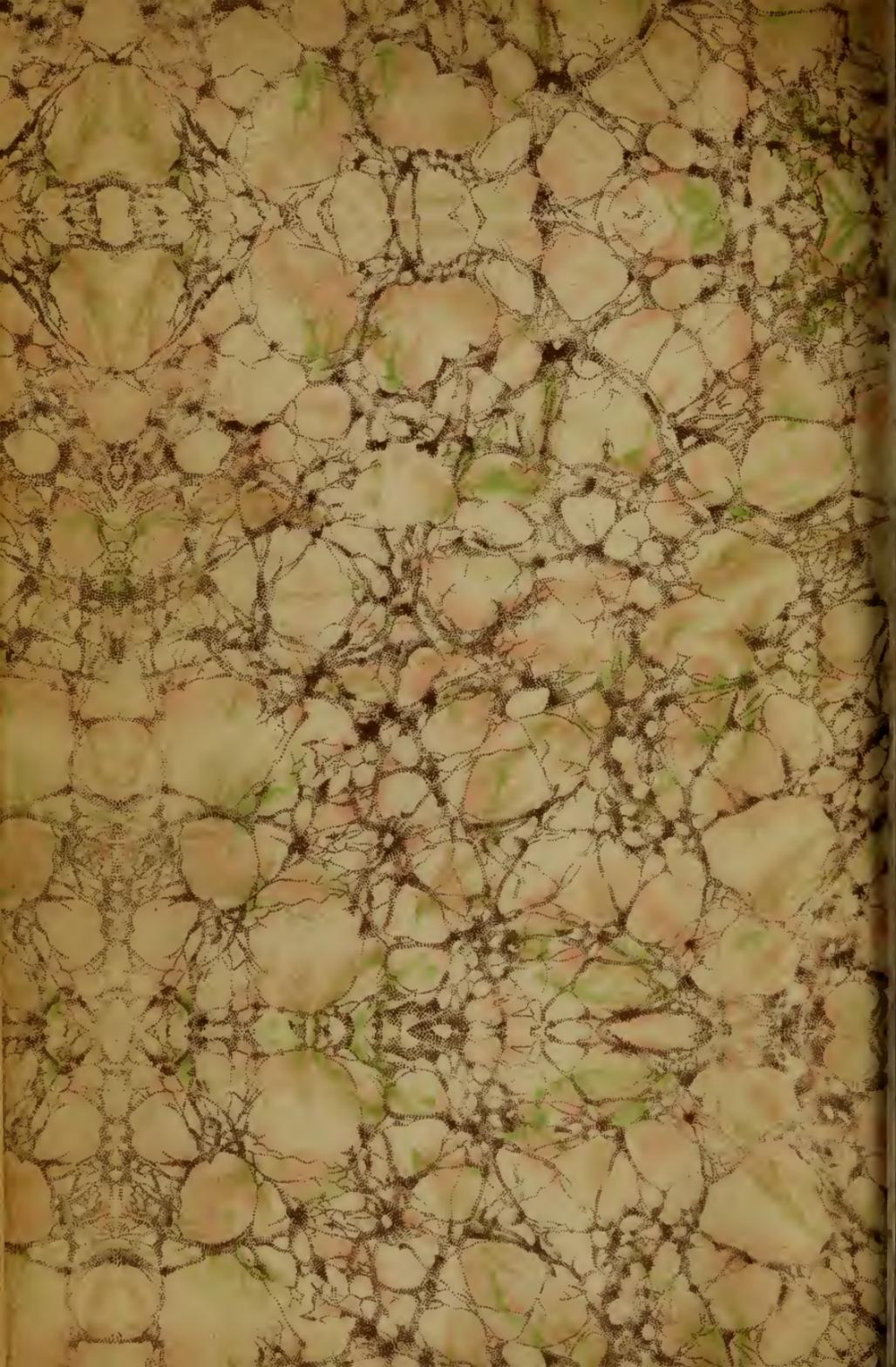
I N D I C E

	<u>Págs.</u>
Prólogo	9
I.—La tormenta	23
II.—La llegada	34
III.—El cuartel Paraguay	41
IV.—En Buenos Aires	53
V.—El cuartel Belgrano	67
VI.—Paraná	76
VII.—En Entre Ríos	86
VIII.—Naranjito	110
IX.—De centinela	121
X.—Vida íntima	129
XI.—¡A pasar!	148
XII.—28 de Marzo	154
XIII.—Una marcha	173
XIV.—31 de Marzo	197









Purdue University Libraries



3 2754 062 999 283

DEMCO

